

AL TERCER DÍA

Roser A. Ochoa

*La muerte no da
segundas oportunidades*



Al tercer día
Roser A. Ochoa

Copyright © 2017 Roser A. Ochoa

Título: Al tercer día

1a Edición Julio 2018

All rights reserved.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este documento.

ISBN: 9781983323140

Sello: Independently published

Solo hacen falta tres palabras
para que un sueño empiece

~~“¡Hazlo ya joder!”~~

“Confio en mí”

Gracias por ayudarme a confiar en mí.

Os quiero.

CAPÍTULO 1

También había nieve, eso le había dicho su madre, que no echaría de menos el frío, no, claro que no, el frío no, pero sus amigos, su instituto, su ciudad, hasta el perro del vecino que ladraba siempre a la misma hora y la despertaba. Sí, hasta eso echaría en falta. Pero no el frío. Por lo que sabía en España siempre hacía calor, menos allí a donde ella se dirigía. Resultaba paradójico, ya que la obligaban a cambiar de vida de esa manera tan drástica, al menos podría haber sido para ir a algún lugar con playa y sol.

Thea ajustó los auriculares de su *iPod* para perder así definitivamente la voz de su madre, que se había empeñado en hablar desde hacía un rato, como si tuviera la necesidad de llenar el silencio de alguna manera. Pero, ¿a quién pretendía engañar? Tenía casi diecisiete años y en todo ese tiempo nunca habían ido más que un par de veces a España a visitar a la «familia». Su vida entera estaba en Suecia, a pesar de que su madre dijera ahora que todo lo que tenían se encontraba en España, y aunque lo negara, estaban huyendo. Su madre creía que poner miles de kilómetros de por medio ayudaría a mitigar el dolor que ambas sentían, pero eso era absurdo, nada, absolutamente nada podría terminar con ese vacío que había nacido en su interior. Miró por la ventanilla, solo se veían campos verdes y animales pastando, ya fuesen vacas o caballos. Le gustaban los campos verdes, pero ese olor a animal la mareaba un poco, se colaba incluso a través de las ventanillas cerradas del vehículo. Sintió ganas de llorar.

—¿Te gusta? —gritó Carmen para sobreponerse a la música— Thea, venga... Pon algo de tu parte —esperó respuesta, pero no llegó, así que volvió a fijar la mirada en la carretera, que empezaba a serpentear montaña arriba.

Hacia casi veinte años que se había marchado del pueblo, fue una locura

de adolescente que la había alejado mucho tiempo de casa, haciendo de ese otro país su hogar, pero había llegado la hora de regresar, así lo sentía, así lo necesitaba, si Thea no quería entenderlo... Miró a su hija que contenía el llanto a duras penas, a esas alturas cualquiera habría pensado que no les quedaban ya lágrimas que derramar. Jamás creyó que regresaría a Lleida, pero ahí estaba, subiendo la montaña en dirección al pueblo que la vio nacer.

—Apenas hablo español —la voz de Thea la sobresaltó, haciéndole dar un pequeño respingo—, mucho menos catalán...

—Eres lista, aprenderás rápido —le contestó con ternura.

—No quiero aprender rápido, quiero volver a Tyresö, con Emilia y Maja.

Carmen la miró intentando buscar esa frase que llevaba tiempo tratando de encontrar, esas palabras que ofrecieran algo de consuelo a su hija, pero que, a pesar de todos sus intentos, no había logrado hallar. Sus ojos se clavaron unos segundos en la triste mirada de Thea antes de volver a fijarse en la carretera, enfadada consigo misma, pues de nuevo no sabía qué decir. Era su hija, la única que le quedaba, y no sabía cómo aliviar su pena, seguramente porque estaba tan devastada como Thea. En poco menos de una hora llegarían a su destino y aún mantenía la absurda esperanza de que, cuando viera el lugar, su hija aflojaría un poco. Lo necesitaba, no podía enfrentarse más a ella, solo conseguían seguir sufriendo las dos.

—Esto parece el principio de una puñetera película —rezongó Thea.

—¿Qué? —la interrogó su madre descolocada.

—Así es como empieza Crepúsculo —siguió Thea— ya sabes, el coche, la carretera, la chica nueva, el pueblo pequeño donde todos se conocen y te miran con recelo... ¿Voy a tener que preocuparme de que haya vampiros? —ironizó.

—No —rio Carmen—, creo que no.

—¿Crees? ¿No puedes afirmarlo? Eso no me deja muy tranquila.

—Te aseguro que no debes temer por los vampiros —aseguró entonces.

—Pues vaya, seguramente hubiera sido lo más emocionante de haberse mudado —se mofó.

—Ya verás cómo pronto harás amigos, y tu abuela está como loca de tenernos en casa...

—Una abuela que no vemos desde hace años.

—A veces la vida...

—No necesito que me digas nada de la vida —soltó Thea de pronto, dando por zanjada la conversación y enfundándose de nuevo los auriculares—. La vida es una mierda —sentenció.

Cuando llegaron no podía creer lo que sus ojos veían. Eso parecía un pueblo encantado, pintoresco, mágico, muy bonito para visitar durante unas vacaciones, ¿vivir ahí? Thea no pudo evitar que un bufido escapara de entre sus labios. Era absurdo que su madre la arrastrara hasta ese sitio perdido de la mano de Dios, y pretendiera así que todo volviera a la normalidad. Al dolor de la pérdida, ahora debía sumarle la ansiedad por separación de todo lo que conocía y el abatimiento, de tener que vivir en un lugar como ese. Cuando salió del coche impactó en ella el aire puro, mezclado con olor a campo, animales y estiércol. Thea arrugó la nariz evitando así hacer un gesto más elocuente, volteó sobre sí misma, admirando la belleza sobrecogedora de ese paisaje. Ese pueblo estaba totalmente rodeado de altas montañas, la mayoría de ellas decoradas con abruptos desfiladeros, paredes de roca maciza salpicadas de pronto por algunos verdes y altos árboles. Todas las casas tenían el techo negro con una pronunciada pendiente. Era bonito, pero no lo iba a reconocer, al menos no tan pronto.

—¿Qué demonios es esto? —gruñó.

—El pueblo —afirmó Carmen con solemnidad—, donde nací y crecí...

—Por eso te fuiste, de quedarte aquí habrías sido enana —su madre la miró desconcertada—. Ya sabes, eso de que los peces crecen a razón de la pecera...

—¡Thea! ya está bien —la regañó su madre.

—No, en serio... ¿Esto es todo? —dijo mirando a su alrededor, tampoco era que estuviese acostumbrada a grandes ciudades, pero desde su perspectiva ese pueblo era demasiado pequeño hasta para tener vida.

—La mayoría de casas están esparcidas por el valle, o montaña arriba, la de la abuela está a unos diez minutos de aquí. Ya verás, es un sitio perfecto para vivir, muy tranquilo...

Thea la miró con absoluta incredulidad, y las ganas de romper a llorar regresaron de nuevo a ella. Tuvo que hacer un gran esfuerzo de contención por no lloriquear en medio de esa calle, aunque de haberlo hecho, nadie la habría visto, pues eso parecía un pueblo fantasma, no había ni un alma en las inmediaciones y eso que era casi mediodía.

—Llegamos pronto —adujo su madre—, la abuela no nos espera hasta dentro de unas horas. Tomemos algo.

—Sí claro —dijo ella girándose alrededor—, no veo ninguna fuente, puede que un manantial o...

—Por Dios santo hija, ¿es que no vas a dejarlo...?

—No, hasta que mis pies pisen de nuevo suelo sueco.

—Pues puedes seguir todo lo que quieras —dijo Carmen dejando a su hija al lado del coche—, yo voy a tomar un café, tú y tu cinismo estáis invitados, si moderáis un poco el tono.

—Qué más da —soltó dando una carrera para alcanzar a su madre y no quedarse sola— si nadie entiende lo que digo.

Una hora después Carmen aparcaba el coche al lado de un viejo roble, o eso le pareció a Thea, no entendía demasiado de árboles. La casa que se veía al fondo era una típica masía de piedra, vieja, muy muy vieja, con los techos en pendiente de un llamativo color negro y balcones de trabajada madera. Estaba rodeada de campos, algunos mejor cuidados que otros y tenía un

pequeño jardín frente a la puerta, sin valla ni nada que lo delimitara. Justo delante, al otro lado de la calle empedrada, había un par de casas más, casi igual de imponentes que la de su abuela. Thea miró de nuevo alrededor y tuvo que reconocer, aunque solo fuese en voz baja, que el sitio era precioso. A su lado Carmen estaba empezado a descargar algunas de las bolsas, la mayoría de sus cosas se habían quedado en Suecia, pues habían llegado con lo imprescindible.

—¡Carmen! —una voz les sorprendió a su espalda—Theaaaaaaaa mi niña...

Thea sonrió a esa anciana mujer que se acercaba a paso apresurado hacia ella, a pesar de la edad, se la veía con una sorprendente vitalidad. Hacía siete años que no veía a su abuela, aunque hablaban un par de veces al mes, eran conversaciones triviales y fáciles puesto que solo se defendía en español.

—*Iaia* —dijo en la única palabra que conocía en catalán.

—¡Ay mi niña! —exclamó la mujer anegada en lágrimas, mientras rodeaba sus hombros para estrecharla entre sus brazos— Cielo, qué bien que estéis aquí... ¡Carmen! —soltó a Thea para acercarse a su hija a la que llevaba demasiado tiempo sin ver.

—Mamá —consiguió balbucear Carmen y sin más se puso a sollozar entre los brazos de su madre.

Thea resopló y se dio la vuelta de manera apresurada, no quería ver de nuevo a su madre llorar, demasiadas lágrimas derramadas por parte de ambas esas últimas semanas. Caminó un par de pasos hacia la carretera por la que habían llegado y que parecía morir justo en ese sitio, pues al adentrarse de manera ascendente por la montaña parecía totalmente impracticable para cualquier vehículo, hasta para uno de esos todo terreno. De pronto, por uno de los laterales de la masía que quedaba justo delante de ella, apareció una gallina que correteaba perseguida por una chica que no dejaba de llamarla, como si llamara a un perro, con la esperanza de que obedeciera. Thea se

apartó rápidamente cuando esa ave fugitiva pasó casi rozándola, la muchacha se paró frente a ella con cara de hastío, reprochándole con la mirada la ayuda prestada, y reemprendió la loca carrera tras el animal. Segundos después se escuchó un cacareo seguido de un grito de victoria. La chica morena reapareció con la gallina entre los brazos, Thea no podía creer lo que veía, parecía la escena de una película de risa.

—Son muy escurridizas —dijo alzando la gallina— Hola, yo soy Abril — se presentó.

—Thea —contestó dubitativa.

—¡Vaya! ¡Rubia! He perdido la apuesta —comentó.

—¿Perdona? —preguntó Thea confundida.

Abril torció el gesto y carraspeó, no sabía si podía entenderla, su abuela le había dicho que hablaba castellano «casi perfectamente», pero estaba claro que no era así. Dudó un instante en intentarlo en inglés, pero la confusión seguramente terminaría siendo aún mayor. Acomodó la gallina entre su cadera y el hueco que había formado con el brazo.

—QUE APOSTÉ —dijo alzando la voz y hablando despacio— QUE TÚ —la señaló— NO SERÍAS RUBIA, DEMASIADO TÍPICO.

—No estoy sorda —se quejó Thea— siento que tú pierdas y otro gane — dijo con esfuerzo.

—¡Ja! y ojos azules.

—¿También pierdes o también es un tópico?

—Topicazo —Abril miró a la chica plantada frente a ella, alta, rubia, ojos azules, cuerpo de deportista de élite... No pudo evitar sonreír al pensar qué divertido sería ese año el instituto, con una sueca por los pasillos— Vivo ahí delante, en la casa de las flores en el balcón, en la otra vive Anna.

—¿Y ella? —señaló a la gallina.

—Y con sentido del humor —rio Abril—, vas a ser la sensación... Tengo

que irme, pero si necesitas cualquier cosa...

«Huir de aquí», pensó Thea. Miró a la chica alejarse con la gallina acurrucada contra su cuerpo, de fondo escuchó a su madre llamándola y se dirigió, aún algo aturdida hacia el interior.

La casa era fría, esa fue la primera sensación que captó, ese reconfortante frescor de sobra conocido. Olía a comida casera, y al asomar la cabeza por la puerta de la cocina, vio diversas ollas en el fuego, parecía que su abuela se dedicara a cocinar para el pueblo entero. Odió la sensación de hogar que la invadió, ese olor la trasportó a los fines de semana en su casa, cuando su madre y ella dedicaban parte del domingo a preparar diversas comidas para la semana. Sacudió la cabeza y con ello todos esos pensamientos, era curioso cómo podía cambiar la naturaleza de los momentos, pues un instante feliz podía terminar doliendo tan solo un tiempo después.

Arriba estaban las habitaciones, la suya era la más pequeña, era la antigua habitación de Clara, su tía, que ahora vivía en Barcelona y que solo había visto unas tres o cuatro veces en toda su vida. Una cama, una mesa y un armario. Al menos las vistas eran bonitas, directamente a la montaña, desde ahí podía observar un sendero que subía por la ladera, puede que fuese un buen sitio para salir a correr. Sacó su móvil y comprobó, casi con horror, que no había cobertura. Rebuscó en el bolsillo pequeño de la mochila y sacó de ahí una chocolatina que mordisqueó casi compulsivamente.

—Vale —dijo en un susurro cuando el sabor a chocolate invadió su boca y la tranquilizó—, que no cunda el pánico. No es tan malo, solo estás en un país desconocido, con un idioma que apenas dominas, en una habitación que huele a polvo, con una abuela a la que no has visto en años... —se dejó caer en la cama, con un profundo suspiro y miró por la ventana abierta. En el sendero podía observar a la vecina que caminaba con un cesto en las manos y la seguía la que podría ser la misma gallina que un rato antes perseguía— Instituto nuevo y vecina friki. ¡Oh! Por no mencionar que estoy incomunicada —resopló mirando de nuevo la pantalla de su teléfono—, pero no voy a llorar —repitió — No voy a llorar... ¿vale? ya lo he hecho bastante.

—¿Thea?

—Ahora bajaba —respondió a su abuela que la observaba parada en la puerta.

—Sé que no quieres estar aquí... —dijo la mujer entrando en la habitación y mirando las maletas cerradas de su nieta—Esto es diferente, pero...

—No, está bien... —mintió.

Conxita miró con tristeza contenida a esa jovencita que era sangre de su sangre, pero a la que no conocía de nada. Se sintió extraña, con esa mezcla de sentimientos que la había poseído desde que su hija le había anunciado que regresaban a Lleida. Estaba feliz de tenerlas ahí, pero la angustia por todo lo que había sucedido la embargaba. Se obligó a alejar de su mente esos pensamientos, debía recuperar el tiempo perdido con Thea, además parecía tan rota que casi dolía mirarla. Se acercó a ella y acarició con la yema del dedo la cicatriz que rasgaba su garganta, Thea se movió inquieta ante ese gesto y se giró para coger el pañuelo y volvérselo a colocar. Odiaba esa herida tan reciente, que aún no podía ni considerarse una cicatriz. Su abuela cogió un par de prendas de la maleta y las colocó en silencio dentro del armario, Thea a su lado la imitó, poniendo en esos estantes vacíos la poca ropa que había traído consigo. Observó de reojo a la mujer, se parecía a su madre, los mismos ojos pardos rasgados, la misma forma de la nariz, afilada por el puente y redondeada al final, pero lo que más la sorprendió fue la sonrisa, su abuela tenía una sonrisa peculiar, que solo había visto antes en otra persona... era una mujer mayor, pero a pesar de los muchos años con los que contaba, parecía mantener mucha energía y vitalidad. Thea colgó los vaqueros en una de las perchas, y de pronto se sorprendió con uno de esos pensamientos absurdos que llevaban asaltándola tiempo, ¿qué tipo de ropa usaban ahí? ¿Qué música escuchaban? ¿Qué programas de televisión estarían de moda?

—Qué bonito —dijo Conxita cogiendo un conjunto de invierno de dentro de la maleta. Eran un gorro, guantes y bufanda de color morado, con algunos hilos anaranjados que lo salpicaban, y esa flamante mancha de chocolate en medio de todo. Thea cogió aire y a punto estuvo de arrancárselo de las manos — ¿Thea? —la llamó.

—A Vera le encantaba —consiguió decir.

—Oh... vaya... es muy bonito.
—Sí, lo es.
—No te pongas triste mi niña.
—No —dijo girándose hacia la maleta.
—Pronto cenaremos.

Su abuela volvió a mirarla con tristeza y desapareció por la puerta. Thea aguardó de espaldas hasta que escuchó como las pisadas se alejaban y se sentó de nuevo sobre la cama con el gorro entre las manos. A su memoria llegó el recuerdo de la única vez que Vera, su hermana, se lo había cogido sin pedírselo. Ella no acostumbraba a hacer esas cosas, pero ese conjunto combinaba a la perfección con su nuevo suéter. Thea se enfadó mucho ese día, sobre todo cuando vio que Vera había manchado la bufanda, le gritó y le arrancó la prenda de entre las manos. Aquel día compró un pestillo para evitar que Vera volviera a entrar sin permiso en su habitación. Pero también había muchos momentos felices que recordar, aunque se hubiesen convertido en amargos, tan ácidos y densos que casi los podía paladear y se ahogaba cuando intentaba tragárselos. Acarició esa pequeña mancha de chocolate, que ni la lavadora había logrado quitar. Habían sido muy felices, habían compartido grandes momentos. Ojalá todo hubiera sucedido de otro modo...

—No voy a llorar —repitió a la nada.
—¡Thea! —la llamó Carmen desde la planta baja.
—Voy...

Miró a su alrededor antes de salir y perdió la vista en esa fría habitación, que no era suya ni lo sería nunca. Dejó que su mirada se colara en dirección a las montañas por esa ventana abierta, y pensó que jamás podría acostumbrarse a esa nueva vida, al hecho de haber dejado Suecia para vivir en España. Se preguntó, mientras descendía los escalones de la vieja masía, si algún día sería capaz de aprender a vivir sin Vera y sin su padre.

CAPÍTULO 2

Ya habían pasado cinco días, tiempo suficiente para extrañar con más fuerza todo lo que había dejado atrás. Su madre había insistido en pintar la habitación, ahora eran de color amarillo, como si una capa de pintura pudiera arreglarlo todo. Compraron un par de estanterías y colgaron también un par de fotografías. Esa noche, como todas, a pesar de las pastillas que le habían recetado para dormir, le asaltaron las pesadillas. Se levantó antes de que sonara el despertador, casi con el primer rayo de sol, pero a diferencia de las mañanas anteriores, no podría salir a correr, ya que empezaban las clases. Resopló sin ganas, habían estado en el instituto hacía un par de días formalizando la matrícula y recogiendo los libros del curso. La primera impresión no había sido buena, era pequeño y estaba lejos. Se encontraba en otro de los pueblos cercanos que, a pesar de ser más grande, a ella seguía pareciéndole ridículo. Cada mañana debía coger un autobús que la acercaría hasta allí, era casi media hora de trayecto por esa carretera llena de curvas. Las clases no se parecían a lo que ella estaba acostumbrada, así que el director, muy amable, había sugerido que cogiera diferentes asignaturas para «calibrar» su nivel, y le aseguró que no se preocupara por el idioma, pues todos estaban dispuestos a echarle una mano.

Terminó de enfundarse los vaqueros, peinó y recogió su pelo en una trenza y no pudo evitar pensar en su vida de antes. Todas las mañanas tenía que pelear por llegar la primera al baño, y no siempre lo lograba, sonrió con pesar recordando todos esos momentos de enfado, esas carreras por el pasillo, esa manera de tocar a la puerta para que Vera se diera prisa y poder entrar. No pudo evitar sentirse ridícula, todo lo que antes tanto la molestaba, ahora lo echaba terriblemente de menos, un nudo volvió a formarse en su estómago, puede que fuese perenne y ya nunca se deshiciera. Tomó el lápiz de ojos y lo pasó de manera discreta por el lagrimal, y sin más, cogió la cazadora, un pañuelo para el cuello y salió de la habitación. Sin duda su madre había tenido razón en algo, no echaba de menos el frío. Era principios de septiembre, y el aire que se colaba por una de las ventanas abiertas de la escalera, era totalmente helado. Cuando bajó a la planta baja, su abuela la esperaba con una sonrisa y un tazón de leche con cereales.

—Soy más de café solo, pero gracias *iaia*.

—Ya verás que todo va a ir bien... —dijo la mujer sentándose a su lado y tomándola de la mano de manera cariñosa. Ya hacía una semana que habían llegado, pero Thea parecía rehuir todo contacto, era reacia a las caricias o a cualquier muestra de afecto— Abril es muy buena nena, y ya le he dicho que esté pendiente de ti los primeros días, hasta que te adaptes y hagas amigos.

—Geniaaal.... —susurró irónicamente deshaciéndose de la caricia de su abuela para meterse unos cereales en la boca. Lo que le faltaba, la *friki* de las gallinas pegada a ella cual lapa.

—¡Y aquí está mi niña! —el sonido del disparador de la cámara del móvil siguió las palabras de Carmen— en su primer día en el instituto nuevo.

—Joder mamá...

—¿Qué? Me gusta immortalizar todos los momentos.

Thea apuró la leche, sabiendo que le iba a sentar mal, no le gustaba desayunar, se levantó y dejó el tazón en el fregadero bajo la atenta mirada de esas dos mujeres, cada vez podía ver más el parecido entre ellas, y las dos eran igual de incansables en el empeño de que se sintiera bien... «Bien» esa era una palabra que hacía tiempo había apeado de su vocabulario, podía fingir que lo estaba, que no había pasado nada, pero eso nunca sería cierto. Sonrió de nuevo cuando su madre la apuntó con la cámara, y volvió a hacerlo cuando cogió la mochila con los libros.

—¿Ya?

—Una más, con la abuela —Thea resopló y se colocó al lado de la mujer, que sonreía ilusionada—. ¡Perfecto! Recuerda que para comer puedes hacerlo en la cafetería o...

—O puedo salir con alguien, sí, lo sé.

—Verás como pronto haces amigos.

—Ya tengo amigos, solo que viven a tres mil kilómetros de aquí... no me

mires así —se quejó— lo miré en *Google Maps*.

Carmen resopló y fue a decir algo, pero prefirió callar, al menos por el momento. Observó a Thea que la miraba desafiante, esperaba esa confrontación, sin duda su hija no estaba dispuesta a ponérselo fácil. Vio cómo se acercaba al frutero colocado en una de las esquinas de la cocina, y después de rebuscar, Thea se metió una cabeza de ajos en el bolsillo.

—¿Qué? —preguntó ante la mirada de su madre—. Por si hay vampiros.

—¡Lárgate de aquí! —le gritó medio en broma medio enfadada.

—Hasta luego —se despidió antes de desaparecer.

Y ahí estaba, frente a la parada del autobús, se encogió de hombros cuando una ráfaga de aire sopló a su alrededor. Justo al lado, la loca de las gallinas y otra chica un poco menor que ellas, esperaban también que llegara el transporte. La chica la saludó, parecía simpática pues no hacía más que sonreír, pero tanta felicidad en ese momento solo la asqueaba. El reloj marcaba las siete y veinte minutos, el sonido precedió a la aparición de ese viejo autobús, justo cuando ya estaba tomando asiento un chico llegó corriendo, haciendo aspavientos con ambas manos para evitar que el conductor arrancara. Thea contó que, con ella, eran cuatro los alumnos del instituto que vivían en esa zona más apartada. Todos se saludaban, todos se conocían y ella simplemente estaba ahí. Se colocó los auriculares dispuesta a desconectar todo el camino, de reojo fue observando a cada uno de los chicos y chicas que iban entrando en el vehículo, que hizo cuatro paradas en diferentes grupos de casas antes de llegar a la pequeña ciudad, aunque más parecía un pueblo algo grande. «Un pueblo con pretensiones» pensó antes de levantarse y seguir al resto hacia fuera.

La primera impresión se había quedado corta, todo era sumamente extraño. Le costó mucho encontrar el aula de la primera clase, y por si su desorientación no fuera suficiente, se sentía observada. No había disimulo alguno en las miradas del resto de alumnos, que se clavaban en ella sin el menor pudor. Se sentó en el primer hueco que vio libre y rezó para que nadie

le dijera nada, desapercibida no iba a pasar, eso era obvio, pero al menos esperaba que ninguno, ya fuese por recelo, miedo o vergüenza, quisiera hablarle. Y lo consiguió la mayor parte de la mañana, que iba trascurriendo con aparente normalidad, hasta cerca del mediodía. Después de la clase de matemáticas ya solo quedaba comer y una tutoría con el jefe de estudios por la tarde. Entró en la cafetería y de pronto todos enmudecieron y se giraron para mirarla. Se sintió como debían sentirse los animales del zoo, solo faltaba alguien lanzándole cacahuets e instándole a hacer monerías. Tantos pares de ojos observándola, solo lograron que se estremeciera y un nudo se formó en su garganta. Llegados a ese punto, solo tenía dos opciones: salir de ahí y esconderse, o dar un par de pasos al frente y fingir una total y absoluta indiferencia. Prefirió fingir, esa era la tónica de sus días desde hacía semanas, y empezaba a dárselo muy bien. Pensó en Maja, Emilia, Erik, Niklas... sus amigos de toda la vida, lo hizo mientras caminaba hacia la zona donde estaba la comida, pensó en su padre, él le habría dicho que mantuviera la cabeza bien alta porque nadie, absolutamente nadie, tenía derecho a intimidarla. Respiró hondo un par de veces, como la psicóloga le había recomendado que tenía que hacer cuando se sintiera sobrepasada, como en ese preciso instante. Solo deseaba, no tener ahí en medio uno de sus ataques de ansiedad. Cuando llegó al otro lado del comedor, que tampoco era demasiado grande, tomó un plástico cuyo interior estaba relleno de ensalada, y una bolsa de patatas, pasó de largo la nevera de los refrescos y se decantó por un botellín de agua. Miró el precio en la pantalla luminosa de la caja registradora y rebuscó en el bolsillo para poder dar el importe exacto. Al girarse, toda la cafetería parecía haber recobrado una aparente normalidad, aunque desde algunas mesas aún la miraban con insistencia. A lo lejos reconoció la melena castaña de la *friki* de la gallina y junto a ella, estaba sentada otra chica con pintas de gótica y un par de chicos más. «Ni de coña» se dijo a sí misma y se encaminó hacia una mesa en el extremo opuesto.

Se hizo hueco entre los estudiantes que esperaban su turno para coger la comida, sorteó un par de mochilas lanzadas de cualquier manera en el suelo, hizo equilibrios para bordear una silla que alguien había dejado en medio del paso y cuando tenía el objetivo casi alcanzado...

—¡Joder! —gritó alguien cuando al levantarse tropezó con ella—. ¿Es que en Suecia no sabéis mirar por dónde vais?

Y una decena de posibles respuestas acudieron a su mente, desde las más vulgares a las más elaboradas, pero optó por sonreír a la chica que la miraba con cara desafiante y hacerse a un lado para dejarla pasar, y cuando esta lo hizo, reanudó la marcha en dirección a la única mesa vacía que había en todo el comedor, con tan mala suerte que no pudo evitar la zancadilla que alguien de esa misma mesa le puso y cayó al suelo con estruendo, que quedó casi amortiguado al instante, por la carcajada anticipada de la chica de dorada melena con quien acababa de tropezar. Thea mordió su lengua para evitar llorar y se recordó, no sin dificultad, que debía respirar.

—El equilibrio sueco... —rio alguien.

—Será mejor que vigiles por dónde vas —apuntilló uno de los chicos ante la creciente carcajada que se había alzado.

—Debe ser muy jodido que haya llegado al instituto una rubia natural y a ti te toque ya retocarte las raíces —Thea miró a su espalda, la chica gótica estaba de pie junto a ella y miraba desafiante a la rubia.

—¿Es que no tienes ningún pollo que desangrar? No te metas, porque esto no va contigo.

—Y será mejor para ti que siga siendo así.

—Tik —gruñó Thea apretando mucho los dientes.

—Espero que se lo digas a ella y no a mí, porque tiene pinta de insulto —susurró la chica de negro con media sonrisa, mientras observaba como la rubia y su séquito salía del comedor—. Soy Morgana y no me lo digas... ¡espera! tú... eres Thea, ¿lo he adivinado?

—Todos saben de mí.

—Eres la sensación de este año, has desbancado al chico con seis dedos en la mano izquierda.

—Genial, soy la frikisueca.

—Más o menos —se carcajeó Morgana—. ¿Quieres sentarte con nosotros? —dijo señalando la mesa donde estaban Abril y dos chicos más observando

en su dirección.

Thea tomó aire, pensó en esas ridículas películas de Disney Channel, en esa elección que marca el destino académico de uno. Sin duda, la rubia que había abandonado el comedor seguida de otros chicos, era lo que se podría calificar como la reina del baile. Abril, la vecina de las gallinas, era la *friki*, se veía a la legua, solo hacía falta ver su manera de vestir y de moverse, parecía totalmente intimidable, de esas personas inseguras de sí mismas, y Morgana... Thea la miró un segundo, pelo oscuro, tez pálida, ojos pintados de negro, multitud de perforaciones y algún que otro tatuaje... Estaba claro que no se dejaba intimidar por nada, ni por nadie. «No hay vampiros, pero si hay brujas», pensó.

—Gracias —respondió recogiendo las cosas del suelo y empezando a encaminarse a la mesa, aún no muy convencida.

—Ellos son Valentín y Alex. A Abril ya la conoces.

—Hola... —susurró sentándose en una de las sillas, observó al chico que había quedado a su lado. Valentín, tenía pinta de empollón, y se reprendió a sí misma de inmediato, por estar juzgando tan a la ligera.

—Ni caso a Beth, tiene el síndrome de la abeja.

—¿Perdona? —inquirió Thea mirando a Alex, él tampoco tenía pinta de ser un gran atleta.

—Ya sabes —ahora era Valentín el que hablaba— se cree la reina y solo es un mal bicho.

—Bienvenida al instituto, somos pocos, pero no nos soportamos —rio Alex.

—Y bien, cuéntanos tu historia, ¿por qué has dejado las tierras del norte? —soltó Morgana, abriendo la lata de refresco que tenía frente a ella y acomodándose en la silla.

—Obligaciones familiares —dijo sin más. Todos la miraron esperando que la explicación prosiguiera, pero Thea no tenía intención de añadir nada más.

—¿Y ya está? —preguntó Alex preso de la curiosidad, miró a Thea que alzó los hombros como única respuesta—. Decepcionante.

—Siento ser una decepción.

—Alex es muy peliculero, esperaba algo más espectacular —se mofó Valentín de su compañero.

—¿Tú no? Todos habíamos elucubrado mil posibles hipótesis.

—¿Hipótesis? —Thea dejó el botellín en la mesa y les miró confundida.

—Hipótesis son ideas o teorías que después debes comprobar.

—Siento que mi español sea tan malo —se disculpó.

—¿Bromeas? Lo hablas genial.

—Muy amable —sonrió a Alex— ¿Así que Beth es la reina del baile? —preguntó procurando desviar el tema de sus posibles hipótesis.

—La líder de las animadoras —rio Abril— sin equipo al que animar. Seguro que de esto tenías mucho en tu antiguo instituto.

—Apostaría que allí la reina era ella —se mofó Morgana.

—No... bueno, creo que no —¿había ella sido tan cruel? Sin poder evitarlo resopló.

—Eres una amenaza para el *estatus quo* del lugar —apuntilló Valentín.

—Yo no pretendo ser nada de eso, solo quiero... no sé, que me dejen en paz.

—No importa lo que tú quieras —Morgana arrugó con una sola mano la lata de refresco y la lanzó, encestando a la primera, en la basura que estaba bajo la ventana—. Lo único que cuenta es lo que quiere Beth.

—Tampoco exageres —sonrió Abril— va a parecer esto una película americana y no es esto.

—¡Oh! ¿Podría ser un musical? —soltó Alex—. Si fuese así sería todo más divertido.

—Sí, imagina a Morgana cantando y bailando —se burló Valentín, que enseguida alzó las manos en forma de rendición ante la mirada iracunda de la morena.

—¿Vuelves para casa en el bus de las tres? —le preguntó Abril.

—Tengo tutoría.

—Puedo esperarte, si quieres —se ofreció.

—No es necesario.

Salió de esa reunión con el jefe de estudios más confundida de lo que había entrado, el sistema educativo español era extrañamente complicado y muy diferente al de Suecia. Se sentó en uno de los escalones que ascendían a la segunda planta y sacó el móvil del bolsillo, aprovechó esos minutos de soledad y el *wifi* para mandar un par de mensajes a sus amigas, relatando lo horrible que estaba siendo su primer día de instituto, el encontronazo con Beth, y su descenso en la escala social al sentarse ahora en la mesa de los tipos más raros del lugar. Resopló, a esas horas Emilia estaría trabajando, había conseguido un contrato de prácticas en un periódico local, desde que tenía uso de razón quería ser periodista y Maja seguramente estaría ensayando, sonrió al pensar en ella. Su amiga desde la más tierna infancia, con quien había compartido todo, juegos, enfados, peleas, reconciliaciones... hasta habían compartido chico durante una pequeña temporada. Ella sería una gran bailarina, de hecho ya lo era.

Cuando el móvil vibró entre sus manos no pudo contener la alegría que pronto se tornó amargura, la vida en Suecia seguía adelante, seguía sin ella, y eso no hacía más que añadir tristeza a su alrededor. No estaba segura de que ella pudiera continuar, tecleó con celeridad una despedida y se levantó con pesadumbre, y como cada vez que pensaba en su casa, se sintió abatida, desolada, y sola, muy muy sola. Apretó los labios para evitar que las lágrimas volvieran a inundar sus ojos. Se encaminó a la salida del recinto, mientras miraba los horarios que había apuntado y comprobó, que aún quedaba un rato para que pasara el siguiente autobús.

—Te esperaba —canturreó a su espalda una voz aflautada que reconoció enseguida

—Ohhhh no hacía falta.

—No tenía mucho que hacer, después de acompañar a Alex a su trabajo se

me ha hecho tarde. Trabaja en la cafetería que hay aquí al lado, el *Bon Cafè* — dijo sin que Thea le preguntara nada.

—Bien... —no quería ser descortés, pero en realidad no le importaba nada de lo que ella le decía, aunque sin duda Abril parecía simpática, no entraba en sus planes hacer nuevos amigos.

—No eres muy comunicativa —se quejó algo triste, se había alegrado mucho al saber que habría alguien nuevo en las casas donde vivía. A veces vivir tan lejos del pueblo hacía que se sintiera un poco sola.

—No tengo mucho que decir.

—¿Bromeas? Eres lo más interesante del pueblo desde hace años, y ahora también un misterio.

Thea se sentó en el banco de la parada del autobús y Abril tomó asiento a su lado, parecía emocionada, o puede que fuese su forma natural de ser, totalmente expresiva. Thea bufó, le esperaba un viaje de vuelta de lo más «entretenido». Por un segundo pensó en ponerse a escuchar música, pero le supo mal por la chica que ahora parloteaba de algo en relación a la clase que compartían. A Thea le costaba seguir su monólogo, por una parte, porque no le interesaba en absoluto lo que le decía, y por otra, porque ese acento, ese castellano tan cerrado y la velocidad a la que hablaba, hacía que más de la mitad de las palabras las perdiera por el camino. Así que simplemente sonrió y asintió con la cabeza, esperando que no se diera cuenta de que en realidad no había entendido nada.

—Si necesitas ayuda...

—¿Con...?

—Deberes, exámenes... podemos estudiar juntas, si quieres.

—Funciono mejor sola.

—Como quieras, pero que sepas que a veces María y yo vamos a la biblioteca, así hacemos compañía a Valentín... ¡Oh! María es Morgana... vamos que se llama María. Aunque quiere cambiarse el nombre oficialmente, pero su madre la mataría de hacerlo.

—Vaya...

—No te interesa nada de lo que te digo.

—Lo siento...

—No importa, supongo que es un palo haberse tenido que mudar, y más en el último año de instituto. ¿Tenías novio en Suecia?

—No.

—Jooo pues con lo guapa que eres...

Thea sonrió ante el comentario de la chica, se levantó cuando vio aparecer el bus al final de la calle, Abril imitó su gesto, en realidad sí parecía una buena chica, tal como había dicho su abuela, además vivía justo en frente de su casa, lo que era una ventaja, y a decir verdad, debía reconocer que sí necesitaba ayuda con las cosas del instituto, pues se le hacía muy complicado entender la mayoría de las asignaturas, y no quería perder un año teniendo que repetir, como le había sugerido el jefe de estudios. Se sentaron juntas en el bus, y a pesar de lo que había pensado en un primer momento, el viaje fue de lo más ameno. Abril le explicó sobre sus compañeros, Alex había llegado al pueblo hacía un par de años, aunque ya lo conocían de los veranos, pues sus padres tenían una casa ahí. Era gay, Abril lo dijo como si fuera un dato de vital importancia conocer. María, o Morgana, era otra «forastera» aunque ya llevara casi diez años viviendo allí. Por último, le habló de Valentín, del pueblo de toda la vida, como ella, y según ella, el chico más listo del instituto, de seguir como hasta ahora podría estudiar la carrera que quisiera, en la universidad que eligiese. Trabajaba en la biblioteca, por eso muchas tardes en vez de volver a casa, se quedaba allí estudiando. También le explicó cosas sobre la «Reina Beth», su familia había vendido unos terrenos a la entrada del pueblo, donde decían que iban a construir un centro de ocio, un centro comercial, o algo parecido. A Thea le pareció una idea fantástica, un poco de ambiente en ese maldito antro, pero Abril lo relataba como si fuese a ser una auténtica aberración.

—Y Denis... pppffff...

—Creo que no sé quién es.

—¿No? Es el chico más guapo de todo el «insti», si lo hubieses visto sabrías de quien te hablo.

—Pues está claro que no me he cruzado con él. ¿Ya estoy al día de todo lo interesante?

—¡Ja! Seremos un instituto pequeño, pero te aseguro que tenemos mucha vida.

—No me cabe la menor duda... Oye Abril...

—Ajá —dijo ella mientras se preparaba para descender del autobús.

—Creo que sí voy a necesitar ayuda con todo esto —reconoció alzando la mochila cargada de libros.

—¡Claro! —no pudo evitar un tono de alegría en su voz— ¡Ya somos amigas!

—Supongo —gruñó no demasiado convencida, aunque recelosa se reconoció a sí misma que Abril era simpática y divertida.

—No te queda otra, no tienes mucho más donde elegir.

Solo cuatro casas, justo eso era lo que había en ese sitio. Las podía contar con los dedos de una mano y hasta le sobraba uno. Solo eran Abril, una chica de primer año llamada Anna, Pau que subía de vez en cuando a ver a su abuela y se quedaba a dormir y ella. Si contaba la pequeña ermita, que tenía un alto campanario, podía cerrar la cuenta. Vivía en plena montaña, cuya cima ya se veía salpicada de nieve y eso que estaban a principios de septiembre. El pueblo más cercano estaba a más de media hora, y tan solo era un poco más grande que el suyo. Abril saltó el último escalón del autobús, a lo lejos su padre estaba reparando lo que parecía un viejo tractor. En esos días previos a las clases la había observado desde la ventana, siempre andaba atareada con algo, ya fuesen gallinas, cerdos, o el huerto.

—¡No puedo más! —soltó de pronto Abril justo cuando iban a separarse — Es que si no te lo pregunto revienta... ¿Por qué llevas una cabeza de ajos en el bolsillo?

—Aaaahhhhh —atinó a decir Thea cogida totalmente desprevenida—
Essss un ritual de la buena suerte —improvisó—. Cuando alguien le desea
buena suerte a otro, le da un ajo.

—¡Guay! Que interesante, aquí se usan para ahuyentar vampiros, lo de la
buena suerte no lo había escuchado nunca.

—No me extraña —susurró.

—Bueno nos vemos mañana —dijo de pronto arrancando a correr hacia la
casa.

«La energía de Abril es admirable» pensó Thea.

Y puede que ella tuviera razón en lo de que no tenía mucha gente de su
edad entre la que elegir, aunque después de ese rato de charla, Abril no le
parecía tan mala opción, de todos modos, y tal y como ella misma había
apuntado, no tenía mucho más. ¿Amigas? No, pero era agradable poder hablar
con alguien, aunque la conversación fuera tan complicada. Sin duda el poder
entender lo que ella le decía, era un buen aliciente para esforzarse más con el
idioma.

Dedicó gran parte de la tarde en intentar comprender algunos de los
primeros temas de los libros, intentando adelantar las clases de la semana,
como le había sugerido uno de los profesores. Abrió la ventana dejando que se
colara en el interior el aire fresco, casi frío de la tarde. Era una sensación
agradable y que la transportaba a su hogar. Si cerraba los ojos podía imaginar
que ese frío era el gélido Tyresö, y que se encontraba aún en su habitación. Si
no fuese por el olor a animal, podría fingir que todo seguía siendo igual que
antes, que nada había cambiado, que de un momento a otro la puerta se abriría
y aparecería su padre para decirle que se diera prisa, que empezara a recoger
pues pronto cenarían, y después de la cena, hablaría durante un rato con Maja
y juntas decidirían qué ropa ponerse a la mañana siguiente.

Seguía con los ojos cerrados cuando el sonido de la puerta a su espalda la
sorprenió, por un segundo estuvo tentada en girarse, pero la perspectiva de
que no fuese su padre el que se encontrara ahí, hizo que se mantuviera de
espaldas. Notó un escalofrío que recorrió todo su cuerpo y que nada tenía que

ver con el frío de la ventana abierta. Los goznes chirriaron de manera pausada y escuchó pasos aproximándose a ella.

—No tengo ganas de hablar —susurró aún sin girarse—, pppppppfffff pero que sepas que todo es una mierda, aquí la gente no tiene nada de hospitalaria, y si vuelvo a escuchar una sola broma más de suecas y un tal Alfredo Landa, te juro que... —Thea se levantó de la silla y cerró la ventana de pronto, dejando caer el pestillo de golpe. Se giró sobre sus talones y se sorprendió al ver que la puerta permanecía cerrada y no había nadie dentro de la habitación—. ¿Mamá? —preguntó extrañada.

Caminó un par de pasos desconcertada, abrió lentamente la puerta, casi tan despacio como sacó la cabeza hacia el pasillo, que estaba desierto. Desde la planta de abajo le llegó la inconfundible carcajada de su madre, y la grave voz de su abuela. Volvió a encerrarse en la habitación, el frío helado de la ventana abierta la hizo estremecer. En el pasillo resonaron amortiguados unos pasos, el corazón de Thea empezó a latir con fuerza, contuvo durante un segundo la respiración, sus ojos se clavaron entonces en el pomo de la puerta. Lo vio descender lentamente y la puerta empezó a abrirse, con el mismo chirrido de instantes antes.

—¿Vienes a cenar?

—¡Joder mamá! Qué susto.

—¿Quién pensabas que iba a ser?

—El hombre del saco —respondió molesta saliendo de la habitación—
¡Yo qué sé!

—Buuufffff —resopló Carmen viéndola descender los escalones de dos en dos—. Estás en un plan, que no hay quien te aguante —le gritó antes de verla desaparecer. Entró en la habitación donde Thea había pasado horas encerrada—. Y abre un poco la ventana por Dios, que respire el cuarto.

CAPÍTULO 3

«Tres semanas de infierno... No, ni el infierno es tan malo, al menos en el infierno hace calor». Thea ajustó el pañuelo a su cuello, procurando que la herida quedara bien oculta, pasó el corrector de ojeras bajo sus ojos y lo difuminó con la yema del dedo, que después mojó en el *gloss* y lo pasó a ligeros toquécitos por los labios. Si sus amigas la vieran en ese estado... ella que siempre lucía perfecta, o al menos lo intentaba, pero eso era antes, cuando era otra persona, alguien totalmente diferente, alguien feliz. Se puso unas gotas de colonia y comprobó con horror, como estaba a punto de terminarse. Cuando bajó a la cocina ya casi era la hora de coger el autobús.

—Come algo.

—No tengo tiempo *iaia*, ya comeré algo por el camino... —dijo cogiendo una barrita de chocolate del armario.

—Comes demasiados dulces.

—Suerte que no engordo.

—Engordar no es lo peor que te puede pasar cariño, el dulce es malo.

—No, lo peor es estar aquí —gruñó entre dientes cuando ya había cerrado la puerta de la casa.

El tiempo había empeorado la última semana, no había visto el sol en días, y a pesar de no haber llovido, todo permanecía constantemente húmedo, esa humedad que hacía que se le encrespara el pelo y no le diera ganas de hacer nada, ni tan siquiera salir a correr. Caminó un par de pasos en dirección a la calle, notando como el rocío había formado una capa de escarcha sobre la hierba, que crujía bajo sus pies. Abril la saludó desde lejos, parecía feliz, aunque lo correcto sería plantearse cuando no lo aparentaba, siempre estaba sonriendo, tenía una palabra amable para todos, como si la hubieran sacado de una secta, tipo «gente perfecta». Thea metió el último bocado de chocolate en la boca antes de llegar a la parada, el bus ya se veía subiendo la colina,

resopló, un día más de descenso al averno. El instituto no era malo, era horrible, a pesar de que llevaba semanas ahí, aún le costaba adaptarse al nuevo idioma, ni que decir cuando alguno de ellos empezaba a hablar en catalán, entonces ya se volvía totalmente imposible seguir una conversación y sabía que no lo hacían adrede, que entre ellos usaban su idioma, pero entonces quedaba excluida de las conversaciones hasta que alguien se daba cuenta y volvían a hablar de modo que ella pudiera entenderles. Los profesores a pesar de haberse volcado mucho en ella los primeros días, poco a poco habían dejado de prestarle atención, y no les culpaba, pues había cada elemento allí, que habría hecho dimitir hasta al mismísimo John Keating del Club de los Poetas Muertos.

—Viste ayer el programa de...

—No —cortó sentándose a su lado.

—¡Tienes que ver la tele!

—¿Por qué?

—Para el idioma, y para tener algo de lo que conversar.

—Tengo muchas cosas de las que hablar, no necesito ver la tele para hacerlo.

—Eres muy rara...

—Dice la que persigue gallinas.

—Pues te perdiste un programa interesantísimo sobre la Atlántida y...

—No me digas que era una nave extraterrestre...

—Pero ¡qué dices!

—Todos esos programas terminan así... Siendo extraterrestres que se van, además, no me lo invento...

—Ya...

—Va en serio, hay una teoría que dice que eran extraterrestres, y que la Atlántida era su nave, por eso desapareció de un día para otro, simplemente se fueron. Conocerían este pueblo y a su gente, y se fueron en busca de un lugar mejor.

—Ja ja ja, qué simpática —dijo algo molesta Abril, pero prefirió no dar importancia, empezaba a acostumbrarse a Thea, que parecía empeñada en buscar el lado negativo de todo lo que la rodeaba—. Y esa teoría es una chorrada —añadió.

—Ppsss puede. ¿Has terminado el trabajo de Filosofía?

—Me queda poco... ¿Tú?

—Necesito que te leas un par de cosas que no sé si están bien explicadas.

—Bueno, pues después pásate por mi casa y le echo un vistazo, y podemos ver un rato la tele —le soltó guiñándole un ojo.

Nada más bajar del autobús lo vio a lo lejos, Abril había acertado en decir que Denis era el chico más guapo de todo el instituto. Cualquiera podría pensar que estaba harta de ver chicos rubios de ojos claros, pero Denis era diferente, era especial, bien podía ser por ese cuerpo de infarto, o por ir siempre montado en su moto de montaña. Thea no pudo evitar al acercarse, colocar el pelo tras su oreja, de un modo totalmente ensayado al milímetro, con la clara intención de llamar su atención, cosa que consiguió cuando comprobó cómo clavaba los ojos en ella. «Un punto» pensó y su corazón se aceleró. Dudó un instante si decirle algo, aunque solo fuese saludarle, y cuando sus labios iban a despegarse para dejar escapar esa frase ensayada durante las noches...

—Si se te ha perdido algo, sugiero que lo busques en otro país, algo más al norte.

Tenía el extraño don de aparecer siempre, en el momento más inapropiado. Thea se giró y comprobó que se había quedado sola, ¿dónde estaba Abril? No la vio, pero ahí estaba la «Reina Beth» que seguía mirándola con suficiencia. Esa chica era insoportable, además siempre aparecía alrededor de Denis, sabía que entre ellos no había nada, al menos eso era lo que decían, aunque empezaba a dudarlo.

—Eres como un dolor de muelas —susurró Thea dándose la vuelta, ya había tenido el gusto de comprobar que discutir con Beth, solo le traía problemas, como que le llenaran la taquilla de espuma de afeitarse.

—Ni caso rubia —Alex apareció a su lado tomándola del brazo con cariño—. Tú eres mejor que eso.

Thea se dejó conducir hacia el interior del instituto.

—Pero a veces me entran ganas de... —dijo haciendo el gesto de estrangular a un ser imaginario con ambas manos.

—No merece la pena pelearse por un tío, aunque sea ese... —el chico miró hacia atrás, deleitándose unos segundos en el perfecto cuerpo de Denis.

—No me pelearía por un chico, sino con una gilipollas, se dice así ¿no?

—Palabra totalmente acertada.

—Pues eso, Beth es gilipollas.

—Dime algo que yo no sepa... en fin —dijo Alex al llegar frente al laboratorio—. Yo me quedo aquí, ¿nos vemos a la hora de comer?... Thea... ¡Thea! —le gritó haciendo aspavientos con ambas manos para llamar su atención.

—¿Qué?

—Que si nos vemos a la hora de comer.

—Sí... claro.

Las mañanas eran lentas, pero los medio días empezaban a ser casi agradables. Los chicos eran simpáticos, hasta Morgana tenía un punto divertidamente sarcástico que comenzaba a gustarle, aunque sin duda Abril era la mejor. En esas semanas había mostrado una paciencia infinita, no solo con las cosas del instituto, sino respetando sus silencios y sin insistir mucho en su vida antes de llegar allí. Se quitó la chaqueta y se sentó en la mesa que acostumbraban a ocupar, la más alejada de todo y de todos, cerca de las papeleras, era como si les gustara aislarse, aunque viendo el panorama, no era

de extrañar. A pesar de ser un instituto pequeño, se veía que habían muchas diferencias entre ellos y nadie hacía nada para congeniar con el prójimo. Aún era pronto. Pasó las manos por el pelo y recogió todo en una coleta para evitar que se le cayera sobre la cara, miró a su alrededor, a lo lejos una de las chicas de Beth acaparaba la atención contando cualquier tontería de las que solían hablar. Sacó el móvil y aprovechó el momento para mandar algún mensaje a sus amigos de Suecia, sonrió cuando volvió a mirar las fotos que Emilia le había mandado de la primera salida de invierno. Y a pesar de sentir que todo seguía sin ella, no le dolió tanto como al principio, seguramente porque, y a pesar de sus intenciones, ella empezaba a seguir sin ellos.

Hacía días que apenas podía dormir, leía hasta tarde, estudiaba, y cuando le vencía el sueño, las pesadillas regresaban, como el estribillo de una mala canción, o la sintonía de algún anuncio de la tele, de esos repetidos hasta la saciedad. Se sentía agotada, la verdad era que estaba tan cansada que hasta había dejado de correr por las mañanas. Miró de nuevo la pantalla del móvil, nadie le había respondido reafirmando el sentimiento de que se estaban olvidando de ella. Escuchó bullicio a su alrededor, si algo no eran los españoles, era silenciosos. Mesas y gente que se movían por su lado, gritos, móviles, alguien tarareando una canción, pero su vista seguía en esa pantalla ahora apagada de su *Smartphone*. El sonido de un vaso al caerse, el ruido del cristal al estallar, hizo que un escalofrío recorriera su cuerpo y a pesar de no buscarlo, imágenes que quería olvidar regresaron a su mente. Y no podía evitarlo, a pesar de que quería no podía ni apartar la vista de la mesa, ni desterrar los recuerdos de su memoria. Cuando algo te había agrietado tan profundamente una capa de pintura, jamás lo podría solucionar. Trasladarse a España tan solo era como echar pintura sobre una grieta sin enmasillar, era absurdo, pues al poco tiempo, sería visible de nuevo, y si no se hacía algo, podía hasta ampliarse, y depende de dónde y porqué, incluso echar abajo los cimientos de una mala construcción. Así eran las grietas, así eran las penas que afligían su corazón.

La luz del móvil la devolvió a ese comedor, lo cogió entre las manos y al alzar la cabeza todos estaban ahí sentados, Abril la miraba con preocupación. Thea parpadeó un par de veces, casi asustada porque hubiesen llegado sin que ni si quiera lo advirtiera.

—Cuando te metes en tu mundo te quedas como ausente.

Ausente... esa palabra la hizo temblar. Odiaba las ausencias, sobre todo de aquellos que jamás volverían. Abril rozó su mano de manera delicada mientras le sonreía, le había preguntado un par de veces por el motivo de su traslado, pero ella siempre había logrado dar esquinazo a tener que responder a eso. Así que había optado por no volverle a preguntar y esperar que fuese ella la que quisiera contárselo.

—¿Vas a comer algo?

—Sí, ahora voy —y dicho eso recordó la luz de su móvil, volvió la mirada hacia él descubriendo un par de mensajes de Maja y no pudo evitar sonreír.

—¿Por qué no vienes esta tarde a mi casa? —propuso Morgana— Allí donde vivís vosotras el internet es una basura, puedes usar *Skype* desde mi portátil y hablar con ellas.

—Jooo pues sería genial.

—¿Fiesta de pijamas? —propuso Abril— Es viernes, podemos ver una peli y...

—Eso eso —exclamó Alex— vosotras haced planes que aquí Valentín y yo no contamos para nada.

—Venga reinona —soltó Morgana con sorna— sabes que tú tienes mi casa a tu disposición, así hacemos una noche de «chicas».

—Pues puedo ser mucho más femenina que tú, y también podría darte un buen par de consejos de maquillaje y estilismo...

—Haya paz —rio Valentín— Alex y yo haremos nuestros propios planes. Sin incluir pijama... —añadió mirando a su compañero.

—Cómo me conoces «ladrón» —teatralizó.

—No te pases —gruñó Valentín.

Thea no pudo evitar reír con ello, parecían una gran familia, y la habían

incluido en ella. Se sentía a gusto, echaba mucho de menos a sus amigos de toda la vida, pero debía reconocer que no se sentía tan sola como había pensado. El instituto seguía siendo un lugar horrible, pero dentro de eso, ellos no estaban del todo mal, podría llegar a acostumbrarse, con el tiempo, mucho tiempo, pensó. Comieron mientras planeaban la noche perfecta, que incluía película y palomitas. Morgana le prometió que después de su jornada laboral, le dejaría hablar con sus amigas por *Skype*. Así que mandó un mensaje a Maja y Emilia para quedar por la noche y poder charlar un rato, se sentía totalmente feliz, casi nerviosa. Desde que estaba en España solo había hablado con ellas una vez, desde la biblioteca y no pudo hacerlo con intimidad.

Morgana vivía bastante cerca del instituto, en una de esas casas de pueblo, estrechas y poco soleadas. Thea dejó la mochila al lado de donde Abril lo había hecho, vio como saludaba a la madre con familiaridad. Se sintió totalmente fuera de lugar, pero se obligó a sonreír cuando la mujer le ofreció la mano y la saludó con efusividad. Morgana o María, era diferente, extraña, y no solo por el hecho de presentarse con un nombre que no era el suyo, todo en ella era confuso. Era guapa, Thea la había observado y bajo esa gruesa y exagerada capa de maquillaje se escondían unos ojos claros preciosos, hasta amables y dulces, pero esa exagerada línea negra, solo endurecía su mirada, que era por supuesto, lo que pretendía. Solía vestir de negro, con ropa bastante vieja, a veces hasta desgastada, otras era de grupos de música, esos tan ruidosos que ella escuchaba. No era gótica, no era heavy, simplemente era diferente de un modo peculiar. Y llegó el momento de la sorpresa mayor, cuando entraron en la habitación y encendió el ordenador, poniéndose unos auriculares con micro, como si fuese un piloto de caza.

—¿Qué...?

—Sssshhh —dijo Abril sentándose descalza en la cama y doblando las rodillas— Echa las cartas online y se saca una pasta.

—¿Cartas?

—Sí... —Abril dudó un instante— Tarot, adivinar el futuro...

Frente al portátil, Morgana hablaba con voz profunda y pausada, mientras garabateaba en una revista y tamborileaba con el pie descalzo sobre el

reposabrazos de la silla, se giró un instante y sonrió a sus amigas antes de volver a centrar la atención en la mujer, que le contaba entre avergonzada y excitada, que soñaba con el hermano de su marido y le preguntaba, qué posibilidades tenía de que algo así ocurriera.

—Pero...

Abril alzó los hombros, ella tampoco entendía cómo la gente podía caer en semejante engaño, pero así era, todos los viernes por la tarde de seis a nueve, Morgana era requerida por decenas de personas. Muchas repetían, ella los llamaba «los fieles». Abril sacó de la mochila una libreta y se puso a estudiar, Thea aún no salía de su asombro, escuchó cómo Morgana aconsejaba a esa gente, cómo les decía lo que los espíritus le susurraban y qué era lo que iba a suceder e incluso a veces, les decía lo que debían o no hacer.

—Pero ¿y las cartas? —susurró sentándose al lado de Abril.

—No le hacen falta —cuchicheó esta bajito para no molestar—. Ella dice que los espíritus le dicen al oído lo que debe decir.

—Es broma, ¿no?

—Bueno, yo no la creo, pero ella afirma que es así, ponte cómoda, pasa rápido, y si te aburres solo tienes que escuchar la de tonterías que dice, es para morirse de risa.

Thea dejó la cazadora en el suelo y se sentó al lado de Abril, sacando también uno de los libros, por suerte empezaba a dominar el idioma y seguir las clases era algo más sencillo, a pesar de eso, encontraba tantas diferencias entre la educación Sueca y la Española, que a veces se colapsaba.

—¿Por qué nunca te quitas la bufanda?

—Cuido mis cuerdas vocales.

—¿Vas a presentarte a un concurso de canto?

—Nunca se sabe.

—¿En serio...?

—En serio, nunca se sabe.

Abril entrecerró los ojos y la miró con suspicacia. A veces intentaba adivinar qué sería lo que la había hecho mudarse de un lugar que parecía tan perfecto como Suecia, al menos todo el mundo solía compararse con ese país, a Lleida, pero Thea era totalmente hermética, nunca decía nada más de lo que quería, como si llevara las conversaciones ensayadas de ante mano, y supiera exactamente qué responder en cada instante para terminar una conversación, cuando no iba por el camino que ella quería. Era un don. Su madre le había dicho que no atosigara mucho a Thea sobre eso, ya se lo contaría cuando ella se viera preparada, y así hacía, pero a veces la curiosidad era más fuerte.

Las horas pasaron deprisa, Abril había estado en lo cierto asegurando que escuchar lo que Morgana les decía a sus «clientes» podía convertirse en algo adictivo. Thea comprobó las cuatro o cinco palabras que había anotado para buscar en el diccionario más tarde. Cuando Morgana se levantó de la silla, dando así por finalizada su sesión, el corazón de Thea empezó a latir con más fuerza, la morena se apartó de delante de la mesa y tiró de la mano de Abril, para que se levantara de la cama.

—Si necesitas algo estaremos abajo —dijo Abril antes de desaparecer de la habitación—. Vamos a ir preparando la cena.

—Gracias —susurró Thea con emoción contenida.

Cuando la pantalla empezó a sonar con ese característico zumbido, casi no podía ni controlar su desacompasado corazón, y cuando la imagen de Maja y Emilia apareció, le bastaron tres segundos para romper a llorar. Y así pasó más de hora y media, entre risas y llantos, entre lágrimas de felicidad y tristeza, un cúmulo de sensaciones que por momentos la dejaban totalmente aturdida. Jamás había pensado en ella misma, como una histérica presa de los cambios hormonales, pero tuvo que tragarse sus propias palabras después de esa llamada, pues estaba claro, que era una de esas chicas a las que les daba

por llorar sin control. Los azules ojos de Maja la miraban ahora desde el otro lado de la pantalla, y con su sonrisa le infundía valor y coraje, y a pesar de los cientos de kilómetros que las separaban, Thea podía sentir cómo estaba a su lado, igual que siempre, desde que eran unas niñas. Maja era una de esas amigas, que casi podías confundir con una hermana, porque al mirar atrás, en todos los momentos vividos, buenos o malos, siempre estaba ahí, y esos ojos azules solo le recordaban eso, momentos pasados, esos que ahora le dolía recordar, porque ni la distancia ni el tiempo podían cambiar todo lo que había sucedido, y de nuevo los reproches volvían a ella una vez más. La idea de que, del mismo modo que un cúmulo de catastróficas desdichas terminó con el coche de su padre en el fondo del lago, bien podría haber sido que por un conjunto de acontecimientos, ella hubiera podido evitarlo. Si no hubiera parado en la cafetería, si en vez de pedirle a su padre que recogiera primero a Vera, si hubiesen seguido con los planes de la mañana, si no hubiera olvidado el libro de química... si... si... si...

—¡Joder! me estoy acojonando —escuchó una voz amortiguada a su alrededor.

—¿Llamamos a mi madre? Thea... ¡Thea!

Thea parpadeó un par de veces, su mirada seguía fija en la pantalla del ordenador, que estaba totalmente negra, apagada, a pesar de que hacía tan solo un instante, lo que le devolvía la misma eran los dulces ojos de su mejor amiga. Se giró con pesadumbre, con la lentitud que confiere a cada acto la desgana de realizarlo.

—Llevamos más de diez minutos intentando llamar tu atención —se quejó Morgana.

—Exageradas.

—No Thea, para nada, estabas totalmente ida, creo que ni respirabas —susurró aún con cierto temor en la voz Abril.

—Estaba hablando con Maja y Emilia y bueno...

—Thea, hace media hora que se fue la luz, ¿ves? —dijo Morgana dándole al interruptor sin que ocurriera nada.

—No —sonrió Thea— si estaba hablando con ellas...

—Te aseguro que no, o no al menos desde hace treinta minutos.

—¿Estás bien? —inquirió Abril con preocupación.

—Sí... bueno... algo cansada.

—Has llorado.

Pasó las manos por su rostro, intentando arrastrar de sus mejillas los posibles restos que delataran su actual estado emocional, que no era otro que el de totalmente rota por dentro. Forzó una sonrisa, esa que se obligaba a poner, cada vez que los fantasmas la acechaban, y se levantó de un salto para alejarse del ordenador.

—¿Qué se puede hacer en una fiesta de pijamas sin luz? —preguntó con fingida alegría.

—Comer helado y contar historias de miedo —palmoteó Morgana.

—¡No!

—Venga Abril, no seas cagona.

—No soy cagona pero...

—También podemos hacer alguna otra cosa —sugirió Thea, viendo el terror en los ojos de Abril.

—Podemos jugar al juego de la verdad, una hace una pregunta y las otras solo pueden responder con sinceridad —Morgana la miró con maldad.

—Bueno —atajó Thea dejándose caer con despreocupación en la cama— lo de las historias de miedo no suena tan mal.

—Y a lo del helado ninguna de las dos ha puesto pegas —rio Morgana levantándose para bajar a la cocina.

—Eso es casi por caridad mujer, sin luz, seguro que se descongelan.

—Claro... eso le diré a mi madre cuando nos zampemos las tres tarrinas que compró ayer, que lo hemos hecho por ella...

—Para que no se manche el congelador.

—Ah... yo iba a decirle que para que no eche más culo.

—Qué mala eres —exclamó Abril—. ¿Vamos Thea? —dijo volviendo a llamar su atención.

—¿Qué? Sí... Claro.

Esos días habían sido raros, extraños, o así lo sentía ella. Se levantó y quedó sentada sobre el colchón pensativa. El tiempo, por un extraño motivo se empecinaba en ser altamente voluble a su alrededor, como si de pronto todo se acelerara, y esa extraña sensación había empezado a preocuparla. El fin de semana había transcurrido entre brumas, la noche del viernes dejó en su boca un regusto agrídulce, que se había prolongado durante el siguiente día. Solo consiguió mitigarlo, con una buena caminata el domingo, ayudada por el aire frío reinante en esas montañas, que penetró de manera casi dolorosa en sus pulmones.

Abril no asistiría al instituto en un par de días, su padre había tenido que ir a Barcelona y ella le había acompañado. Notó su ausencia en el autobús. Esas conversaciones imposibles de seguir cuando su nueva amiga dejaba que las palabras salieran de su boca a mayor velocidad de lo que se creaban en su mente, esa manera de mezclar temas e idiomas, esa manera de expresarse, tan viva y pasional. Resopló cuando se dio cuenta del término empleado para pensar en ella, «nueva amiga» y es que, a pesar de no pretenderlo, de haberse querido negar, no podía obviar el hecho de que, de algún modo, Abril se había ganado un pequeño hueco en su corazón. Puede que todos lo hubieran hecho.

El cielo había empezado a oscurecerse, y ahora, densas nubes amenazaban con una de esas fuertes tormentas que descargaban agua a raudales. Si algo tenía ese sitio eran esa especie de lluvias, que semejaban el diluvio universal. El frío era mucho más acusado que la semana anterior. El mes de octubre se despedía de manera casi gélida, mientras en otras partes de España, seguían disfrutando de cálidas temperaturas y relajantes paseos por la playa.

—¿Un céntimo por tus pensamientos?

—¿Qué?

—Déjalo, es solo una expresión, la verdad no sé muy bien qué significa...

—Valentín se situó a su derecha y la observó de reojo, al tiempo que guardaba los auriculares en el bolsillo de la chaqueta—. ¿Y Abril?

—Ha ido a Barcelona con su padre.

—Es verdad, algo de eso comentó el viernes. Y a ti, ¿se puede saber qué te pasa? Tienes mala cara, ¿no te lo pasaste bien el finde?

—Sí, me divertí.

Valentín sonrió, las primeras gotas de lluvia empezaron a caer a su alrededor, esa clase de lluvia fina que calaba hasta los huesos sin que te hubieses dado cuenta. A lo lejos, el sonido de una motocicleta rompió el aparente silencio que se había instaurado a su alrededor, puesto que todos se habían apresurado a correr al interior del edificio, salvo Thea que parecía absorta en esa fina capa de agua que les envolvía, y Valentín resignado a su lado, que simplemente la observaba.

Denis pasó por su lado empujando la moto, Thea se giró para verle y algo en su rostro cambió. Puede que fuese la expresión de su cara, o la mirada, un ligero destello que la iluminó y que creció, cuando el joven le dedicó una de esas encantadoras sonrisas ensayadas para romper corazones.

—Noooo... —Valentín estalló en una carcajada y tiró de ella para acelerar su paso y no terminar totalmente empapados —¿Denis? ¿En serio? Joder Thea...

—Me defendería, si supiera de qué intentas acusarme.

—Ya. No pierdas el tiempo.

—Nunca me ha gustado malgastarlo, es demasiado efímero.

—Pues apunta tus miras románticas en otra dirección, o lo único que conseguirás es que te parta el corazón.

—No sabía que eras de esa clase de tíos.

—¿Qué clase de tíos? —preguntó con curiosidad aunque algo a la defensiva.

—De los que se meten dónde no les importa —sentenció ella dándole la espalda—. Nos vemos a la hora de comer.

—Soy de esa clase de tíos —medio gritó antes que desapareciera por el fondo del pasillo— al que les importa lo que les pase a sus amigos.

«Puede que tenga razón» Thea llevaba un buen rato dándole vueltas a las palabras de Valentín. Denis era guapo, no podía negarlo, popular, atractivo... la clase de chico que, ahora mismo, estaba fuera de su alcance. Además, no podía, tal como le había dicho a Valentín, malgastar el tiempo. Si seguía a ese ritmo, casi seguro suspendería, había pasado de ser una estudiante mediocrementemente aceptable, a ser simplemente mediocre, o peor aún. Y ya no podía excusarse más en el idioma, después de dos meses lo dominaba casi a la perfección. Tampoco podía echarle toda la culpa al sistema educativo de ese país que sí, era nefasto, pero para ser fiel a la verdad, cada vez que intentaba estudiar, era como si el tiempo decidiera evaporarse. A veces, tenía la sensación que habían pasado solo minutos, cuando su madre la llamaba para la cena. Era como si un bucle temporal se abriera frente a ella y la absorbiera de un extraño modo. Thea sonrió ante esos últimos pensamientos, verdaderamente era una «frikisueca». Y con esas ideas revoloteando en su cabeza pasó el día, y casi la tarde, y de nuevo se descubría sentada en la cama, con la mirada perdida en la ventana que no recordaba haber abierto, y sin saber en qué había gastado las horas. Realmente no recordaba ni como había llegado a la habitación. Sacudió la cabeza y se levantó, antes de que su madre se volviera loca gritando su nombre, bajó los escalones con lentitud, como si algo lastrara cada paso que daba.

—¿Cómo van las clases? —preguntó Carmen cuando atravesó la puerta de la cocina.

—Van.

Se sentó frente a la mesa y esperó que su abuela le sirviera un plato de humeante caldo. Estaba bueno, a pesar de que las cosas calientes no terminaban de convencerla.

—¿Y los amigos?

—Ahí están.

—Thea...

—Madre...

—Eres imposible.

—Tú eras igual a su edad —soltó su abuela.

—No es lo mismo —se defendió Carmen.

—¿Por qué no?

—Pues... —dudó, la conversación estaba yendo por unos derroteros a los que no se quería enfrentar, no ahora, en ese instante y con su madre ahí. Ver a Thea tan visiblemente molesta con todo, le provocaba una gran desazón aunque, a decir verdad, no recordaba la última vez que Thea no había estado a la defensiva con ella.

—Dilo —la desafió Thea.

—Venga cenad tranquilas —intentó poner paz Conxita.

—No —Thea se levantó de la mesa airada, con tanto ímpetu, que la silla cayó al suelo—. ¡Dilo! —volvió a gritarle a su madre.

—Thea, todos lo estamos pasando mal, la situación es complicada y...

—Pero tú no tienes que soportar el peso de la culpabilidad.

—Thea no hay culpables en lo que pasó.

—¡Sí que los hay! ¡Vera y papá murieron por mi culpa! —escupió amargamente.

—¡No! —gritó Carmen levantándose también e intentando rodear a su hija entre sus brazos.

—Así que, si soy imposible, te jodes...

CAPÍTULO 4

Se abrochó la chaqueta y se miró al espejo del baño de chicas, unas horribles ojeras decoraban la parte baja de sus ojos y cada día, iban a más. Apenas podía dormir. Los días eran confusos, y las pesadillas demasiado reales. Hasta podía volver a sentir el dolor, el olor, los gritos...

—¿Estás? —la voz de Abril a su espalda, la hizo aterrizar a la realidad.

—Ajá...

—Voy a pedirme un chocolate caliente con nata.

—Eso es un «checo».

—Un suizo —sonrió Abril— pero casi.

Habían pasado cinco días desde la discusión con su madre y no habían vuelto a hablar sobre ello, a pesar de que su abuela había intentado sacar el tema en diferentes ocasiones. Pero el silencio era un tácito acuerdo entre ambas, entre ella y su madre. No hablar del dolor era su estrategia, que no lo hacía desaparecer, pero al menos, así lo fingían.

A la salida del instituto les esperaba Alex, que llevaba, como desde hacía semanas, un anorak que le hacía parecer un gran bollo relleno, unos guantes también acolchados y un gorro de lana que escondía casi la totalidad de su cara. Parecía un delincuente a punto de atracar un banco.

—*Miladys* —sonrió, o eso le pareció intuir a Thea— os llevaría en coche, pero... no tengo.

—Pues está claro que toca caminar.

—Como los pringados —la voz de Beth se alzó a sus espaldas, seguido de una sofocada carcajada.

Siempre que Beth hablaba, Thea tenía la sensación de encontrarse en una *site come* americana de esas con risas enlatadas, a veces se preguntaba donde veían sus amigas el cartelito luminoso que les indicaba, cuando debían reír o incluso aplaudir. Como el lunes de hacía dos semanas, cuando Beth se encargó de que fuera ella la primera en entrar en el laboratorio, y al abrir la puerta, un bote de pintura azul se le derramó por encima, haciendo de la situación la mofa general, y la comidilla de los siguientes días, la «Pitufosueca». O cuando alguien reventó su taquilla del polideportivo y se llevó su ropa, suerte que Abril siempre llevaba muda de sobra y pudo salir dignamente del baño. Fuera en el pasillo, Beth y sus secuaces esperaban móvil en mano, fue una verdadera decepción que Thea saliera completamente vestida, a excepción de la ropa interior, pero eso Beth no podía saberlo. Era una auténtica bruja, de las que no llevaban escoba.

—Te creerás ingeniosa —estalló Thea molesta.

—Venga Beth, cállate ya —la voz de Denis les sorprendió a todos, pero lo que captó la atención de Thea, por encima de esas pocas palabras, era el tono de fastidio impreso en ellas. Denis pasó sus manos por su dorada melena antes de ponerse el casco de la moto, cogió otro que colgaba del manillar y se lo alargó a Beth, que lo rechazó con cara de irritación—. ¿Vienes o no? —se impacientó el chico.

—Creo que voy a caminar —masculló entre dientes Beth, emprendiendo calle abajo.

—Como los pringados —apuntilló Alex con media sonrisa socarrona pintada en el rostro.

Se escuchó a Denis resoplar y aún con el casco en la mano, lo alargó en dirección a Thea, ante la incredulidad de ella y sus dos acompañantes.

—¿Vienes? —su tono ahora, sonaba seductor.

No preguntó dónde, no preguntó por qué, ni si quiera se cuestionó que

hacía frío y no iba preparada para ir en motocicleta. Cogió el casco y se lo enfundó. Antes de perder parte de la visión por culpa de la visera, pudo ver la sonrisa de Abril. Denis dio gas y se alejó por la calle principal, con ella agarrada a su cintura.

—¡Vaya! —exclamó Thea cuando descendió de la moto y consiguió arrancarse el casco— Qué paisaje.

—Es un lugar perfecto para observarlo todo —Denis se situó a su lado, perdiendo la mirada en las majestuosas vistas de todo el valle—. Siento lo de Beth, a veces es un poco...

—Ya...

—Es buena tía, en serio.

—Me cuesta creerte.

—No suelo mentir.

—¿Qué hay entre vosotros? —la pregunta salió sin reflexión ni filtro y se arrepintió de inmediato de haberla formulado.

—Su padre es mi patrocinador —Denis observó la cara de confusión de ella—. El que paga mis carreras.

Thea le miró con incredulidad, pero dejó las dudas a un lado cuando él simplemente sonrió.

—¿No habías estado nunca aquí? —ella negó con la cabeza— Abril debería haberte enseñado este sitio, hay un antiguo camino de ganado que rodea casi por entero el valle, un lugar ideal para salir a correr —Thea inquirió con la mirada—. A veces te he visto cerca de casa de tu abuela.

—¿Me espías?

—Digamos que soy capaz de crearme mis propias oportunidades. Me tienes fascinado —reconoció.

—¿Yo? —no pudo evitar perderse, por un momento, en el azul casi

traslúcido de su mirada, y en esa sonrisa embaucadora que tan bien sabía poner.

—Llevas un semestre aquí, y aún nadie sabe nada sobre ti —Denis se sentó cerca del acantilado y le indicó con un gesto que hiciese lo mismo.

—Soy reservada —susurró ella cuando se hubo acomodado.

—Acrescientas la curiosidad de todos con tu actitud.

—Parece un reproche.

Denis alzó los hombros como toda respuesta y volvió a perderse en la inmensidad de las montañas. Thea lo observó, no de reojo como hacía cada vez que se cruzaban, sino abiertamente, se quedó totalmente embelesada observando la casi perfección de su perfil. Tenía la nariz bien perfilada, los pómulos altos, y una pequeña cicatriz cerca del ojo. Y olía deliciosamente bien. Se ruborizó casi al instante con ese pensamiento y desvió la mirada de inmediato.

Un frío viento sopló entonces, haciendo que la melena de Thea rozara el rostro de él. Sonrió. Era una escena casi mágica, si no fuese porque estaba helada.

—Hace frío. ¿Nos vamos? —se levantó él.

—Está bien —contestó casi a regañadientes.

—Habíais quedado en el *Bon Cafè*, ¿no? —ella asintió levemente.

Denis tomó su mano y tiró de ella levemente que, por un traspies, perdió el equilibrio y quedó casi colgada de su cuello, momento en el cual el chico aprovechó para juntar levemente sus labios. Eran tiernos y cálidos, Thea cerró los ojos durante esa ínfima porción de segundo, que había sido lo que había durado el beso. Cuando los abrió, la sonrisa socarrona de él, la desarmó por completo. El chico le tendió el casco y después procedió a colocarse el suyo. Ese tipo de motos de montaña eran escandalosas, y la tranquilidad del lugar se vio interrumpida cuando él dio gas.

—No me lo puedo creer —susurró Abril cuando se sentó a su lado—.
¡Pero cuenta! —exigió.

—No por favor... déjalo —Morgana puso cara de asco.

En la mesa contigua, Denis se había sentado con sus amigos, y un par de chicas del «clan» de Beth.

—Me ha llevado al acantilado que hay sobre la cantera.

—Bonito sitio, muy romántico.

—Alguna vez he pensado en suicidarme allí.

Ambas chicas miraron a Morgana, que puso cara de circunstancias y negó con la cabeza, mientras de entre sus labios escapó un suspiro mezcla de resignación e incredulidad.

—¿Qué os pongo? —Alex apareció con el bloc de notas y cara de maldad
— Algo fuerte ¿no Thea?

—Sois...

—Vengaaaaaa —suplicó Abril— ¿Qué te ha dicho? ¿Te ha besado? —bajó mucho el tono e inclinó el cuerpo hacia delante, para evitar que la pregunta escapara de esa mesa y las cuatro personas ahí congregadas—. Te ha besado —sentenció sin esperar confirmación.

—Un café... —Thea miró a Alex y este reaccionó, recordando entonces que estaba trabajando. Por un momento su mente se había evadido, imaginando a qué podían saber los besos de Denis— ...con leche —añadió ella.

—Bruja —gruñó desapareciendo en dirección al mostrador.

—Eres lo peor —Morgana mostró su ligero enfado— si te vas con ellos, eres lo peor.

—¿Esto qué es, Romeo y Julieta?

—Esto es la vida real, esa que dice que o estás conmigo o eres mi enemigo... o algo así.

—Eres una melodramática —se quejó Abril.

—Es lo que hay —soltó cruzando los brazos a la altura del pecho.

—No ha pasado nada —la tranquilizó Thea —solo quería poner celosa a Beth —mintió—. No debes preocuparte por mi deslealtad, solo me ha utilizado.

—Típico —y parecía que hablaba con conocimiento de causa, podría haber ahondado en eso, pero Thea prefirió dejarlo ahí.

Los siguientes días las miradas eran cada vez más evidentes, y Thea sentía una mezcla extraña en su interior. Algo que no podría explicar, y de hacerlo, nadie la habría podido entender. Porque por un lado se sentía bien, casi se diría que emocionada, excitada cada vez que él la miraba, algo así como feliz. Por otro lado, sabía que no merecía esa felicidad.

Entró en el aula, era primera hora y había llegado antes que nadie, dio al interruptor para encender la luz, pero la clase permaneció a oscuras. Volvió a darle, subió y bajó el interruptor diversas veces sin obtener resultado. Resopló y se adentró en el interior a oscuras, pues aún no habían levantado las persianas. Escuchó un ligero zumbido seguido de un ruido algo más fuerte, parecido a un frenazo, se giró de manera precipitada golpeándose la rodilla con la silla a su espalda, profirió un quejido de dolor, se cayó al suelo y alzó la mirada en el instante que las luces se encendían. El brillo de los fluorescentes al parpadear la cegaron por un instante, como hacía meses los faros de ese vehículo la deslumbró, antes de notar que todo a su alrededor se sacudía. Un sudor frío perló su frente y su corazón se desbocó, o bien podía ser que se hubiese saltado un latido, pero le dolía, sentía una punzada justo en medio del pecho. Abrió la boca para intentar respirar, pero el aire se negaba a llegar a sus pulmones, volvió a intentarlo con el mismo resultado, se ahogaba. Alzó las manos, apretando en el punto exacto donde nacía y moría el dolor.

—¡Joder! —cuando Abril entró en el aula de matemáticas le sorprendió la

visión de Thea que parecía presa del pánico, con ambas manos aferradas a la cremallera de su chaqueta, los ojos mirando a un punto indefinido del techo y luchando por respirar— ¡Thea! —corrió al lado de su amiga esquivando el par de sillas que estaban en el suelo—. ¡Tranquila! —le gritó entonces—, venga va... respira —dijo poniéndose al lado y pasando ambas manos por alrededor de su cuello y tirando del pañuelo que Thea siempre llevaba en el cuello, y al hacerlo pudo fijarse en lo que pretendía esconder con esa prenda, una enorme cicatriz de lado a lado, como si alguien hubiese intentado cortarle la cabeza. Ese fue su primer pensamiento, y se heló sin poder reaccionar, mirando esa abultada y aún enrojecida señal. Por suerte el estupor pasó y volvió a hacerse con el control de la situación— Respira, tranquila... venga... Solo es un ataque de pánico —susurró reconociendo los síntomas enseguida— venga ssshhhhh ya... —la animó viendo que Thea empezaba a tranquilizarse—. Ya está, tranquila.

—Abril... —susurró Thea con un hilo de voz.

Ambas se miraron, Abril seguía con el pañuelo en la mano, Thea se lo quitó con rapidez y volvió a colocárselo. La puerta del aula se abrió y los estudiantes empezaron a entrar, mientras ellas seguían la una frente a la otra, con las miradas imantadas.

—¿Mejor? —inquirió con voz bajita Abril.

—Gracias.

—¿Qué te ha...?

—No ha sido nada.

—Pero...

—Señoritas —las sorprendió voz de la profesora— ¿tienen para mucho? ¿O podemos empezar ya?

—Lo siento —se disculpó Abril que fue la primera en alzarse y tenderle una mano a Thea para que hiciese lo mismo.

—¿Todo bien?

—Sí —se apresuró a responder Thea antes de que su amiga dijese nada— todo bien, lo lamento.

Abril la miró con preocupación, pero prefirió callar, ya encontraría el momento de hablar con ella. Pero el día pasó y Thea, como siempre, rehuía hablar de aquello que no le interesaba. Y al misterio de su repentina mudanza, se sumaba ahora esa cicatriz. Abril la observaba de reojo en el comedor, entre bocado y bocado de su comida, e intentaba averiguar algo, lo que fuese.

—¿Vendréis esta tarde?

—Yo sí, he terminado ya el trabajo de Literatura ¿y tú?

—La pregunta espero que sea si voy a ir, porque lo del trabajo ya sabes que la respuesta es no —Morgana hizo una mueca de fastidio, odiaba que Abril siempre fuese tan aplicada— Thea, ¿tú qué?

—¿Qué?

—Que si vienes después de clase al *Bon Cafè* a tomar algo —le aclaró Valentín viendo que la rubia estaba, como en muchas ocasiones, en su propio mundo

—Sí, vale.

—¿Tienes ya el trabajo?

—Creo que sí.

—¡Otra! —se quejó Morgana— ¿Es que no podéis ser como la gente normal y dejar los trabajos para el último día?

Alex soltó una carcajada, Morgana siempre iba arrastrando todo, trabajos, deberes, estudios, cualquiera diría que era la segunda vez que repetía ese curso. Aún y así, era incapaz de anticiparse, a pesar de que las lecturas eran las mismas. Era única.

—Entonces nos vemos allí a las cinco —dijo Valentín poniéndose en pie

— voy a ir a estudiar un rato a la biblioteca, si alguien quiere...

—¿Por qué me miras a mí? —se puso a la defensiva Morgana.

—Era una mirada general.

—Y una mierda —masculló entonces entre dientes— ¡Eh! ¡Eehhhh! — llamó la atención del joven que ya se había alejado un par de pasos— No he dicho que no, espérame.

—Así me gusta —se alegró Abril levantándose también.

—Sois una panda de empollones.

—A mí no me mires —Thea alzó las manos— jamás había suspendido tantas.

—Bueno échale la culpa al idioma —dijo Abril

—O al amor —rio Alex.

Amor. Una palabra que ni se había planteado. ¿Estaba enamorada?, ¿de Denis? No. Vio como sus amigos se perdían en dirección al pasillo, se demoró recogiendo sus cosas. Solo quedaba una clase, la peor, y después al menos podría desconectar un rato tomando un café. Le gustaban esas tardes en la cafetería, donde charlaban de todo un poco, se ayudaban con trabajos y deberes y reían hasta que se hartaban. A veces Beth y sus amigas también estaban ahí, era una cafetería cercana al instituto y la mayoría se congregaba en ese lugar. Incluso Denis. Sacudió la cabeza para alejar ese mar azul que eran sus ojos, se estaba volviendo tonta.

Salió al pasillo en dirección a las escaleras, recordó, por algún extraño motivo, el abedul que crecía detrás de su casa, allí en Suecia. En los dibujos casi fantasmagóricos que se dibujaban con el sol del atardecer y en el primer beso que le dieron bajo las ramas de ese árbol. Era sábado, y casi había anochecido. Llegó a casa con las mejillas sonrojadas y el sabor a refresco en los labios. No cenó, se encerró en su habitación y reprodujo una y otra vez ese momento, sintiendo el mismo mariposeo en las entrañas, incluso recreando solo el beso en su imaginación, podía notar como su corazón se aceleraba. Tenía trece años.

Y con ese recuerdo de hacía tan solo unos años, Thea caminó por el

pasillo del instituto, abandonándose por un instante a esa reconfortante sensación, a pesar de estar tan lejos de Suecia, hasta notó la calidez de esos labios sobre los suyos por un momento, justo antes de que todo a su alrededor se tornara negro, negro como una noche sin luna. El miedo la asaltó de pronto, un terror que la paralizó por completo, si es que no estaba ya paralizada de antes, quiso chillar, pero ningún sonido salía de su garganta. Cerró los ojos cuando notó que una intensa luz la cegaba y al volver a abrirlos, todo a su alrededor era confuso. Escuchó un estrepitoso ruido, así como un intenso dolor en los oídos, lo siguiente que percibió fueron gritos, seguido de risas. Y cuando se quiso dar cuenta, notó que no podía respirar, de nuevo se ahogaba. Estaba en el café, rodeada de sus amigos que la miraban, con el pánico pintado en sus rostros y ella se ahogaba. Cada intento de respirar era más doloroso que el anterior. La angustia se apoderó de ella, intentaba boquear para tomar aire, pero no podía, su corazón latía con tanta fuerza que podía notarlo palpitando en todo su cuerpo. A su alrededor todo estaba emborronado, sin nitidez. Intentó serenarse, pero no podía, ella estaba en el instituto, iba camino a la escalera, pensaba en ese primer beso y...

—¿Dónde estoy? —consiguió murmurar, dándose cuenta entonces que el aire de nuevo llenaba sus pulmones. Sintió la humedad bajando por sus mejillas.

—Thea, tranquila... —Abril la cogía de la mano— estás con nosotros... en el Cafè...

—¡No! Yoo... ¡No, no, no...! —gritó empezando a temblar de nuevo.

Diversos estudiantes se habían congregado a su alrededor, cuando la rubia había proferido el primer alarido, parecía totalmente fuera de sí, gritaba y convulsionaba como si estuviese poseída mientras hablaba en lo que parecía ser su idioma natal. Algunos de ellos habían reaccionado a tiempo sacando sus móviles, otros se lamentaban de no haber caído en grabar la escena de esa chica, perdiendo los estribos de pronto.

—¡Friki! —gritó alguien a su espalda.

—¡Iros a la mierda! —masculló Morgana levantándose y empezando a empujar a alguno de los chicos.

—¡Venga fuera! —gritó el dueño del local intentando que todos volvieran a su sitio— ¡Cada uno a su mesa! ¿Está bien? —les preguntó.

Thea lloraba desconsolada, mientras su cuerpo aún temblaba como una hoja, en el rostro de sus amigos se dibujaba el estupor.

—Ssssí —titubeó Valentín.

—¿Qué ha tomado? —preguntó entonces el hombre.

—¡Nada!

—Sacadla fuera que le dé el aire —sugirió.

—Sí... será lo mejor. Venga Thea, ¿puedes levantarte? —murmuró Abril levantándose y tirando de ella que parecía totalmente catatónica.

Valentín tuvo que cogerla casi a pulso, mientras las chicas recogían sus cosas sin entender muy bien qué era lo que había pasado. Alex dudó unos instantes, pero al final dejó el delantal del uniforme sobre el mostrador y salió tras ellos. Todos se miraban desconcertados. Estaban charlando animadamente, discutían sobre qué película ir a ver el fin de semana, Thea estaba especialmente callada, pero era habitual en ella ausentarse a veces, perdida en sus pensamientos, y de pronto había empezado a chillar presa del pánico. Abril notó aún cómo las manos le temblaban. Valentín ayudó a Thea a sentarse en un banco cercano, mientras Morgana le ponía la chaqueta.

—¿Mejor? —le susurró la chica, pero no obtuvo respuesta— ¿Llamamos a su madre? —sugirió entonces viendo que Thea había vuelto a quedar sumida en su particular letargo.

—Sería lo mejor —Valentín miró a Abril, esperando que fuese ella quien lo hiciera, ya que conocía a la familia— Ttttsss reacciona.

—Sí... sí voy.

—¡No! —la voz de Thea les sobresaltó.

—Ei... venga rubia —Alex se sentó a su lado, cogiéndola de la mano— Nos has dado un susto de muerte, mejor que tu madre te recoja...

—No... venga —Thea hizo un titánico esfuerzo por sonreír— estoy bien, solo ha sido un ataque de ansiedad, no es para tanto.

—Si hubieses vomitado verde, habrías sido como la niña del exorcista.

—Morgana —reprendió Valentín con mala cara— no es para tomárselo a broma, Abril llama a su madre.

—No —Thea se levantó cogiendo de la mano a Valentín— en serio estoy bien, no sé... no sé qué me ha pasado, habrá sido el estrés.

—¿Seguro? —ella asintió y Valentín se relajó algo.

Todos se miraron unos instantes, Thea se estaba convirtiendo en un rompecabezas que de algún modo, todos intentaban encajar.

—Entonces deberíamos irnos —propuso Abril mirándola.

—Os acompaño —Valentín se puso en pie.

—Yo tengo que volver al trabajo, rubia... —Alex la miró aún asustado.

—Estoy bien, de verdad.

Alex la besó en la mejilla, se despidió de todos y corrió hacia la cafetería, Marc era un tipo comprensible, un buen jefe, pero todo tenía su límite. Cuando entró, todos en la cafetería enmudecieron. A veces odiaba vivir en ese estúpido pueblo en donde nadie podía hacer nada, sin que fuese la comidilla de todos. Cogió el delantal y se lo enfundó para seguir con su jornada laboral.

La tarde había caído totalmente y a pesar de ser pronto la oscuridad se imponía como si fuera de noche. Morgana se ajustó la cremallera de la chaqueta y se despidió también, prometiendo a su amiga que la llamaría por la noche, para saber cómo se encontraba. Valentín tendió el brazo a Thea que, aunque no lo necesitaba, no lo rechazó. Cuando subieron en el autobús se

acomodaron en la última fila. Thea se sentía aún algo mareada y confundida, sobre todo, por el hecho de que no sabía cómo había llegado a la cafetería, no recordaba haber estado en la última clase, ni haber salido del instituto, no se acordaba de nada, después de que saliera del comedor al medio día. Tenía un agujero negro en las siguientes horas, y eso la angustiaba. El autobús enfiló la cuesta, ella y Abril bajaban en la última parada, Valentín la ayudó a incorporarse y tras asegurarse que estaba bien, las vio descender a ambas, Abril al lado de Thea la acompañó hasta la casa. Él las observó hasta que el vehículo dio media vuelta, para volver en dirección al pueblo.

—¿Seguro que estás bien? —Abril pasó de manera distraída la mano por el brazo de su amiga, al menos había dejado de temblar, observó los azules ojos de Thea, en su casi perfecto rostro se marcaban unas profundas ojeras— ¿Me llamas en un rato?

—Te lo prometo.

—Thea... —dijo obligándola a que volviera a darse la vuelta— la marca de tu garganta... —su cristalina mirada se empañó en ese instante y Abril se arrepintió de haber dicho nada, así que se apresuró a negar con la cabeza y alzó la mano a modo de despedida—. Hablamos después —añadió.

En esa casa siempre hacía frío. A pesar de la chimenea en la que ardía leña todo el día, y el vano intento de su madre de colocar algunas estufas de manera «estratégica», la verdad era que la casa estaba helada. Al entrar comprobó que todas las luces estaban apagadas, algo que de habitual, no le hubiese importado, pero en ese instante un escalofrío recorrió todo su cuerpo y se apresuró a dar al interruptor para iluminar la entrada. Desde la cocina se escuchaban voces y risas. Dudó un instante, incluso puso un pie en el primer escalón cuando dio marcha atrás y se acercó a saludar. Su madre reía divertida mientras su abuela, desde la silla del rincón, parecía dar órdenes también entre carcajadas. Las dos parecían felices, pero ella no lo era.

—¡Thea! —gritó Carmen al ver a su hija— Pensé que llegarías más tarde, ¡mira! —exclamó orgullosa— La abuela me ha enseñado a hacer tarta de calabaza.

Notó un nudo que oprimía su estómago. No supo si era por lo ocurrido durante la tarde, por la incertidumbre de no saber qué le estaba pasando, por las noches sin dormir, porque detestaba estar lejos de Suecia, o porque, en el fondo, odiaba ver a su madre contenta...

—Qué útil —escupió con desprecio—, ¿no deberías estar buscando trabajo?

No dio opción a réplica, cerró la puerta y subió con rapidez los escalones, escuchó como su madre, o puede que su abuela, abría la puerta de la cocina, pero ella ya había llegado a su habitación dónde, como de costumbre, se encerró. Tiró la mochila sobre la cama y se apresuró a limpiar con el dorso de la mano una lágrima que se escurría por su mejilla. Su corazón latía con desmesurada fuerza, casi podía notar cada latido atenazando su garganta. Preparó ropa limpia y una toalla que sacó del armario del pasillo y se encerró en el baño. Encendió la estufa y empezó a cepillar su pelo mientras esperaba que el ambiente se caldeara un poco. Analizó mentalmente lo ocurrido durante la tarde, intentando encontrar el punto justo donde había perdido el contacto con la realidad. Muchas veces se había ensimismado en su mundo, no sabiendo cómo había realizado una u otra acción, le ocurría a veces cuando salía a correr, que de pronto estaba de nuevo frente a la casa sin ser consciente del recorrido que había realizado. Pero eso era distinto. Pasó las manos por su pelo desenredado y empezó a desvestirse. Se miró en el espejo observando como el cansancio hacía mella en sus ojos. Encendió el grifo y dejó que la bañera se llenara un poco, pronto todo el pequeño baño quedó cubierto de vaho. Terminó de quitarse la ropa interior y se introdujo en el agua caliente, su piel fue enrojeciendo con el contacto del calor. Se dejó caer atrás sumergiendo la cabeza bajo el agua, los sonidos de su alrededor en ese estado quedaban amortiguados, mientras que los de su interior parecían amplificadas.

El agua ya casi estaba fría, cuando decidió salir. Tomó un poco de gel entre sus manos y empezó a restregárselo por el cuerpo, era un acto mecánico, de esos en los que no hace falta prestar demasiada atención para realizarlo. A decir verdad, su capacidad de concentración estaba mermando a pasos

agigantados. Acarició sus piernas, sus muslos, el abdomen, y le tocó el turno a los brazos, cuando alzó el izquierdo para poder extender el jabón algo llamó su atención, unas letras.

—Pero qué...

Pasó la mano con rapidez para quitarse la espuma y poder observar con atención. «Lluís Vidal». Pasó la mano de nuevo por su antebrazo, cerró y abrió los ojos un par de veces, pero ese nombre seguía escrito en su piel. Se giró de manera brusca y cogió de una de las repisas esa especie de cepillo que usaba su madre a veces para exfoliarse, sus cerdas eran duras, pudo comprobarlo cuando con fuerza las pasó una y otra vez por encima de ese nombre. Pero ese no se borró.

—Lluís Vidal —repitió en un susurro.

Rascó con la uña. Pasó de nuevo el cepillo logrando enrojecer aún más su piel. Nada. Abrió el tapón de la bañera y observó ya desde fuera como el agua se iba, creando un remolino por el sumidero. Se secó con lentitud y se puso la ropa interior, volvió a mirar su antebrazo y el nombre seguía allí pintado. Barajó las posibilidades que había de que se hubiese hecho un tatuaje en las horas negras de esa tarde, en ese lapso en que su memoria no alcanzaba a recordar nada.

—Theaaa —gritó su madre desde el pasillo— Te suena el móvil, es Morgana.

¿Un tatuaje? Negó con la cabeza mientras se enfundaba los tejanos sin dejar de observar ese nombre. ¿Quién era ese tal Lluís? Intentó recordar los nombres de los compañeros del instituto, de los profesores de...

—Theeeaaaa —insistió desde fuera su madre.

—¡Jävla skit! —gritó al tiempo que abría la puerta.

—¡No digas tacos! —la reprendió Carmen sin tiempo siquiera a verla pasar, el sonido de la puerta de su habitación la hizo reaccionar. Su hija estaba irreconocible.

Desde el interior de la habitación pudo escuchar susurros, quiso acercarse un poco y escuchar, pero desde la escalera el carraspeo de Conxita la hizo desestimar la idea. Estaba muy preocupada por su hija, ella no era así, siempre había sido una niña llena de alegría, pero desde el accidente no parecía la misma. Thea siempre enfadada y molesta, aunque sería más correcto decir que su hija siempre estaba triste, muy triste.

—Se le pasará hija, está pasando un mal momento, dale tiempo.

—Lo sé mamá, pero...

—Te duele verla así.

—Mucho —reconoció Carmen empezando a descender los escalones—. Pensé que mudarnos aquí haría que se alejara de todo ese dolor, pero... Puede que no haya sido una buena idea.

—No digas eso hija, solo tienes que darle tiempo, el tiempo siempre lo cura todo...

Una vez dentro de la habitación Thea vio las dos llamadas perdidas. Cogió el peine y mientras esperaba a que Morgana al otro lado respondiera, empezó a desenredarse el pelo. Llevaba la manga izquierda de la sudadera levantada hasta el codo.

—¡Rubia! —gritaron al otro lado de la línea— ¿Más tranquila?

—Eso creo —dejó el peine y pasó el dedo por el contorno bien definido de las letras— ¿Cuánto tarda un tatuaje en no verse rojo y no doler?

—¿Quieres hacerte un tatuaje conmemorativo de tu momento de locura? Me parece una idea cojonuda. Yo te acompaño.

—¡No! —no pudo evitar reír— Es una pregunta sin más.

—¿Sin más?, pues no sé, días. A veces te sale un poco de sangre y se hace costra...

—¿Días? —Thea hizo descender la manga de la sudadera.

—¿Pero vas a hacerte un tatuaje?

—¡Qué no! Era curiosidad.

—La curiosidad mató a un gato.

—¿Qué? ¿Un gato? Pobre... ¿Por qué?

—Es una manera de hablar —rio Morgana— Esta tarde nos has acojonado.

—Lo sé y lo siento... no sé qué ha pasado.

—¿No has tomado nada verdad?

—¡Claro que no! —al otro lado se escuchó un suspiro— lo digo en serio —insistió.

—Ya, no te conozco demasiado, pero no parece propio de ti, eso es más propio de mí.

—Son los nervios, los exámenes... es eso.

—Bueno pues fúmate un porro y a la cama —volvió a reír—. Nos vemos mañana.

Thea tiró el teléfono sobre el colchón y bajó a cenar. Un par de horas más tarde desde la cama se despedía de Abril, prometiéndole que intentaría descansar. Respondió un mensaje de Alex y dejó el móvil sobre la mesilla. Antes de cerrar los ojos definitivamente volvió a observar el nombre de su brazo sin entender nada, y presa de ese desconcierto, se durmió.

El día amaneció con timidez esa fría mañana, cuando Thea despertó, pensó que todo podría haber sido un sueño, una de sus tantas pesadillas. Tumbada observó como el sol se colaba ya por la ventana. Remoloneó entre las

sábanas, más por miedo a enfrentarse a la realidad que por pereza. De reojo miró hacia la manga del pijama que poco a poco había empezado a subir. Cerró los ojos y tomó aire con fuerza, al abrirlos... el nombre seguía allí.

—Lluís Vidal, ¿quién diablos eres?

Aguardó un instante, consciente que nadie iba a responder a esa pregunta. Con temor a no saber quién era y mucho más a descubrir de quién se trataba, se levantó de la cama. Se vistió sin ganas, como los últimos días o más acertado sería decir semanas. Se sentó en la mesa de la cocina y tomó un bol de cereales bajo la atenta mirada de su abuela, que parecía desconcertada.

—¿Dónde está mi madre?

—Ha salido temprano hoy, ha ido a dejar algunos currículos...

—Ppppfff—resopló— Siento lo de ayer, yo no quería...

—Eso no es a mí a quien se lo tienes que decir.

—Lo sé.

—Thea, sé que es complicado.

—Demasiado.

—Pero tu madre no tiene la culpa... no me interrumpas hija —dijo alzando una de sus manos— has perdido a tu padre y a tu hermana, ella ha perdido a su marido y su hija... un horror que no quiero ni puedo imaginar, ningún padre está preparado para enterrar a sus hijos... —la mujer se perdió un segundo en sus pensamientos antes de ser capaz de retomar el hilo— Tienes que hacer el esfuerzo mi niña, por el bien de las dos.

—Tienes razón, le pediré disculpas, de verdad no quería...

—Ella lo sabe —Conxita parecía satisfecha, le costaba mucho hablar con su nieta, y el idioma ya no era una excusa, pero Thea se mostraba siempre distante y ella, a pesar de todo, no se sentía su abuela, no la había visto crecer, ni había estado a su lado en todos esos momentos que se suponía que debía haber estado—. ¡Y bien! ¿Qué planes tienes hoy? — preguntó Conxita

intentando aparcar el tema. Thea alzó los hombros al tiempo que dejaba el bol en la fregadera—. Venga niña... sal a divertirte. ¡Es fin de semana!

—*Iaia* —dijo parándose en la puerta antes de salir— ¿conoces a alguien que se llame Lluís Vidal?

—Lluís... aahhhh no, creo que no ¿por?, ¿un noviete?

No contestó. Una vez en la habitación se cambió de ropa, algo más de abrigo, se colocó el *iPod* y salió a correr. El sonido de sus pisadas amortiguado con la música, la ayudaban a concentrarse, o a perderse. La sensación que había sentido la tarde antes volvió. Sintió un ligero ahogo, miró a su muñeca, el ritmo de sus pulsaciones había ascendido considerablemente, se obligó a aminorar la marcha, no osó mirar de nuevo el nombre tatuado en su piel. Tatuado... resopló cuando reemprendió la carrera ladera arriba, tomó la bifurcación a la derecha y llegó hasta el acantilado sobre la cantera. Notó un cosquilleo, al recordar cuando Denis la había besado. Después de eso, solo miradas furtivas y algunas palabras casi sin trascendencia. Y Beth siempre al acecho, siempre observando como si pretendiera intimidarla. Dio media vuelta para volver a descender de nuevo, el camino de vuelta siempre se le antojaba más corto, al llegar a los alrededores de la casa de su abuela, vio a Abril a lo lejos que haciendo exagerados aspavientos con los brazos pretendía llamar su atención.

«12km 67 minutos... lenta» pensó mientras recuperaba el aliento.

—¿Qué placer encuentras en correr? Correr es de cobardes.

—No si eres tú el que va detrás.

—*Touché* —rio divertida—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—¿Qué te ha dicho tu madre? ¿Vas a ir al médico o...?

—Mi madre no sabe nada, ni quiero que sepa nada.

—Pero...

—Venga Abril —dijo poniendo una mano en su brazo, aún tenía la

respiración acelerada y le costaba hablar— mi madre es una histérica y... no me apetece.

—Bueno... me ha llamado Alex, ¿quieres bajar a comer al pueblo?

—Creo que no.

—Podemos ir a dar una vuelta después o a patinar.

¿Ir al pueblo?, ¿pasear? Solo de pensar, que el lunes debería enfrentarse a las miradas burlonas de todos los estudiantes que habían visto su numerito en la cafetería, sentía mareos. Volvió a negar con la cabeza, no tenía intención de adelantar su ya anunciada muerte social, si es que había estado viva en algún momento desde que había llegado a ese maldito lugar.

—Pues me voy... —le dijo su amiga mirándola de nuevo esperando a ver si cambiaba de opinión.

—Pasadlo bien.

—Deberías hablar con tu madre —insistió.

—Lo pensaré.

Pero no iba a hacerlo.

CAPÍTULO 5

No hacía falta ser un súper héroe con poderes de súper oído, para escuchar los murmullos y cuchicheos a su alrededor. Ese lunes había amanecido nublado, el cielo casi negro amenazaba con una tormenta, incluso a lo lejos podía escucharse algún trueno. Pero lo que seguro oía Thea, eran los comentarios y burlas a su paso. Y así sucedió a lo largo de toda la mañana. Intentó no hacer caso a nada ni nadie, pero la gente se giraba a mirarla a su paso, parecía que no habían visto nunca a nadie sufriendo un ataque de ansiedad. Porque ¿eso era lo que le había sucedido? Y sin ser plenamente consciente de ello, se acarició el antebrazo izquierdo.

No estaba acostumbrada a ser el blanco de las burlas, y por un instante tentó la idea de hablar con algún profesor, seguramente eso era lo que debía hacer, pero al pensar en el nombre en su brazo toda la lógica se evaporó. Y las burlas, los cuchicheos y hasta las bromas pesadas de Beth, empezaron a dejar de importar.

—¡Rubia! —gritó Morgana.

—Qué manía —se quejó.

—¿Cómo estás? —Alex la atrapó por la cintura de manera cariñosa— Tendrías que haber venido ayer, lo pasamos muy bien.

—No me apetecía esto —dijo señalando a su alrededor.

—¿Qué la gente hable de ti? Aaaahhh querida —hizo un gesto teatral— que hablen de uno es lo mejor que te puede pasar.

—Tú que tienes complejo de diva —le soltó Morgana y tirando de la mano de Thea, deshizo el abrazo del chico.

—Claro, tú vistes así y te tiñes el pelo de negro porque te gusta pasar desapercibida.

—¿Te tiñes?

—¡Claro que se tiñe! Todos sabemos que es RUBIA.

—Y una mierda, eres una maricona mala.

—Una mari... ¿qué?

—Haya paz —Valentín les sorprendió en medio del pasillo seguido de Abril, como siempre con una dulce sonrisa pintada en la cara.

—Tengo que irme a mates —Morgana miró con cara de pocos amigos a Alex— tú y yo... a la salida de clase —e hizo estrellar su puño derecho en la palma abierta de su mano izquierda.

—¿Nos tomaremos un café?

Morgana soltó una risotada antes de desaparecer por el pasillo. Thea también se disculpó mirando el reloj. Entró en uno de los baños para mojarse la cara, a pesar del frío ella sentía calor, levantó casi con curiosidad la manga de la camiseta para observar el nombre allí escrito. Suspiró. Por más que lo miraba y remiraba, no le encontraba sentido. Apoyó la espalda contra la pared y tomó aire llenando poco a poco los pulmones. Aún quedaba lo peor, el momento de la comida.

La inevitable hora llegó, y con ella los nervios que la acompañaban, por suerte sus amigos habían llegado antes y ya estaban sentados en la mesa. Abril se levantó de donde estaba y la acompañó hacia la cola para coger la comida, llenando ese rato con su parloteo incesante, era capaz de hablar incluso dormida. Puede que pensara que así evitaría que Thea escuchara los comentarios a su alrededor, pero eso no sucedió. Incluso así, ella siguió narrándole todo lo que habían hecho el domingo y cómo la había echado de menos.

—Déjalo ya —dijo Thea mientras pagaba— sé lo que intentas.

—Veo que no lo he conseguido, no hagas caso, son todos idiotas.

Al otro lado del comedor, sin ningún tipo de disimulo, Beth y su clan reían sin parar, mientras que uno de los chicos chillaba y fingía que no podía respirar.

—¡Friki! —susurró alguien a su lado.

—¡Ooohhhh oohh! ¿Dónde estoy? —murmuraba otro entre carcajadas y aplausos.

—¿Nos vamos? —propuso Abril.

—Por favor.

Salieron por la puerta lateral que daba directamente al exterior. Hacía frío y habían empezado a caer las primeras gotas.

—Como en las películas —empezó Abril para intentar quitar hierro al asunto—, ¿comemos en el baño?

Thea la miró abriendo mucho los ojos sorprendida.

—Es broma... podemos ir a la biblioteca, ahora no habrá nadie.

—Está bien.

Comieron en un silencio por momentos incómodo, Abril no sabía muy bien qué decirle o cómo decírselo porque no entendía muy bien qué le había pasado. Ella había sufrido algún que otro ataque de pánico, y no se parecía en nada a lo que había visto en su amiga hacía un par de días. A su vez Thea mantenía la mirada perdida en algún punto inconcreto, intentando decidir si contarle a Abril lo de su «tatuaje».

—¡Joder! Joder, joder, joder... —Morgana irrumpió cual vendaval en la solitaria biblioteca.

—¡Qué susto!

—Llevo un rato buscándoos, ¡tía qué fuerte!

—Pero ¿qué pasa?

—¿A que no sabes quién la ha palmado?

—¿Palmado? —intervino Thea confusa.

—Muerto —aclaró Abril mientras miraba intrigada a su interlocutora.

—Vidal —soltó Morgana.

Thea alzó la mirada al escuchar ese nombre, notando como el pulso se le aceleraba desmesuradamente y empezaba a sudar.

—¿Quién? —preguntó rápida.

—¿Lluís Vidal? —Abril parecía confusa. Morgana asintió con un golpe seco de cabeza— ¡Qué dices!

—Te lo juro, lo han dicho en la cafetería, se ha estrellado con un coche hace unas horas y ha llegado muerto al hospital.

Abril se giró para explicarle de qué hablaban cuando se dio cuenta que Thea había palidecido y su frente se había perlado de sudor. Ambas amigas se miraron asustadas.

—Hostias... ¿otra vez?

—Thea, respira...

La cabeza le daba vueltas y el estómago se le replegó sobre sí mismo, sintió una punzada en el pecho que le impedía respirar. Intentó sobreponerse mientras Abril la obligaba a tumbarse al suelo y Morgana le alzaba las piernas, que no tenía muy claro si esa posición era para las crisis de ansiedad o solo para las pérdidas de conocimiento.

—Pero... ¿Ella le conocía?

—No creo ¿no? Thea... venga vaaaa....

—Joder pues qué aprensiva es la sueca.

Poco a poco empezó a recomponerse, sentía ganas de llorar, estaba desconcertada y muerta de miedo, no entendía nada, cuando Morgana soltó sus piernas se incorporó despacio hasta quedar sentada en el suelo. A su alrededor estanterías llenas de libros y el silencio más absoluto. Thea alzó la manga de su camiseta.

—¿Estás mejor?

—¡No está!

—¿Qué no está?

—El nombre.

—¿Nombre? En serio Thea... si has tomado algo...

—Pero ¡qué dices! —la reprendió Abril.

—Tengo que irme...

—Espera...

Recogió su mochila con los libros y salió apresuradamente al exterior, en el pasillo ya nadie le prestaba atención, todos hablaban de un tal Vidal que había muerto en un accidente de coche. Valentín intentó llamar su atención, pero no obtuvo respuesta, Thea cruzó de manera apresurada la calle en dirección a la parada de autobús.

—¿Qué le pasa?

—Sinceramente... no tengo ni idea —Abril miró con preocupación cómo su nueva amiga se perdía calle arriba.

Estrujaba una mano contra la otra, alzaba la manga para hacerla descender

después. ¿Había podido ser todo fruto de su imaginación? Pensó entonces que debería haberle hecho una foto a su brazo. El autobús circulaba a una velocidad anormalmente reducida, o eso le parecía a ella. Un escalofrío recorrió su cuerpo, cuando alguien a su alrededor pronunció ese maldito nombre de nuevo, intentó entender la conversación pero solo captó palabras sueltas «joven» «pena» «tragedia»... y mientras esas dos chicas hablaban, ella retorció la parte baja de su cazadora.

—Llegas pronto —su madre estaba sentada en el porche acurrucada bajo una manta y sorbiendo una taza de café, cuando la vio descender a toda prisa del autobús. Observó cómo se acercaba con celeridad y como entraba en la casa con la misma rapidez—. Thea, ¿está todo bien? —atinó en gritar antes de escuchar el portazo de la habitación.

Ya en la soledad de su cuarto se le ocurrió la idea de buscar quién era ese Lluís Vidal del que todos lamentaban su muerte, hasta ella estaba afectada sin conocerle de nada. Se arrepintió de no habérselo preguntado a las chicas, a veces su carácter le jugaba malas pasadas, pero en ese momento había sentido la necesidad de irse de la biblioteca, de desaparecer. Sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y lo movió por toda la habitación alzándolo por encima de su cabeza, a veces encontraba algo de señal.

—¡Mierda! —gruñó saliendo al pasillo donde casi chocó con su madre.

—¿Todo bien en el instituto, ocurre algo?

—¡Esta mierda de sitio! —gritó furiosa— ¡¡No puedo ni mandar un *WhatsApp*!!

Salió de la casa tal como había entrado en ella, pasaron más de quince minutos hasta que en un punto cercano a la parada del autobús, encontró la señal suficiente para poder hacer una consulta en *Google*.

«Fallece en un trágico accidente el joven Lluís Vidal, truncando así su

prometedora carrera de motocross. Los vecinos de su pueblo natal están consternados ante la pérdida de su hijo predilecto»

Thea se movió inquieta y perdió la señal.

—Esto no tiene sentido... —miraba la pantalla con el titular de la noticia sin posibilidad de abrirla ni poder leer nada más— No entiendo nada... —zarandeó el móvil como una maraca intentando, absurdamente, que volviera a coger cobertura —¡Joder! Grrr —gruñó molesta descendiendo un poco más por el camino.

—Niña, ¿qué haces?

Thea miró a su derecha donde su abuela y otra mujer se habían parado a observarla, estaba subida sobre una roca sosteniendo el móvil por encima de su cabeza. Miró a las dos mujeres y dejó escapar un suspiro, viendo lo ridículo de la situación. Saltó de la roca resignada, debería esperar al día siguiente para saber algo más de lo que había pasado.

La cena transcurrió en silencio. Incomodo silencio. Su madre la miraba de soslayo, sin saber si decirle algo o dejarlo pasar. Nunca se había considerado una madre permisiva, pero tampoco inflexible, intentaba encontrar esa delgada línea intermedia en que ella y su marido, habían decidido transitar. Pero desde que él murió... miró de nuevo a su hija, que removía el yogur con desgana. Y sintió que, si no ponía remedio, todo podía escapársele de las manos.

—Hoy ha muerto un joven del pueblo —dijo para intentar romper la incómoda situación.

—Aiiinnsss sí —lamentó Conxita— hacía tiempo que ya no vivía aquí, pero su abuela aún vive en la casa familiar... Tú me preguntaste por él el otro día.

Thea levantó la mirada nerviosa, ese nombre, Lluís Vidal, le producía

escalofríos. Inconscientemente rozó su brazo.

—Me dijiste que no lo conocías.

—Ainnsss niña, así de pronto no recordaba, pero claro que lo conozco... Conocía —rectificó con pesar su abuela—. Su familia regentaba el primer hostel del pueblo hasta que lo cerraron hace unos años.

—¿Hostal en el pueblo? Seguro que quebró —Thea dejó el bote vacío dentro del plato y tiró la cucharita en el fregadero. Intentaba aparentar normalidad, pero no podía evitar cierto temblor en las manos.

—¿Está todo bien en el instituto?

—¿Por qué tendría que ir algo mal? —no pudo evitar que le traicionaran los nervios.

—Ay no sé hija, solo pretendo que charlemos un rato.

—¿Has pensado que puede que a mí no me apetezca hablar contigo?

—Pero...

—¡Déjame! —gritó sin querer ni poder evitar las lágrimas.

A pesar de las horas que eran salió corriendo de casa, correr la distraía y la relajaba, le daba algo de vida y serenidad. Hacía frío. Llegó hasta el lugar que se había convertido en su favorito, y pensar que estando tan cerca no había sido hasta que Denis la llevara que lo había descubierto... Se sentía como en casa sentada en esa ladera. El viento sonaba entre los árboles que se movían al compás de sus soplidos. Siempre la había obsesionado el viento, era cuestión de fe, no podías verlo, pero sí sentirlo y dar por hecho de que, en efecto, allí estaba. Sentía un peso en sus espaldas, de nuevo algo invisible pero que podía notar con total precisión, no podía explicarlo, pero la muerte de ese chico... ¿Y si era culpa suya? Thea desechó enseguida esos pensamientos, pues ni conocía al joven, al menos no que ella supiera. Pasó las manos por el rostro arrastrando las lágrimas y la máscara de pestañas. Se sentía sola.

Su padre siempre había sido esa clase de hombre que reconfortaba con su

sola presencia, no le hacía falta decir nada, a veces solo se sentaba a su lado y la miraba, y ella podía sentir como todo lo que la angustiaba desaparecía, entonces le daba la mano e iban a la cocina, abría el armario y sacaba el chocolate en polvo, ambos cogían una cucharadita y se la metían en la boca, manteniéndose muy quietos, casi sin respirar, para no ahogarse con él. A su boca acudió el mismo sabor de ese cacao. Echaba mucho de menos a su padre, a su hermana... a su madre, su vida de antes. Los echaba de menos al meterse en la cama, y seguía pensando en ellos al levantarse.

Cuando sus lágrimas se secaron por fin, decidió regresar a la casa. Su madre estaba sentada en las escaleras esperándola, no le dijo nada, no la regañó, solo le deseó buenas noches y desapareció escaleras arriba.

Esa mañana iba a ser diferente, lo presentía. No pudo desayunar. La casa estaba sola cuando salió cerrando la puerta tras de sí. Abril no estaba en la parada del autobús a pesar de que siempre era muy puntual, Thea pensó que podía ser que no fuese a clase ese día, aunque no le había comentado nada. Dedicó los casi treinta minutos de trayecto en pensar, que era lo único que hacía las últimas semanas, y en especial, los últimos tres días.

—¡Eh Thea!

El instituto había suspendido las clases, aun así, muchos alumnos habían acudido al centro, donde había estudiado Lluís Vidal, se colgaron fotos, cartas, incluso algunos llevaron flores. Thea miraba ese pequeño altar improvisado desde lejos, sintiendo un nudo en el estómago que era imposible de explicar y de poder hacerlo, nadie entendería. Abril volvió a llamar su atención y viendo que no respondía, se acercó a ella.

—Sssshhhhh, estás en la parra.

—¿Qué?

—En las nubes, es una expresión. ¿Estás mejor?

—Creo que sí. No has bajado en el bus.

—Esta noche he dormido en casa de Morgana.

—Oh... vaya... ¿Lo conocías? —preguntó entonces mirando de nuevo hacía las fotografías que pendían de una pared.

—De alguna carrera y de vista por el pueblo, era mayor que nosotras, Denis sí lo conocía bien.

—Vaya —Thea miró al rubio que permanecía inmóvil frente a ese pequeño altar, mientras Beth acariciaba su mano de manera tierna.

—¿Ha pasado algo más entre vosotros? —preguntó Abril y ella negó con la cabeza— Bueno... haz como ellos y ataca ahora, que está con las defensas bajas.

—No es mi estilo.

—Entonces te gusta.

—Yo no he dicho eso.

—Pero no lo niegas —Abril la miró interrogativa, esperando a ver si su amiga se delataba en algo—. Vamos a ir a tomar algo ¿vienes? —Thea alzó los hombros y dedicó una última mirada al altar, los oscuros ojos del joven Lluís la estremecieron.

—Ayer te fuiste de una manera...

—Sí, lo siento, me acordé de algo importante.

—Mientes, y cada vez lo haces peor.

Se decretaron dos días de luto. Algunos alumnos los aprovecharon para quedar, salir... otros adelantaron trabajos, el final de semestre estaba cerca. Thea invirtió el tiempo extra en correr. Sentir el viento helado en su cara y el terreno irregular bajo sus pies hacía que pudiera dejar de pensar en nada. Le encantaba la sensación de llegar al punto de extenuación, y como ese segundo aliento le permitía correr un poco más. Se notaba cansada, y a pesar de la baja temperatura y la incipiente aguanieve, su rostro estaba acalorado y empapado en sudor. Tomó el camino más largo, dando un rodeo, cruzando el riachuelo que iba más lleno que cuando lo vio por primera vez, y llegó al acantilado sobre la cantera por la parte de atrás, la del bosque. Entonces fue cuando le vio de lejos. Dudó un poco si acercarse o no, aminorando la marcha de sus zancadas, mientras aceleraba la de sus pensamientos. Hizo caer uno de sus

auriculares.

—Imaginé que pasarías por aquí —la voz de Denis llegó a ella a pesar de que él no se había girado, y seguía sentado sobre una roca, balanceando los pies al vacío con la mirada perdida en el horizonte—. Te vi salir hace rato de tu casa.

—¿Me espías? —dijo sin haber recuperado aún el aliento.

—Controlo si mejoras tus tiempos.

—¿Y cómo voy?

—Bastante bien —se giró y Thea se pudo sumergir en el azul intenso de su mirada, algo húmeda en ese momento—. Hoy has tomado una ruta más larga.

—Tenía más en qué pensar.

Thea se sentó a su lado, y en un rápido gesto, él se quitó la chaqueta para ponerla sobre sus hombros. El roce de su mano la hizo estremecer.

—No quiero que te enfríes y yo ya estoy helado —soltó con una mueca.

—Siento lo de... —pero no podía, ese nombre se le trababa en la garganta sin poder dejarlo salir.

—Era un buen tío, corrimos juntos muchas veces. Un accidente de coche, tiene cojones —sus palabras salieron mezcladas con una amarga risotada— nunca le habían gustado los coches.

—Si puedo hacer algo para...

—Puedes —atajó rápidamente ante la sorpresa de ella— bésame.

¿Besarle? A Thea se le paró el pulso.

—¡Joder! No me mires con esa cara Thea... Desde que te besé, no puedo dejar de pensar en ti. Bésame, necesito saber si ha sido todo imaginación mía o...

—O...

Pero no pudo terminar, sus labios quedaron sepultados bajo los de él, y su lengua se rindió ante la invasión de esa otra con sabor a chicle de fresa ácida. Denis se apartó lentamente, sin despegar los ojos de los suyos, cogió la mano de Thea y alzándola frente a los dos miró el pulsómetro que llevaba ella.

—Hago que se te acelere el corazón.

—Más que una carrera cuesta arriba.

—Tienes la respiración agitada.

—Es que he venido corriendo

Él sonrió antes de volver a besarla.

Fue un beso dulce al principio y que ganó en intensidad conforme se alargaba. A Thea jamás la habían besado de esa manera, y sintió que de algún modo Denis estaba poniendo toda el alma en ese beso.

—¿Y bien? —inquirió ella cuando sus besos dieron tregua— ¿Era solo tu imaginación? —él se levantó tomando el casco entre las manos— Ey —le llamó cuando lo vio alejarse en dirección a la motocicleta— tu chaqueta.

—Nos vemos mañana —dijo sin más.

El sonido del motor rompió la aparente tranquilidad externa, porque por dentro Thea era un volcán al borde de la erupción. Se sentía mareada. Por un momento se olvidó de ausencias, de crisis, de nombres, de muertes. Se olvidó que no quería estar allí para pasar a desear no estar en otro lugar. Así de absurdo era el amor. Aspiró el aroma de la chaqueta, olía a él, una mezcla de barro y motor, pero también tenía un olor fresco y agradable. Y sabía a fresa. Fresa ácida.

Volvió en un agradable paseo hasta la casa sin pasar del 60% de sus

pulsaciones totales. Cuando se cruzó con su madre, a esta le sorprendió la sonrisa casi afable pintada en el rostro de su hija. Hacía mucho que no la veía así de sonriente, casi había olvidado esa Thea divertida y alegre que había quedado sepultada bajo toneladas de desprecio, malas palabras y caras largas, ahogada en un mar de lágrimas amargas en el que se habían visto arrastradas las dos, durante los últimos meses.

—Hay pollo para comer.

—Vale.

—Mañana vuelves a tener clase normal ¿no?

—Ajá...

—Ha venido antes Abril a buscarte, me ha dicho que se iba al pueblo, pero que esta tarde han quedado en el *Bon Cafè*, por si quieres ir.

—Bien.

—Hija, ¿estás bien? ¡No habrás fumado algo!

—¿Qué? ¡No! Voy a la ducha... Joder si estoy borde porque estoy borde, si soy amable que si he fumado... a lo mejor el problema lo tienes tú, ¡no yo!
—gritó cerrando la puerta.

No podía parar de sonreír. Era inútil intentarlo, y cuando más se notaba su sonrisa, más se cabreaba con ella misma por permitir que Denis la perturbara de ese modo, y ya que lo hacía, por no ser capaz de disimularlo mejor. Se mordió la mejilla por dentro haciéndose sentir algo de dolor.

Se duchó y comió deprisa, a media tarde, y conforme el autobús bajaba la colina para acercarse al pueblo, Thea intentaba serenarse, al menos lo mínimo para no delatarse delante de sus amigos. Se iban a reír de ella, o lo que era peor, puede que se enfadaran. Esa especie de guerra capitaneada por Morgana... Dos paradas antes de llegar a su destino las puertas se abrieron y entró un joven que sujetaba un monopatín bajo el brazo, cuando pasó por su lado, Thea pudo notar el intenso olor a chicle de fresa que desprendía al respirar. Sonrió. Después de eso, un fundido en negro. Todo se volvió oscuridad.

CAPÍTULO 6

Notó como el aliento le faltaba y el corazón le latía con desmesurada fuerza. Dolor, intenso y lacerante en las sienes, como si su cabeza quisiera estallar en mil pedazos. Sintió un vuelco en medio del estómago y llevó las manos directamente a esa zona, apretándola con fuerza. Abrió los ojos intentando ubicarse y se encontró en su habitación. Gritó. Su pijama estaba sudado y la respiración agitada. Le dolía el pecho del esfuerzo que hacía para intentar coger algo de aire. Por un segundo no sabía dónde estaba hasta que reconoció su cama, y las sábanas nuevas, que había cambiado esa misma mañana. Estaba mareada, ella iba en el autobús, camino del pueblo, volvió a notar el olor a fresa ácida. Escuchó pasos tras la puerta y el rozar delicado de unos nudillos.

—¿Todo bien cariño?

—Sí *iaia* —dijo sin poder alzarse de la cama— *Bona nit*.

Se levantó despacio apartando las sábanas y encendió la luz. Cuando sacó la cabeza por el hueco de la puerta, su abuela ya no estaba. Su habitación.

—Pero cómo... —Thea cubrió su rostro con ambas manos un segundo y frotó sus ojos.

Un escalofrío. Al menos su respiración volvía a ser normal y parecía que el dolor había cesado, si había sido un ataque de pánico lo había controlado mejor que nunca. Y de pronto como si un rayo fulminante cruzara su mente, un destello de lucidez, alzo la manga izquierda del pijama casi arañándose, y suspiró aliviada cuando no vio nada. Ningún nombre. Ni una marca. Soltó una risotada nerviosa y se dejó caer de nuevo en la cama aliviada.

—Soy tonta.

Dio un par de vueltas bajo la colcha y finalmente apagó la luz dispuesta a dormir. Aunque... ¿Dónde había estado durante la tarde? Volvió a encender la luz y se incorporó con la espalda pegada a la pared. No recordaba nada. Lo intentaba, pero su memoria se quedaba atascada, en el momento que el chico del monopatín había subido al autobús. Después de eso, negro. Se rascó la cabeza confusa. Saltó de la cama y bajó a por un vaso de agua, los escalones crujían bajo su peso, como si la escalera se quejara de tener que ser pisada una y otra vez. Odiaba esa casa antigua, el frío que tenía incrustado de manera perenne en sus paredes y la manera que tenía de rellenar el reconfortante silencio, con crujidos y a veces hasta lamentos. «Las casas viejas, ya se sabe» había dicho su abuela. Encendió la luz de la cocina y tomó un vaso del fregadero. ¿Habría cenado ahí esa noche? Intentó hacer memoria, abrió la nevera en busca de sobras que le hicieran recordar, pero no había nada. Bebió el agua con lentitud, no tenía prisa, ya no lograría volver a dormir. Otro lapso de tiempo que no podía rellenar. Abrió el grifo para enjuagar el vaso, se levantó las mangas para no mojarse, y fue cuando lo vio. Esas letras negras y bien perfiladas. Lo siguiente que se escuchó en la silenciosa noche fue el cristal rompiéndose contra el suelo.

«Marta Soldevila»

—¡No! —miró su brazo derecho— No, no, no...

—Thea ¿estás bien?

Thea hizo descender la manga cubriendo así ese nuevo nombre, esta vez, el nombre de una mujer.

—Sí, perdona, no quería despertarte mamá, se me ha resbalado de las manos.

—Tranquila, ves con cuidado no pises ningún cristal —Carmen cogió la escoba y se apresuró a barrerlo todo, mientras Thea se sentó en una de las

sillas de la mesa de la cocina. Parecía cansada— ¿No puedes dormir?

—Me he desvelado.

—Habrás cenado mucho, ¿quieres un Almax?

—¿Qué he cenado?

—¡Ja! —soltó en un bufido irónico Carmen— Si no lo sabes tú... Has llegado y te has acostado sin decir nada. Como siempre —añadió.

—Como siempre —repitió Thea, solo que esa vez no era como siempre, había un nuevo nombre tatuado en su brazo, y un nuevo hueco imposible de rellenar—. Voy a la cama a ver si consigo dormir un poco —salió de la cocina, pero retrocedió de nuevo—. Mama ¿qué día es hoy?

—Ahhhh... miércoles. Hoy vuelves a las clases.

—¡Ah sí! claro.

—¡Estás muy rara! —gritó su madre antes de que cerrara la puerta de la habitación.

Esa mañana, cuando llegó al instituto fue directamente a la sala de ordenadores. No estaban ni encendidos. El zumbido de los aparatos la acompañó durante esos minutos de impaciencia, en que creía que se iba a consumir de nervios. Se levantó y sentó de la silla cuatro veces, hasta que por fin la pantalla de inicio del *Google* le dio la bienvenida. Tecleó el nombre y esperó unos segundos que le parecieron eternos. Miró los resultados, pero decidió afinar más y buscó el nombre de esa mujer junto al nombre del pueblo, de nada le valía una Marta Soldevila que viviera en Madrid.

Encontró tres mujeres que vivían en las inmediaciones. No en el mismo pueblo, pero sí en la comarca. Resopló. Levantó la manga y se quedó mirando el nombre, la caligrafía era exactamente la misma que la vez anterior. Gruesa, ruda, sin florituras.

—Me estoy volviendo loca.

—Loca venías ya de fábrica, no mientas —Morgana rio desde la puerta— ¡Rubia ayer te esperamos más de una hora! Después del plantón nos fuimos a

patinar sin ti.

—¿Dónde te metiste? —Abril asomó la cabeza tras su amiga y la miró con curiosidad.

—Yo...

—¡Denis! —palmoteó emocionada, empujó a Morgana dentro de la sala y cerró la puerta tras ellas.

—Ei, ei, eiiii, si os vais a poner a hablar de ese gilipollas engreído no me interesa —se quejó haciendo ademán de irse.

—No, no estuve con él durante la tarde —¿Mintió? no lo sabía.

—Mejor —sentenció Morgana, sentándose a su lado y mirando la pantalla —Marta Soldevila ¿quién es?

—No lo sé.

—¿Soldevila no es cómo se llaman los que compraron el «castillo»?

—¿Sí? No sé —dudó Abril.

—¿Castillo?

—Es una vieja masía que tiene forma de castillo, ha estado deshabitada mucho tiempo, pero hace unos años la compró una familia y la restauró.

—¿Dónde está?

—Pues a las afueras... —siguió Abril— ¿Por?

—¡Vamos!

—¿Pellas? ¡Me apunto!

—¿Estáis locas? Faltan dos semanas para los semestrales.

—¿Y qué te preocupa? ¿Que tu perfecta media baje? —Abril imploró con la mirada y Morgana resopló y al final cedió— ¿Después de clase? —miró a sus amigas y ambas asintieron— ¿Por qué quieres ir? ¿Les conoces?

—Me ha pasado algo un poco raro... bueno o mucho...

La puerta del pasillo se abrió con brusquedad y la mirada de la profesora

de informática se topó con la huidiza respuesta de las tres chicas sorprendidas.

—Señoritas, que yo recuerde no están en mi clase.

—Perdón —se apresuró a decir Abril— ya nos vamos.

Thea reaccionó rápido y eliminó la búsqueda del historial del ordenador y siguió a sus amigas hacia el pasillo, allí Abril se disculpó y corrió hacia su clase antes de llegar tarde. Morgana resopló hastiada, Abril era demasiado perfecta y a ella no le gustaba la perfección, tenía que ejercer algo de peor influencia en su amiga antes de que terminara el instituto, de mayor se arrepentiría de no haber cometido esas pequeñas locuras, que puedes después contar a tus hijos. Tenía que vivir la vida un poco más.

—A última hora ¿vale? —Thea asintió y la vio desaparecer.

Las clases pasaron muy lentas, demasiado. Thea miraba el reloj con desesperación y a veces, con disimulo, levantaba la manga del jersey para poder observar las letras que conformaban ese nuevo nombre. No pudo comer. Se encontraba abstraída en todos esos pensamientos. A su alrededor todo seguía igual, pero ella era diferente. Ni la mirada de Denis, a lo lejos, logró mitigar ese estado de nerviosismo en el que se encontraba, ni la idea de sus labios rozando de nuevo los suyos la hacían sonreír. Si era sincera consigo misma, en esos instantes podía decir, sin temor a equivocarse, que tenía miedo. Y esa turbación no la dejaba disfrutar de nada más, ni ver más allá, de ese nombre garabateado en su brazo.

Cuando subieron al autobús que las alejaba del pueblo, Thea sintió una punzada en el estómago. Si encontraba a la tal Marta, ¿qué iba a decirle? «Hola, no me conoces, me llamo Thea y creo que vas a morir» bonita frase, pensó. Pasó las manos por su rostro para intentar quitar ese halo de cansancio que lo empañaba, pero no lo consiguió. Miró a su derecha, Abril y Morgana discutían en voz baja sobre algo, mientras compartían los auriculares. Eran como la extraña pareja, pero se las veía muy compenetradas y estaba agradecida de que la hubieran aceptado en su grupo, del modo como lo habían

hecho. Ni siquiera sabía el momento en que había cambiado su opinión sobre ellas, o sobre el hecho de hacer nuevos amigos. Puede que simplemente las necesitara, pues estaba al borde de un abismo y sentía que de un modo u otro, ellas eran las únicas que impedirían que se precipitara por él. ¿Qué pensarían si les contaba lo de los nombres? La tomarían por loca. Eso era lo que ella misma pensaría. Se asustó, sentada en ese autobús sintió pánico, un miedo más allá de lo que le estaba pasando. Miró de nuevo a las chicas y sintió pavor de que se apartaran de ella y la dejaran sola.

—¿Cuánto falta? —preguntó llamando su atención.

—Como una hora.

—Volvamos.

—¿Qué? —dijeron al unísono.

—Sí... volvamos. Es una tontería.

—Pero...

Thea dudó unos instantes, ¿qué podía decirles? Estaba aterrada. Le daba pánico no encontrar a Marta Soldevila y le daba aún más terror hacerlo.

—Si quieres volver deberíamos bajar ahora —la voz de Morgana que se había puesto en pie, la sacó de sus pensamientos—. ¿Quieres bajar o quieres seguir?

—Bajar... —dudo.

—Pues vamos —Abril las siguió por el estrecho pasillo. Fuera hacía frío y ahora les tocaría esperar a un autobús de vuelta.

—Lo siento chicas.

—¿Ya eras tan rara en Suecia o es que los aires del Pirineo te sientan como el culo?

—Qué bruta eres —se quejó Abril.

—¿Vas a decirnos qué es lo que pasa?

—No puedo.

—¿Por qué? —insistió Morgana que parecía enfadada.

—Porque no me creeríais, porque ni yo misma lo sé... Porque... Porque... Puede que todo sean imaginaciones mías.

—Imaginaciones... ¿De qué? Déjanos ayudarte, somos amigas ¿no?

—Sí, pero no puedo contarlo.

Eran amigas, esas palabras retumbaron en su consciencia. Sí, lo eran, sin quererlo, sin buscarlo, sin pretenderlo ella también había dejado que la vida siguiera su curso, y ahora no podía renunciar a ello.



—¿Qué haces?

Era viernes, y como muchos otros viernes Morgana, después de trabajar en su web de tarot y clarividencia, dejó que Thea hablara un rato con sus amigas de Suecia. Al principio la dejaban sola, pero pronto se dieron cuenta de lo absurdo, pues no entendían nada de lo que decían, así que empezaron a quedarse en la habitación, así fue como conocieron a Maja y Emilia, y hasta habían aprendido alguna que otra palabra en sueco. Ese viernes no era diferente a los demás, mientras Thea se sentó frente al portátil ellas estaban en la cama hablando de sus cosas, Morgana soltó una gran carcajada mientras seguía observando el gesto de Abril.

—En serio —repitió—, ¿ese es tu gesto seductor?

—Qué pasa, ¿en las películas lo hacen! —se defendió volviéndole a mostrar a su amiga como se mordía el labio inferior.

—En las películas lo hace una rubia de metro ochenta, con curvas de

infarto y tetas de silicona, que da igual que parezca gilipollas mordiéndose a ella misma, pero si lo haces tú...

—Si lo hago yo ¿qué?

—Pues eso Abril, que simplemente pareces gilipollas.

—¡Bah! Qué vas a saber tú, para ti algo erótico es un cementerio y un tío matando un pollo.

—¿Para qué cojones iba yo a querer matar un pollo? ¿Qué os ha dado a todos con los pobres pollos!

—Para beberte su sangre y vivir eternamente.

—Joder con el pollo, qué es, ¿un pollo mágico?

—¿En serio estáis hablando de pollos?

—¡Oye rubia! ¿Hoy no hay sesión de Skype? Venga hombre, ahora que ya empiezo a entender algunas palabras.

—Estaba *gogleando*, tengo que irme.

—¿Ya?

—¿Y el cine?

—No puedo... He prometido a mi madre ayudarla con no sé qué.

—Valiente excusa.

Lo era. Thea sonrió con desgana. Había estado buscando más información sobre Marta Soldevila, y leyendo de manera online los periódicos de la zona, por si había habido un accidente de coche o muertes inexplicables. Estaba en un estado de paranoia total, pero no suficientemente loca como para contarles nada a sus amigas, precisamente, porque le gustaba tenerlas, y tenía miedo que de decirles lo que pasaba, las perdiera. Por suerte no había encontrado nada.

Salió a la calle, bajó el gorro de lana hasta taparse las orejas. Puede que fuera mejor así, podía lidiar con la idea de que estaba perdiendo la cabeza, pero no con el hecho de que un nombre en su brazo, sentenciara de muerte a alguien. Lo de Lluís Vidal había sido coincidencia, fantasía... El cansancio, que podía llegar a pasar alta factura.

—¡Thea espera! Me voy contigo.

Abril corrió para alcanzarla, la noche era fría, helada, y había empezado a chispear. Ambas chicas se escondieron, aún más, bajo las capas de ropa. En el rostro de Thea, solo se adivinaba la punta de la nariz, totalmente enrojecida.

—Y solo estamos a diciembre, ya verás cuando vengan los meses verdaderamente fríos —sonrió.

Caminaron un par de calles fuertemente iluminadas con motivos navideños hasta llegar a la parada del autobús.

—Este fin de semana mi madre quiere que decoremos ya el árbol —comentó Abril mientras sus ojos se perdían en el escaparate de una perfumería.

—Abril... ¿Crees que soy rara?

La pregunta salió así, de pronto. Abril la observó unos segundos sin saber muy bien que contestar, pues Thea era la persona más extraña que había conocido jamás.

—Hombre... Un poco.

—¿Crees que estoy loca?

—No más que el resto de nosotros. Mírame a mí, corro detrás de las gallinas, y Morgana pppfff—resopló divertida para restarle importancia—ella está como un cencerro.

—¿Cencerro?

—Es una manera de llamar loca a alguien.

—Ahh...

—¿A qué viene esto?

—Si te cuento algo... ¿Eres capaz de guardar un secreto?, uno enorme, de esos que no se pueden contar ni bajo tortura.

—Uuuffff, me está asustando.

—No sé si me estoy volviendo loca —Thea dejó caer el peso de su cuerpo en el cristal de la parada del autobús. Abril imitó su gesto—. ¿Recuerdas el ataque de pánico de la cafetería? —ella asintió—, no fue exactamente una crisis de ansiedad, fue más bien como un trastorno de ausencia, tengo lagunas, no sé qué pasó, ni como llegué a la cafetería con vosotros, no recuerdo nada desde que terminamos de comer.

—¿En serio? ¿En plan resaca a lo bestia?

—Algo así... —Thea miró hacia la carretera y después al reloj digital que iluminaba de rojo la noche. El autobús iba con más de 15 minutos de retraso— Pero hay más... Por la noche, cuando me estaba bañando me encontré tatuado en el brazo un nombre.

—¡Espera! —gritó Abril— ¿Qué te has hecho un tatuaje?

—No... Apareció sin más.

—¿Cómo que apareció sin más? No lo entiendo.

—Ppppffffff ni yo.

—Me estás diciendo, ¿que no recuerdas nada de lo que hiciste y descubriste un tatuaje de un nombre en tu brazo?

—No un nombre cualquiera.

—¿Qué nombre es?

—Lluís Vidal.

Abril sacudió la cabeza intentando así reordenar las ideas. Nada de lo que le explicaba su amiga tenía el más mínimo sentido. Ambas aguardaron en silencio, Abril no sabía muy bien que decir, Thea tenía miedo de lo que ella pudiera pensar.

—No lo entiendo... —susurró al fin.

—Tres días después ese chico murió y el tatuaje desapareció.

—¿Desapareció?

—Tal cual.

—Te das cuenta que todo esto no tiene sentido ¿verdad?

—¿Crees que no lo sé? —gruñó— Me estoy volviendo loca, pero hay más.

—Jooooder... —Abril notó que ya no hacía tanto frío a su alrededor, porque había empezado a sudar.

—Hace tres días volví a sufrir una crisis de ausencia, el día que habíamos quedado en la cafetería. No recuerdo porque no llegué al pueblo, iba en el autobús y no recuerdo nada más. Desperté en mi cama.

—Me estás acojonando —la advirtió.

—Lo siento, es que necesito contártelo... Yo también tengo miedo. Hay otro nombre, desperté con otro nombre tatuado en el brazo.

—Marta Soldevila —susurró muy muy flojito la chica, Thea asintió con un gesto de cabeza—. Por eso la buscabas. ¿Puedo verlo?

Thea tomó aire. Llevó la mano izquierda sobre las mangas del brazo derecho, llevaba 4 capas de ropa y le costó un poco hacerlas ascender para poder dejar su brazo desnudo en el frío de la noche. El tatuaje no estaba.

—¡Ja! —Abril la golpeó en el hombro con fuerza— Muy graciosa... De verdad... Idea de Morgana ¿no? Ya os vale —dijo molesta.

—¡No! Te juro que... —Thea miró su brazo donde el nombre había desaparecido sin dejar el más mínimo rastro y empezó a llorar.

—¡Chicas! —una mujer detuvo el coche frente a la parada— mejor que llaméis a vuestros padres, ha habido un accidente en la carretera, no creo que el autobús vaya a llegar, al menos no en breve.

—Gracias —le contestó Abril. Cuando la mujer se fue volvió a mirar a su amiga, un par de lágrimas rodaban por sus mejillas. Se sentía molesta, no le gustaba que le tomaran el pelo. Era una miedosa ¿y qué? No era nada malo, le molestaba mucho que Morgana siempre intentara asustarla con esas cosas. Aunque le sorprendía que Thea se hubiera avenido a ese juego, no parecía esa clase de chica— Voy a llamar a mi padre —no pudo evitar el tono metálico de su voz.

—¡El accidente! —gritó de pronto Thea— ¡Ha habido un accidente! — empezó a llorar con más intensidad, pero a su vez no podía evitar sonreír por poderle demostrar a su amiga que no mentía— Marta Soldevila ha muerto en ese accidente —sentenció.

—Vete a la mierda Thea.

—¡Lo digo en serio! —exclamó de nuevo casi fuera de sí— Marta ha muerto.

¿Por qué intentaba asustarla? Abril notó un nudo en la garganta y se sintió furiosa, encendida por dentro, pues nunca le había gustado que la gente se riera de ella.

—¿Esto qué es? ¿Por lo de tu padre y tu hermana?

Esas palabras cortaron el aire y cayeron sobre Thea, como una pesada losa que la aplastó. Miró a Abril que tenía el móvil en la mano y mandaba un mensaje.

—¿Qué sabes tú de eso?

Abril alzó los hombros, ¿qué esperaba? Después de su extraño comportamiento y de las cicatrices que le vio en el cuello no había podido evitar hacer preguntas e investigar un poco. Estuvo ojeando periódicos Suecos, hasta que dio con la noticia. Un accidente de coche que había

terminado con la vida de dos personas, un padre y su hija pequeña, la hermana mayor había quedado gravemente herida y se temía por su estado, pero estaba claro que había logrado sobrevivir, aunque ahí estaban las cicatrices. Después de la investigación, su madre se lo confirmó, y aunque le pidió que no dijera nada, no había podido evitarlo. De ahí la mudanza y su silencio, cuando alguien le preguntaba. Estaba claro que todo eso había supuesto un trauma para la familia, y Thea no lo había podido superar.

—Busqué un poco, sé que murieron en un accidente y que tú ibas con ellos en el coche.

—¿Me has investigado? —las lágrimas se secaron en sus ojos y fueron sustituidas por el sabor de la traición en su boca.

—¿Qué tiene de malo? Tú no cuentas nunca nada. Mi madre no quería decirme nada tampoco... Aunque después me lo confirmó, tu abuela le pidió que no se hablara del tema.

Thea giró sobre sí misma, empezando a andar en dirección a la carretera. La lluvia se había tornado aguanieve. Se sentía desnuda, había intentado, inútilmente, que todo ese capítulo quedara sepultado en el olvido, era demasiado doloroso, demasiado reciente, demasiado duro para tener que arrastrarlo a diario allí donde fuera. Y Abril... No tenía derecho a lanzarle ese dolor para que tuviera que volver a masticarlo.

—¿Dónde vas? ¡Espera!

—¡Déjame! —le gritó lanzando su voz por encima de sus hombros— Vete a la mierda Abril.

—¿Yo? —detuvo sus pasos y miró a esa figura que empezaba a perderse en la oscuridad— ¡Eres tú la loca que ve nombres y muertes! A lo mejor es que te golpeaste demasiado fuerte la cabeza —gritó airada, pero pronto se arrepintió— ¡Joder! THEAAAA, venga espera...

Lloraba de impotencia, de rabia, frustración, dolor, rechazo, melancolía...

lloraba porque era la única forma que tenía de sacarlo todo fuera. Llegó a casa y lloró tendida en la cama durante horas, hasta que se quedó dormida, y al despertar siguió llorando. Simplemente porque era lo que necesitaba. Ya no sabía si la puñalada de Abril era lo que le dolía, posiblemente no. La casa estaba silenciosa, Thea se incorporó y se levantó ambas mangas. No había rastro de ninguno de los dos nombres. Marta Soldevila estaba muerta. Como estaba muerto su padre, y Vera.

—Te echo de menos enana... —rozó con la yema del dedo la cicatriz que cruzaba su garganta— A veces pienso que debería haber muerto yo —soltó de pronto, atropellando una palabra con la otra, sin darse tiempo a respirar o pensar. Como quien arranca una tirita—. Siempre fuiste mejor que yo... Puede que mamá estuviera menos triste.

Deambuló por la pequeña habitación dejando que una hora muriera tras otra, sin poner remedio a ese suicidio temporal que había creado a su alrededor. Cuando su madre fue a verla, simplemente mintió diciendo que se encontraba mal y Carmen no insistió demasiado. Mató de aburrimiento las horas, pensando, dando vueltas a todo lo que había ocurrido desde que despertó en esa fría y aséptica habitación de hospital, rodeada de tubos, médicos y enfermeras, pero ninguna cara conocida. Nadie a su alrededor que le inspirara tranquilidad. Le explicaron que había tenido un accidente, ella no recordaba entonces nada. Le dijeron que había estado a punto de morir, poco después se enteraría que técnicamente había estado muerta unos minutos, pero que ya se encontraba fuera de peligro. Quiso preguntar por su hermana Vera, pero no podía hablar. Tardó alrededor de tres semanas en volver a articular una frase seguida. Casi un mes y medio hasta que su voz y sus palabras sonaron con normalidad.

Salió del hospital tres meses después. Durante ese tiempo, recibió las visitas de sus amigos, de algunos familiares, vecinos, y su madre, que apenas se apartó de ella en todo momento. Salvo cuando la tristeza era tan grande que tenía que salir corriendo de allí, entonces la veía llorar en el pasillo, totalmente desconsolada, mientras ella fingía seguir dormida. Todo cambió en un instante. Un segundo, que se llevó por delante las vidas de las dos personas que más quería, y dejó la suya pendiendo de un hilo. Y sobre él seguía. Nada

había cambiado. Después de más de medio año, de mudarse... Nada había cambiado. ¿O sí? Algo parecía que sí, se estaba volviendo loca. Puede que Abril tuviera razón y el accidente la hubiera dejado perturbada. Viendo nombres y muertes, donde no los había.

Sacó una caja de bombones de debajo del montón de las camisetas, le habría encantado que dentro hubiera chocolate, pero sabía lo que esa pequeña caja contenía, dolor, que pronto la abofeteó en la primera fotografía. Vera y ella abrazadas delante del árbol de Navidad. Pasó así las instantáneas una a una, dejándose arañar el alma con cada una de ellas. No impidió que las lágrimas rodaran por sus mejillas, ni hizo nada para evitar que la tristeza y la melancolía, la envolvieran como una manta en pleno invierno.

—Yo también los echo de menos —Carmen la miraba desde la puerta entreabierta, le había costado mucho interrumpirla, temía su reacción, pero quería que supiera que estaba a su lado, y que podía compartir con ella la pesada carga de las muertes de su padre y hermana.

—A veces cierro los ojos y en mi mente todo sigue como antes del accidente. Imagino el recital de Vera, o la fiesta de Navidad de la empresa de papá.

—Odiabas ambas cosas —dijo Carmen sentándose a su lado y tomando las fotografías de entre sus manos.

—Supongo que ya no.

—Eres muy fuerte Thea, muchísimo —posó con delicadeza la mano en la mejilla de su hija—. Tu padre estaría orgulloso de ti.

—Siento mucho haber estado tan borde estos meses.

—No hace falta que te disculpes, lo entiendo, me duele, pero te comprendo.

—Me he peleado con Abril, no quería que nadie lo supiera y ella...

—No lo habrá hecho con mala intención. Se preocupa por ti.

—Lo sé, pero no quería arrastrar aquí también todo eso, pero supongo que es un lastre del que nunca me podré desprender.

—Supongo que ambas tendremos que aprender a vivir con eso.

—¿Cómo? Mamá dime cómo vivir sin ellos, porque yo no sé hacerlo. No sé si puedo.

—¡Claro que puedes! —exclamó rompiendo en llanto— puedes, debes y lo harás. Por ellos.

Dejaron que de nuevo el silencio tomara forma a su alrededor, pero lejos de ser un silencio incómodo, era casi reconfortante. Miraron las fotografías sin decir una palabra más, y cuando terminaron de torturarse con cada una de ellas, Thea se levantó y las volvió a guardar.

—Tengo trabajo —dijo Carmen de pronto.

—¿De verdad?

—Media jornada en una tienda del pueblo, poca cosa, pero algo mejor saldrá.

—Me alegro.

Carmen se levantó del suelo y se acercó a Thea, arrastró con el dorso de la mano el resto de una lágrima y besó la frente de su hija.

—¿Quieres que salgamos a cenar? ¡Para celebrarlo!

—Vale —dijo no muy convencida.

—Se lo diré a la abuela.

El fin de semana fue agradable. Sin gritos ni malas caras, incluso con algunas horas compartidas en familia, entre conversaciones y silencios. E inexorablemente llegó el lunes, y él arrastró a la realidad ese paréntesis de fingida normalidad que se había creado. Cuando esa mañana Thea llegó al instituto, dudó unos instantes, tenía pensado ir directamente a la sala de ordenadores, pero el miedo a descubrir el nombre de Marta Soldevila, entre

los posibles muertos del accidente de la tarde noche del viernes, la tenía paralizada. No le hizo falta decidir nada.

—Tenías razón —la voz de Abril llegó rota, sorprendiéndola por la espalda—. Llevo todo el fin de semana decidiendo qué hacer. Hoy he cogido el bus anterior, no sabía si querías verme.

Thea se giró y descubrió unos ojos enrojecidos enmarcados por unas ojeras que indicaban que, ese fin de semana, Abril no había dormido demasiado, y si lo había hecho, no había sido un sueño reparador.

—El sábado bajé al pueblo con mi madre —siguió—, pasé por el quiosco y por curiosidad ojeé el periódico de la comarca. Hablaban del accidente. Solo ha habido una muerte M.S. de 35 años.

—M. S. —un escalofrío recorrió su cuerpo.

—¿Qué demonios está pasando Thea?

—No lo sé.

—Pero...

—¡Parece que hayáis visto a un fantasma! —bromeó Alex pillándolas por sorpresa.

—¿Estás bien? —se interesó Valentín acercándose a una casi llorosa Abril—. ¿Qué os pasa?

Ambas chicas se miraron y el miedo invadió a Thea. ¿Contarlo? No quería que la tomaran por loca. Pero ahora su secreto era compartido y Abril parecía muy asustada, aunque forzó una sonrisa y negó con la cabeza.

—La regla —adujo.

—Uiiiiii cosas de chicas —sonrió Alex.

—A ver por dónde te meterías tú el tampón —Morgana se unió al corrillo que habían formado en medio del pasillo, cerca de la sala de ordenadores, no le pasó inadvertidas las miradas de las dos chicas, y si bien Alex y Valentín podían tragarse lo de las «cosas de chicas», ella no.

—Ya sabes tú por dónde —desafió el chico.

—Siempre estáis igual, me aburrís —bufó Valentín—¿Vendréis a hacerme compañía hoy?

—Tengo dentista—mintió Abril.

—¿Yo en una biblioteca? —exclamó Morgana— No quiero derretirme como la bruja del Norte, ¿o era la del Sur?

—Lo siento camarada —Alex cambió de hombro su mochila— pero hoy también trabajo.

—Pues vaya —resopló el chico— ¿Y tú Thea?

—Mi madre viene hoy a buscarme.

—Traidores —se quejó desapareciendo por el recodo del pasillo seguido de Alex.

—Vosotras dos —Morgana las señaló a ambas con el dedo— después de clase.

Nunca había sido buena estudiante, no se caracterizaba por eso, pero en ese momento las clases se le antojaban un martirio casi insoportable, un trascorrir de horas absurdas en que no podía, aunque lo intentara, prestar la menor atención. Solo tenía ganas de salir de ahí, o de llorar, o salir de ahí llorando, o incluso más combinaciones de esas dos premisas.

—Venga vamos... —Abril tiró de su manga entre clase y clase, arrastrándola a uno de los baños cercanos. Dentro estaba Morgana.

—Habéis tardado —dijo esta abriendo la ventana y tirando su mochila por ella.

—¿Qué hacéis?

—Mira, yo no sé qué es lo que os pasa, pero Abril quiere hacer pellas, eso es inaudito, así que me huele a que es algo gordo —cogió la mochila de su amiga y la tiró también, tocó el turno de la de Thea, que se la entregó sin mediar palabra.

El salto no era demasiado pronunciado, y era una de las pocas ventanas que daba directamente a la calle, fuera del recinto escolar. Morgana la usaba a menudo, para Abril y Thea esa sería la primera vez. Era cerca del mediodía y decidieron comprar unas bebidas e ir a una de las zonas de picnic cercanas. El paisaje en las montañas era ya completamente blanco, y allí, en el valle, aunque la nieve no había cuajado aún, no tardaría demasiado en hacerlo.

—A ver... Contadme.

—Yo no sé ni cómo empezar —Abril se dejó caer en el banco, miró el bocadillo que su madre había preparado, pero llevaba desde el sábado sin poder probar bocado.

—No será por el gilipollas de Denis ¿no?

—No, es algo que... —Thea paró en seco, no sabía cómo seguir.

—Bueno, si alguien te va a creer esa es Morgana.

Tomó asiento frente a la morena y abrió la botella de agua, sentía la boca seca y las palabras se pegaban sin querer salir. Dudó, y esas dudas hicieron que el silencio se prolongara más de lo normal, pero Morgana, sentada frente a ella, y con los ojos clavados en los suyos, esperó a que se decidieran por fin a decirle qué era lo que estaba pasando, aunque nunca había sido una persona muy paciente.

—En serio, me estáis acojonando, ¿estás preñada?

—¡Joder no!

—Uuufff vale, pues... Venga dispara.

Thea buscó la mirada de Abril para tomar de ella el valor que empezaba a fallarle, jamás había sido una persona reservada. Tanto Emilia como Maja sabían toda su vida, siempre se lo contaban todo. Vera también, a pesar de ser su hermana pequeña, tenían una estrecha relación en la que no cabían mentiras ni engaños. Siempre había sido muy honesta con todo y con todos, pero de un tiempo a esta parte, sentía como que toda su vida era una farsa, una falacia, había pasado de no mentir a no decir nunca la verdad. No le gustaba esa nueva Thea en la que se estaba convirtiendo, triste, solitaria... desconfiada.

—Está bien —susurró tomando aire— hace unos meses, antes de mudarnos aquí...

No fue tan difícil de explicar cómo había pensado en un principio, pero sí fue complejo de creer. Morgana se levantó y sentó un par de veces, presa de los nervios. Le costaba creérselo, no, directamente no la creía. A Thea no la conocía demasiado, miró a Abril, se había mantenido en silencio durante toda la explicación, y sus ojos por momentos se habían vuelto opacos, escondidos tras una fina capa de humedad. La primera reacción de Morgana fue de incredulidad, y le molestó que intentaran tomarle el pelo de ese modo pero, poco a poco, conforme Thea seguía relatando su historia, cambió de parecer, pasó de no creerla a pensar, que al menos para ella sí era real.

—¿Pero tú lo has visto? —preguntó al fin mirando a su amiga.

—No, ya había desaparecido, porque Marta Soldevila ya estaba muerta.

Morgana sintió un escalofrío que le recorrió el cuerpo, la tarde se había ido estropeando, densas nubes cubrieron el débil sol y pronto empezaría a nevar.

—No me crees.

—Entiéndelo Thea, no es algo fácil de creer.

—Tampoco es que yo saque nada inventándomelo.

—Ya...

—Tú deberías ser más comprensible con esas cosas —atajó Abril—. Joder te he visto leer libros de esos raros y hablas de espíritus y fantasmas y...

—Sí, sí... Pero eso es una cosa y esto, otra totalmente distinta.

—Entonces todo eso de los espíritus...

—Oh venga Abril, ¿de verdad crees que tengo poderes sobrenaturales o algo? —volvió a mirar a Thea que tenía el rostro desencajado—, lo siento, pero hasta que no lo vea —Morgana cogió un brazo de Thea y levantó la manga. Nada. Levantó la otra.

—Ya te lo he dicho, los dos se han borrado.

—Entonces tendremos que esperar —sentenció.

—Pues espero que te quedes de por vida con la impresión de que soy una mentirosa, no puedo pasar otra vez por esto.

—Eh, eh, eh... No llores —Abril la acurrucó entre sus brazos.

CAPÍTULO 7

Habían pasado dos días. Cuarenta y ocho horas desde que Thea se había sincerado. Esas dos mañanas, lo primero que había hecho Morgana al verla aparecer había sido levantarle las mangas para observar sus brazos. Por suerte, nada. Ese día una fina capa de lluvia lo envolvía todo. El cielo estaba gris azulado y el sol parecía haber muerto asfixiado, tras esa maraña de nubes cargadas de agua. Thea entró en el comedor y saludó en dirección a la mesa que ocupaban siempre sus amigos, dirigiéndose después a la fila de los que esperaban para comprar su comida, necesitaba dulce, chocolate, algo que le ayudara a soportar las tediosas horas que aún le quedaban. Jamás le había ocurrido eso en Suecia allí, a pesar de no destacar por ser una alumna brillante, jamás se había aburrido en clase, o había deseado morir, a tener que escuchar una sola palabra más de algún docente pedante con aires de dictador. Puede que eso se debiera, a que ya no era la misma persona.

—Lo que no me gusta de la lluvia —la voz de Denis la sorprendió en forma de susurro pegado a su oído— es que no sales a correr.

Notó como su corazón se desbocaba, igual que tras una larga carrera, dudó unos instantes si girarse o no, pero Beth la observaba a lo lejos, y no quería despertar su creatividad vengativa, no estaba de humor para bromas de instituto. Y a pesar de que él asegurara que entre ellos no había nada, no tenía tan claro que Beth pensara de igual modo.

—Siempre puedes regalarme un chubasquero —habló sin girarse, dejando que las palabras fluyeran lentamente por encima de su hombro.

—Me parece una idea fantástica.

Adelantaron un par de pasos en la cola de la caja. Thea miró de reojo, Beth había vuelto a centrar su atención en su interlocutor, puede que pensando

que no era una amenaza.

—¿A qué estás jugando?

Le increpó al girarse y enfrentarse a los zafiros que tenía por ojos ese chico, él simplemente alzó los hombros y la adelantó en la cola, donde la cajera carraspeaba molesta viendo que Thea se había quedado parada. Denis pagó y se alejó sin mirar atrás. Ella aún necesitó unos segundos, para que su estómago dejara dar volteretas y todo su cuerpo se serenara.

—¿Qué te ha dicho? —la arrolló Abril sin tiempo a dejarla sentar.

—Nada.

—Ya —Alex la miró con suspicacia. Pero estaba claro no iba a decirle nada más— ¡Drogas! —exclamó de pronto ante la mirada sorprendida de todos— ¿Embarazo adolescente? Te follaste a un profesor... ¡Casado!

—Esto qué es, ¿el juego de las gilipolleces?

—Estoy intentando averiguar porque Thea sigue aquí sentada con nosotros, en vez de desbancar a Beth en la mesa de los «guay» ¡Mírala! —Alex habló mirando a Morgana— Es guapa, más o menos lista...

—¡Eeehhhh! —se quejó Thea.

—Está claro que le gusta a Denis... —siguió el chico ignorando la queja — ¡Lo tiene todo! Sin embargo, sigue aquí, en la mesa de los pringados.

—¿Pringados? Habla por ti —gruñó Valentín.

—Bueno, de los pringados más Valentín —corrigió Alex sonriéndole a su amigo—. ¿Y bien?

—Lo has acertado —Thea se dejó caer con pesadez, mientras jugueteaba con la corteza del bocadillo—. Me quedé embarazada de un profesor casado, pero aborté cuando sufrí una sobredosis...

—¡Ja! Lo sabía —le siguió el rollo él— ¿Y era guapo?

—Un ¿bom...bón...?, ¿se dice así? —esperó confirmación de Abril—

Pues eso, un auténtico bombón sueco.

—¡Bah! El chocolate bueno es el de Suiza.

—O el Belga —añadió Morgana.

—Hasta el de Andorra.

—Bueno, en Suecia tenemos muchas otras cosas buenas...

—El Ikea —apuntó Alex, amante de esa tienda de muebles y decoración.

—Las albóndigas —se unió Abril.

—El hockey —Morgana pensó en toda esa sangre manchando la fina capa de hielo del Globen.

—El sistema de derechos sociales...

—Joder Valentín, si no sabes jugar mejor cállate.

Podría acostumbrarse a esos momentos con ellos, a la sensación de placidez y bienestar, de tranquilidad. Cuando salió del comedor para dirigirse a su clase estaba relajada, como si los nombres de su brazo fueran una pesadilla que había podido olvidar. Aunque en el fondo ahí estaba la idea de que, de algún modo, la muerte la acechaba, burlándose de ella.

Quedaban solo diez minutos de clase y Thea contaba mentalmente los segundos para que sonara el timbre. Se aburría. Jamás se había aburrido en una clase, hasta llegar a ese instituto. En el bolsillo de su pantalón el móvil vibró, demasiada curiosidad para esperarse a salir fuera. Un *WhatsApp* de Denis, le tembló la mano y se le aceleró el corazón; se maldijo por eso.

«¿Qué me dices?» a esa escueta frase la acompañaba una fotografía de su acantilado y una cesta de picnic. Sonrió.

—¿Sabes la respuesta Thea?

—La rubia estaba en las nubes.

Una risa que se alzó por detrás y quedó amortiguada por el sonido de la

campana que anunciaba el final de las clases. La profesora clavó la mirada unos segundos más en ella visiblemente molesta, hasta que alzó la mano para indicar que podían irse. Algunos no tardaron ni dos segundos en salir corriendo.

—Tienes que estar más atenta o no vas a aprobar mi asignatura.

—Lo lamento.

—No lo laments y aplícate más.

—«Idiota» —pensó—. Claro... —respondió.

Caminó a grandes zancadas por la calle, puso rumbo al *Bon Cafè*, donde había quedado con Abril, cuando llegó frente a la puerta dudó unos instantes pero finalmente tiró de ella y se dejó abrazar por el reconfortante calor de la calefacción y el estimulante olor a café.

—¡Tienes que ir! —Abril sostenía el móvil entre las manos emocionada—
Es taaaaaaaan romántico.

—Voy a vomitar.

—De verdad que... —Alex golpeó su brazo— Me voy a trabajar, si te decides a ir... —se acercó a Thea y soltó su pelo— mejor así...

—Cierto, con el pelo recogido se le ve mucha frente.

—Pues la que tiene —respondió el chico.

—¡Ponte un vestido! —sugirió Abril.

—¿Para ir a la montaña? —Alex alzó los ojos dejándolos en blanco—
Qué quieres, ¿que se congele?

—Es Sueca, —soltó Morgana mostrando la evidencia— las suecas no sienten el frío.

—Estoy aquí eeehhhhh

—Shhhhh, estamos decidiendo qué te vas a poner —la calló Alex.

—¿Pero tú no te marchabas?

—Yo no iría, —dijo entonces Morgana muy seria— huele a cuerno quemado.

—¿Qué huele a qué?

—Déjala, es una envidiosa.

—Ahh...

—¿Ahhhh? —Morgana miró enfadada a Thea y después a Abril— Haced lo que queráis, yo me voy... Pero, ¿sigues aquí? —escupió a Alex que se resistía a abandonar la conversación, a pesar de que nuevos clientes habían entrado en la cafetería.

Parecían siempre el perro y el gato, pero en el fondo se notaba el mutuo cariño que se tenían, eran como la extraña pareja, la noche y el día. Abril y Thea observaron como Morgana salía airada del lugar y caminaba con paso apresurado, hacia el otro lado del puente. Abril terminó de un solo sorbo su café e instó a Thea a salir también del local.

—¿Entonces voy?

—¿Qué tienes que perder?

—No sé... No me parece momento de...

—Thea ¡ya! Hace días que no te pasa... Eso... Y bueno... Puede que...

—¿Qué todo fuesen fantasías mías?

—Yo no he dicho eso —se defendió.

—Pero lo piensas.

—Es más fácil pensar eso.

—Que estoy loca —el tono de molestia de Thea fue en aumento.

—Que sufres estrés post traumático.

—Que estoy loca —insistió.

—Pero una loca simpática, de esas que no dan mucho miedo.

El autobús llegó cortando ese silencio incómodo que estaba a punto de forjarse entre ambas. Aún no habían hablado del tema, del accidente, del coma, de la cicatriz que decoraba su garganta dividiéndola en dos, pero Abril sabía que ese no era el momento ni el lugar, y no podía soportar la idea de que Thea se volviese a enfadar con ella.

—Mira —el susurró de Abril le llegó justo cuando el autobús se puso en marcha— yo no puedo ni imaginar por lo que has pasado... —Thea perdió la mirada más allá de ese sucio cristal— Pero sigo pensando que deberías ir, no es nada malo que intentes ser feliz.

—Está bien, iré.

—Y después tendrás que venir a mi casa a ¡¡¡¡contármelo toooooooooooooo!!!!

—Lo prometo.

—Pues venga, cámbiate de ropa y a por el chico —susurró Abril dejándose embriagar por ese momento de película.

El mensaje era de hacía casi cincuenta minutos. ¿Y si ya no estaba? Conforme subía la colina iba preguntándose. Solo se había parado a dejar la mochila, cambiarse de ropa, peinarse un poco y repasar el maquillaje. Su tiempo de ascensión de esa cima era mucho menor del que llevaba, pero esta vez subía caminando, admirando el paisaje, y ralentizando el paso conforme se acercaba al lugar. Los nervios estaban a punto de traicionarla, dar media vuelta, volver a descender, y encerrarse en casa. Pero se obligó a terminar de subir, se merecía un momento así. Cuando llegó al acantilado, no había rastro de Denis, pero ahí estaba la cesta de picnic.

—¿Denis?

Miró alrededor pero no le vio. Sobre la cesa había un trozo de papel, que decía «cierra los ojos». Levantó una de las tapillas de mimbre, dentro había fruta, una tableta de chocolate... Y no quiso mirar más. Sonrió y obedeció. Cerró los ojos. Estaba nerviosa y el corazón le latía con fuerza, retumbando en sus oídos, aún así escuchó pasos a su espalda y una mano que rozaba su pelo. Notó el cálido aliento cerca de su rostro e instintivamente juntó los labios para recibir el beso.

—¡La reina de las cerdas!

El grito de Beth hizo que abriera los ojos, frente a ella había lo que parecía una cría de cerdo. Risas a su alrededor y algún que otro flash que la cegó. Miró a su alrededor aturdida, buscando los azules ojos de Denis, pero solo vio miradas de desprecio y el lacerante odio que desprendían los de Beth.

—Esto es lo que le pasa a las cerdas que intentan quitarme lo que es mío.

Quiso salir corriendo, pero tropezó y cayó al suelo. A su alrededor las risas se clavaban en sus oídos como puñales, dolorosos, certeros y afilados. Un hilito de sangre empezó a resbalarle por la palma de la mano. Corrió hasta que el cansancio obligó a sus piernas a detenerse, aun así, no paró, solo aminoró la marcha. A pesar del frío, notaba el calor en su rostro enrojecido por la ira y la carrera, la humedad en sus mejillas, y la máscara de pestañas escociéndole en los ojos. Le dolía la mano, los muslos y el orgullo. Tragó a duras penas el bochorno que sentía y casi se atragantó con la impotencia de no poder hacer nada. Se dejó caer en el suelo, el sol, a su espalda, empezaba a esconderse tras las montañas.

Pasaron minutos, puede que horas, no sabía muy bien. Por un momento se asustó. El sol ya se había fundido con el horizonte y temió que un nuevo lapso de tiempo se hubiese instaurado en su memoria o, mejor dicho, en su olvido. Pero al comprobar el reloj vio que no había pasado tanto. Alzó ambas mangas y se observó aquellas partes del cuerpo que eran más visibles, y para su

alivio, no encontró nada. Ningún nombre. Se sentía mal, dolida, estúpida, pero en el fondo aliviada. Decidió dar un gran rodeo para no volver a pasar por el acantilado, no tenía valor suficiente para enfrentarse de nuevo a Beth y sus secuaces.

Pasó de largo la puerta de su abuela y fue directamente a casa de Abril. Su madre era una mujer bastante mayor, pero era muy amable y cariñosa.

—Thea, ¿estás bien? —alzó el rostro de la chica donde la máscara de pestañas difuminaba por completo su mirada—. Supongo que no quieres que le diga nada a tu madre, ¿no? —Thea negó con la cabeza—. Aaiinnsssss, juventud, divino tesoro... Voy a decirle a Carmen que te vas a quedar a dormir aquí, ¿vale? —besó su frente de manera delicada— Abril está arriba.

—Gracias —susurró antes de subir a la carrera.

—¿Pero...? —Thea cerró de un portazo y se tiró sobre la cama— ¡Morgana tenía razón! Será... Joooooo Thea... ¿Qué te ha hecho?

—Bueno él no estaba y...

La puerta se abrió y Morgana apareció tirando una pequeña bolsa de deporte en el suelo.

—Me quedo a dormir —anunció— ¿Cómo estás?

—Pero tú cómo sabes...

—Porque Beth lo ha colgado en su *Facebook* y ha etiquetado a medio instituto —Morgana les enseñó la pantalla.

—Diossssss, me quiero morir...

—Ei, ei, eiiii, aquí nada de muertes a no ser que sea la de ella.

—Seré idiota, tendría que haberte hecho caso.

—Aprende, yo siempre tengo razón, menos cuando me equivoco. Tenemos que vengarnos.

—Paso —bufó Thea sintiéndose sin fuerzas para hacer nada.

—Pues yo creo que deberíamos.

—¡Abril! —chillo de júbilo Morgana— No te reconozco, te saltas clases y hablas de venganzas, que orgullosa me siento. A ver, ¿cómo funciona lo del brazo? Si escribimos su nombre...

—¿Qué? ¡No!

—Podríamos probar —Morgana sacó un permanente de la mochila— En plan *Death Note*.

—¿Y si se muere?

—¡Una rubia menos! Y todos contentos.

—¡Estás loca! —sentenció Abril quitándole el rotulador de la mano y tirándolo al otro lado de la habitación.

—¿Y qué hacemos? ¿Le ponemos pasta de dientes en el bocado? — ambas la miraron con asentimiento— ¡No! Se merece algo fuerte, algo humillante y que le quite las ganas de ir jodiendo a todo el mundo.

—Pero no que la mates —Thea había dejado de llorar y ahora sonreía tímidamente. Morgana estaba loca. Ella y Abril eran las dos mejores amigas que podía tener. Quién le habría dicho hacía tan solo unos meses, que las querría y necesitaría tanto. Era una locura, pero ahí estaba— Tú que eres bruja, haz que tenga diarrea.

—¡No! Haz que engorde... o... o... o... ¡Que le salga un grano!

—Que se le caiga el pelo.

—Que tenga gases.

—Que se le rompa una uña.

—Que se le parta un diente...

Estallaron en una carcajada, quedándose Thea y Abril tumbadas abrazadas en la cama y Morgana recostada sobre su espalda en el suelo.

—Sois las mejores amigas.

—Ya está la «frikisueca» poniéndose ñoña —bromeó Morgana.

—Eso a ti no te pasa nunca ¿no?

—Antes me pongo en plan *psico killer*... puajjjj —gritó de pronto.

—Eso te pega más —sonrió Thea—. Creo que tengo sueño... Intentaré pensar en cómo vengarme de Beth.

—¡Guay! —Abril se acomodó a su lado y Morgana saltó a la cama encajándose en medio— Buenas noches.

—¿Y Denis? —susurró Thea casi presa de Morfeo.

—A ese gilipollas déjame a mí.

—Pero no lo mates.

—Bueno, me lo pensaré...

CAPÍTULO 8

Abril se enfundó el gorro de lana. El día había amanecido nublado, de hecho, no habían visto el sol en la última semana. Morgana a su lado apuraba el cigarrillo. Llevaban días estudiando sus movimientos y habían trazado el plan perfecto, solo faltaba Thea. Morgana miró el reloj de nuevo y resopló.

—¿Dónde se habrá metido? —Abril alzó los hombros por toda respuesta — ¡Joder! Vamos a tener que dejarlo para el viernes que viene ¿la has llamado?

—Tres veces y no contesta —Abril sacó de nuevo el teléfono de su bolsillo— Estoy preocupada, y si...

Morgana salió de detrás de los arbustos donde habían pasado agazapadas la última media hora. Le dolían las rodillas de la posición en la que habían estado tanto rato. En ese momento llegaba Beth, como cada viernes. Las dos amigas salieron corriendo para no ser vistas. Habían perdido la batalla, pero algún día se alzarían con la victoria, la guerra no había hecho más que empezar.

—Voy a llamar a Valentín a ver si la ha visto, tú llama a Alex.

Quince minutos después los cuatro amigos visiblemente nerviosos andaban por la rambla principal del pueblo, habían ido a los lugares que Thea solía frecuentar, biblioteca, café, la tienda de ropa... hasta el locutorio por si estaba allí hablando con sus amigas, pero nadie la había visto.

—A su casa no ha vuelto tampoco —Abril se frotó los brazos con la ilusoria intención de calentarse.

—Voy a decir algo y por favor que nadie me mate —Alex miró

directamente a Morgana— ¿y si está con Denis?

—Imposible.

—Bueno él dijo que no había tenido nada que ver con lo del cerdo y se disculpó... —ahora era Valentín quien hablaba— no sé, puede que Alex tenga razón y simplemente hayan salido o....

—Thea no es tan tonta de creerle —alegó Morgana.

—Bueno, puede que sí lo haya hecho y esté por ahí con él, es viernes y...

—Pero nosotras habíamos quedado —cortó Abril.

—Sinceramente, es que no entiendo por qué estáis tan preocupadas.

—Yo tampoco —Valentín se unió al desconcierto de su amigo. Ambas chicas se miraron—. A no ser que pase algo que no sepamos, claro.

Morgana sacó un nuevo cigarrillo que encendió con tembloroso pulso, algo que no pasó inadvertido a los chicos que se impacientaron ante la muda respuesta de ellas. Los días cortos de invierno y el frío acuciante les envolvía, parados en medio de la plaza del Ayuntamiento, donde los niños corrían y se columpiaban bajo la atenta mirada de sus madres. Desde su espalda llegaba amortiguado el sonido del riachuelo que cruzaba el pueblo.

—¿Y bien?

—Hay algo...

—Pero no está aún comprobado, es decir... Es solo... ¿Qué? Abril, no me mires así, tú tampoco los has visto.

—¿Qué no ha visto?

—Los nombres... Uufff a ver... —Morgana tiró el cigarrillo a un charco— Por dónde empiezo...

—Por el principio —le sugirió Valentín.



A veces los sentidos se empeñan en hacernos creer cosas que no son. Nos mienten, nos engañan, intentan confundirnos. Thea sabía que, desde el accidente, sus sentidos habían quedado alterados. Un ruido fuerte, un grito, un olor, una luz, todo eso desencadenaba ese recuerdo que, a pesar de intentarlo, no podía borrar, pues por desgracia había quedado grabado a fuego para siempre, en forma de marca indeleble en su alma, su memoria y su piel. Permaneció acurrucada en la oscura humedad durante horas. El dolor intenso que había sentido hacía un rato, había quedado relegado por un simple mal estar, un mareo, una extraña sensación en todo el cuerpo. Por momentos había pensado que no lo resistiría, que había llegado el final. La sensación de no poderse controlar, de no tener poder sobre su propio cuerpo, su corazón o respiración. Esa sensación de abandono total, de vagar a merced de la corriente, como un náufrago zarandeado por la brutalidad del mar. Así se había sentido ella. Sin control sobre nada, ni sobre su cuerpo ni su entorno. Tenía aún el sabor de la sangre deslizándose por la garganta.

Intentó levantarse, pero debía primero abrir los ojos, y no podía, tenía miedo, no quería saber dónde se encontraba, ni en qué estado, notaba el frío calándole lentamente, la ropa mojada y el cuerpo dolorido. Si quería salir de ahí, tenía que abrir los ojos y enfrentarse a la oscuridad. Pero no podía. Volvió a llorar.

—¿Hay alguien aquí? —susurró cuando el vello de su nuca se erizó intuyendo una presencia— Por favor... Necesito ayuda.

Su grito de auxilio no era más que un susurro inaudible que apenas alcanzaba ella misma a escuchar. Pasos a su alrededor, y voces. Voces que se alzaban por encima del silencio del lugar donde se encontraba. Fuera cual fuese.

—¿Hola...?

—¿Thea? ¡Thea! —Abril empezó a hacer señales a sus amigos para que se acercaran mientras seguía gritando a pleno pulmón.

—Sssshhhhhh —chistó Valentín para que se tranquilizaran y guardaran silencio.

De nuevo la calma les envolvía a todos. La madre de Abril creía que tanto ella como Thea dormirían en el pueblo, en casa de Morgana. Alex le había dicho a su madre que se iba con Valentín, mientras él había dado la coartada inversa. Era cerca del amanecer y llevaban horas caminando por el bosque, cerca del sendero donde solía salir a correr Thea. Era la última opción, el último recurso antes de ir a la policía, pero ¿qué iban a decir?, ¿quién les iba a creer?

—Os juro que he escuchado algo...

Durante la noche habían caído intervalos de nieve, y el suelo, poco a poco había empezado a enharinarse. El frío era cortante y el cansancio y el hambre no ayudaban. Caminaron un poco más, intentando no dejarse vencer por la desesperación que, sin duda a esas horas, estaba a punto de desbordarles. Valentín se adelantó un poco, dejando al grupo descansando en uno de los claros, Abril no había dejado de llorar en ningún momento, sin duda la que mantenía mayor entereza era Morgana, pero incluso ella ya había empezado a desfallecer.

Valentín rodeó un conjunto de piedras y siguió un poco más. Reconocía, a pesar de la oscuridad tan solo rota por la luz de su linterna, ese rincón del bosque. Solían jugar mucho por ahí, en primavera, cuando la nieve empezaba a fundirse en las montañas, los saltos de agua de los riachuelos se ampliaban y subían para saltarlos, hasta que alguno que otro terminaba cayendo al agua y los saltos, terminaban para dar paso a las risas. Valentín se paró de golpe y giró sobre sus talones. Las piedras que había rodeado formaban un ligero entrante, Abril acostumbraba a esconderse en él cuando se ocultaba de los chicos mayores. Volvió sobre sus pasos y se arrodilló en la creciente capa de nieve.

—¿Thea? —apuntó con la linterna iluminando esa minúscula cueva, un revoltijo de ropa se movió— ¡Joder! —dejó caer la luz y alargó la mano cogiendo a la chica. Tiró de ella hasta sacarla de ahí dentro y buscó su rostro — Thea... —susurró mientras localizaba su pulso. Estaba helada—. Soy Valentín —le dijo muy flojito mientras la abrazaba con fuerza— Está bien, venga, vamos, te estábamos buscando...—cargó con ella pasando uno de sus brazos tras las rodillas, mientras que ella le rodeó el cuello aún sin abrir los ojos.

Cuando llegó a donde estaban los otros, la primera en salir en su encuentro fue Abril, seguía llorando, pero en ese momento las lágrimas eran de alivio y felicidad. Rodeó a ambos con los brazos mientras besaba el rostro de su amiga.

—Está helada.

—Tenemos que calentarla —Alex se quitó la chaqueta y la echó por encima de Thea.

—¿Qué hacemos? —el último cigarrillo de la cajetilla reposaba sin encender entre sus labios, Morgana había intentado aparentar tranquilidad, para histerismos ya estaban Abril y Alex, pero las últimas horas habían sido horribles— la llevamos a su casa o...

—¿Y qué les decimos? —Alex saltaba para entrar en calor cuando tuvo la idea— la cafetería, tengo las llaves.

—Pero está muy lejos.

—Tendremos que caminar rápido.

Valentín cargó con Thea la primera parte del camino, después fue Alex quien la cogió. Estaba totalmente quieta, como dormida, su respiración era ligera y acompasada, pero su corazón latía con mucha fuerza. Tenía sangre en ambas manos, una pequeña brecha en la cabeza y los labios de color casi azul. Cuando ya se acercaban al pueblo, la obligaron a caminar un poco, casi

tuvieron que arrastrarla, pero no entraba en calor y no se les ocurrió otro modo que no fuera hacerla caminar. Alex abrió la puerta y les indicó que no encendieran las luces, después fue a la minúscula cocina y calentó un poco de leche.

Abril y Valentín ayudaron a Thea a ir hasta el baño y como pudieron, limpiaron sus manos y su rostro. Mientras el microondas giraba, Alex observaba como su mejor amigo acomodaba a la chica en una de las sillas y dejaba su cuerpo reposar contra la pared.

—¿Hay algo para comer? —Morgana le sorprendió a su espalda.

—Algo de embutido de hacer los bocadillos, y puede que queden pastas de ayer...

—¿Dónde?

—Pues si Marc no las ha tirado, deben estar en una bolsa al lado de la puerta. ¿Qué crees que le ha pasado?

La campana del microondas les asustó. Morgana cogió la bolsa de basura de al lado de la puerta y la abrió para comprobar que todo era bollería, sacó una napolitana y volvió a la mesa, Abril tenía la taza de leche caliente entre las manos, e intentaba que Thea la tomara.

Se sentó frente a Alex mientras la observaba. Thea entreabrió los ojos un instante, sus amigos la rodeaban en silencio, en sus rostros se adivinaba la preocupación y el miedo. Desde pequeña había odiado la leche sola, mucho más la leche sola caliente, pero estaba congelada. Intentó tomar un sorbo y Abril sonrió medianamente satisfecha.

—Bueno, ahora... ¿Qué? —inquirió Morgana.

Todos volvieron a mirar a Thea, había vuelto a cerrar los ojos y parecía como adormilada. Unos mechones de pelo se habían soltado de su coleta y caían sobre su rostro. El silencio de nuevo se instauró sobre ellos que sentían

miedo, desconcierto, incluso terror. Morgana se sacudió las manos, no podía más con la necesidad de saber, si su amiga estaba loca o efectivamente algo raro estaba sucediendo con ella. Por un momento deseó que fuese la primera opción. Era mejor lidiar con la locura, al menos era algo que todos conocían y hasta con suerte, se podía medicar. Se colocó al lado de Thea y le levantó ambas mangas.

«Ruth Calaf»

Todos se miraron. Como si una corriente eléctrica les hubiera sacudido de repente. Un rayo caído en medio de ese local, todos fulminados sin remisión.

—No me jodas... —Valentín dejó los guantes que aún sujetaba sobre la mesa y se levantó de su sitio con tal impulso, que hizo que la silla se cayera rompiendo el silencio del lugar

Thea seguía sin reaccionar, parecía totalmente ida y se dejaba hacer, como si no tuviese voluntad alguna. Morgana sostenía su brazo en alto, mientras todos miraban ese tatuaje que había aparecido como por arte de magia. La sonrisa de hacía tan solo unos instantes, se borró y una lágrima empezó a rodar por la mejilla de Abril, Alex tragó saliva sin poder apartar la mirada de ese nombre, que parecía burlarse de él. Se veía claro y nítido, a pesar de la oscuridad de la cafetería.

—Necesito un cigarrillo —Morgana pasó el dedo sobre la «tinta» negra.

—Yo un porro... —susurró Valentín.

Alex se movió nervioso, pasó ambas manos por su cara y se dio cuenta que el cansancio que había sentido durante todas esas horas de larga búsqueda, había desaparecido. Valentín suspiró, cuando le habían explicado lo de los nombres y las muertes no había creído ni una palabra, era absurdo. Él era un chico de ciencia, solo creía aquello que podía ver, tocar y experimentar. No, no las había creído y ahora se sentía un imbécil. Abrazó a Abril que lloraba de nuevo y besó su frente, intentando así tranquilizarla.

—Valen... —sus ojos se encontraron. Se conocían desde hacía mucho tiempo, Abril tenía confianza ciega en su amigo, si alguien podía encontrar un razonamiento lógico a esa situación, ese era él.

Ambos se miraron un instante más, hasta que él la soltó para acercarse a Thea.

—Thea, venga mírame —Valentín giró la silla para enfrentarse a sus ojos que, a pesar de estar abiertos, miraban a ninguna parte—. ¿Dónde has estado? Durante la tarde... Qué recuerdas.

—Nada... Ella no puede recordar nada...

—¡Abril! —gritó molesto— No te he preguntado a ti.

—No grites —Morgana se arrodilló a su lado frente a Thea.

Alex miró el reloj, en menos de dos horas llegaría Marc y ellos deberían desaparecer antes. Estaba nervioso, aterrado. Envidiaba a Valentín por su entereza, hasta a Morgana que parecía controlar la situación. Y él solo podía temblar y así no ayudaba en nada.

—Thea —Morgana moduló su voz, hasta un tono lo más parecido a la dulzura que podía— ¿recuerdas dónde estabas antes de que te encontráramos?

—Habíamos quedado —la voz rota de Thea les sobresaltó— comía un chicle de menta...

—Sí, ahora lo tienes pegado en el pelo —observó Morgana cogiendo un mechón de su rubia melena que se arremolinaba alrededor de ese trozo de plástico pegajoso.

—¿Y entonces? —preguntó Valentín.

—No sé.

—Pero algo tienes que recordar... Has pasado fuera muchas horas.

Thea movió negativamente la cabeza, alzo ambas manos y se frotó el rostro, y cuando las separó pudo ver el nombre en su brazo. Un nudo se formó en su garganta y de nuevo esa sensación de no poder respirar.

—Ssshhhh tranquila.

Valentín la abrazó con fuerza, ella hundió la cabeza en el hueco que formaba entre su brazo y su pecho y empezó a llorar, pero consiguió dominar ese primer momento de ansiedad y mitigarlo con ese abrazo. No podía volver a perder el mundo de vista y el calor del cuerpo del chico la reconfortaba.

—¿Quién debe ser? —Abril pasó el dorso de la mano por sus mejillas arrastrando las lágrimas.

—¿Ruth Calaf no es cómo se llama la nueva de lengua?

Thea convulsionó entre los brazos de Valentín que la apretó con más fuerza y besó su pelo, apartándose un poco después. Todos se miraron, estaban visiblemente asustados, pero intentando parecer valientes. Alex se levantó con dificultades, le temblaban hasta las rodillas, pero también quería demostrar al resto que era «fuerte». Recogió todo lo de la mesa y se lo llevó a la cocina donde lo dejó ordenado y limpio, soltó el aire de sus pulmones de un fuerte y único soplo, mientras se aferraba al borde del mármol. Tomó aire y salió de nuevo fuera, donde todos estaban preparados para salir.

—¿Dónde vamos? —preguntó cogiendo su gorro y poniéndoselo.

—Mi madre empieza a trabajar en un rato, podemos ir a mi casa —ofreció Morgana.

Thea se dejó llevar, casi arrastrar por sus amigos. El sol empezaba a despuntar, aún se precipitaban cuatro copos despistados, que hacía que las

calles parecieran más desoladas y tristes. Por más que intentaba recordar qué era lo que había ocurrido, al igual que las anteriores veces, no era capaz. Todo se difuminaba, como si fuese una película de cine y de pronto se hiciera un fundido en negro, después de eso, nada. La nada más aterradora y absoluta. Una nada que sabía que era algo, esas horas en las que sabía que había estado allí, pero no podía ubicar, y esa incertidumbre la tenía aterrorizada. Ese lapso color de noche cerrada, hasta la que la voz de Valentín la había hecho volver de dónde se encontraba. ¿Cómo había llegado al bosque? ¿Por qué le dolía tanto todo el cuerpo? ¿Qué había pasado? Qué... Qué... Qué...

—Quítate la chaqueta —Abril la ayudó y la acompañó hasta el sofá.

—Si ninguno va a clase, va a ser muy descarado.

—Yo me quedo con ella —dijo Valentín ante la atónita mirada de Morgana — no soy de saltarme las clases, si llamo para decir que no me encuentro bien no dirán nada, son las ventajas de tener un expediente intachable.

—¡Joder! Hoy que tengo un buen pretexto —se quejó la morena— Abril ¿quieres cambiarte de ropa? —ella asintió— Vamos.

—¿Tienes algo que no sea negro?

—No.

Las vieron subir hacia la planta superior. Alex se sentó al lado de Thea cogiéndola de las manos, besó su mejilla y acarició su pelo. No sabía muy bien qué hacer o decir. Las chicas no eran su fuerte.

—Hoy no trabajo —miró entonces a Valentín que asintió con un simple golpe de cabeza— os busco después de clase.

Entre Morgana y Abril, ayudaron a Thea a cambiarse de ropa y limpiaron los restos de tierra de sus manos y cara. Morgana cepilló con cuidado su rubia melena, y cortaron el mechón donde el chicle había quedado adherido. Lo hicieron todo en silencio, y cuando terminaron Thea se dejó llevar hasta el

sofá. Parecía medio adormilada cuando se fueron. Valentín se sentó a su lado observándola. Bajo la manga se intuía el delicado trazo de ese nombre. Pasó las manos por la cara, intentando arrastrar así el cansancio que volvía a sentir, los nervios, la incertidumbre...

—Voy a hacer café —le susurró no muy convencido de que la chica le escuchara.

Removió los armarios de la cocina hasta que consiguió localizar lo necesario para prepararlo. Nunca había estado en casa de Morgana, su madre llegaría al medio día así que debía dejarlo todo en su sitio e irse, antes de que la mujer llegara. Mientras esperaba que el agua subiera observaba hacía el exterior, aunque sin fijar la vista en nada en concreto, absorto en sus pensamientos más que en otra cosa, concentrado en esos pequeños copos de nieve que revoloteaban movidos por el aire. No se dio cuenta que Thea se había levantado, hasta que notó su mano tocándole el brazo.

—¡Joder!

—Perdona.

—Tranquila, ¿estás mejor?

—No.

—Imagino. ¿Café?

—Porque no —se sentó en la minúscula mesa de la cocina.

Tenía las palmas de las manos arañadas, como si se hubiese caído, acarició uno de los cortes y al hacerlo la herida sangró un poco. Valentín sacó dos tazas y vertió un poco de líquido en ellas. Thea le observaba, era algo más alto que ella, de complexión atlética que seguramente se debiera a un metabolismo afortunado, pues nunca le había visto hacer deporte. Pero sí estudiar, era aplicado y resolutivo, Abril decía que quería hacer algún tipo de ingeniería. Pero lo que de verdad hacía especial a Valentín es que era una

buena persona, y eso se notaba a la legua, tampoco es que él intentara ocultarlo. Era un buen tío.

—A Abril le gustas, lo sabes ¿verdad?

No dijo nada, ni se giró, Thea dudó que la hubiese escuchado, pero el tintineo de las tazas y algo de café derramado por el mármol de la cocina, dio la confirmación a que se había hecho eco de ese comentario. Thea, a pesar de todo, no pudo evitar sonreír. Lo necesitaba. El temblor de las manos de Valentín le había delatado y se alegró, de que lo que sentía su amiga fuese correspondido. El chico se giró con precaución, intentando no derramar nada más y dejó una de las tazas frente a ella para después acercarle el azúcar. ¿Quién diablos guardaba el azúcar al lado de las bolsas de patatas y frutos secos? Le había costado encontrarlo. Valentín la miró aún sin articular palabra. No era un tema del que quisiera hablar, pero entendía que Thea necesitara evadir la mente, aunque solo fuesen unos minutos, sin embargo igual de complicado se le antojaba hablar de lo que sentía o no por Abril, cómo de lo que acababan de vivir. Ruth Calaf iba a morir, y eso era algo que ninguno de los dos perdía de vista. Solo que, en ese momento, Thea necesitaba desesperadamente anclarse de nuevo a la realidad, aunque fuese ilusoria, de una joven normal de su edad.

—Yo... —empezó, pero enseguida se dio cuenta que no tenía ni idea de cómo continuaba esa frase.

—Sois amigos desde hace mucho.

—Desde pequeños —confirmó.

—Está enamorada de ti.

—¿Te lo ha dicho ella?

—No hace falta, solo tienes que ver cómo te mira —Thea se sorprendió cuando las mejillas de Valentín se colorearon, siempre parecía algo distante, muy maduro, como un paso por encima de ellos, pero ahora lo veía diferente, inseguro, nervioso... Normal, y eso le gustaba.

—Mi vida es como ese armario —dijo señalando una puerta del mueble bajo de la cocina de casa de Morgana.

Thea se levantó despacio y con curiosidad la abrió, dos tapaderas de plástico transparente se precipitaron al suelo. En su casa siempre había pasado igual, nunca encontraba la tapadera que correspondía al recipiente, su madre siempre se pasaba un buen rato buscando y haciendo pruebas, hasta que encontraba algo que encajara. El armario de los *tuppers*.

—¿Un caos? —dijo dejando de nuevo las tapas dentro y cerrándolo antes de que cayera algo más.

—Un absoluto caos.

—No lo parece, siempre aparentas tenerlo todo bajo control.

—¿Bromeas? —ella negó con la cabeza— Pues, en absoluto. Pura fachada.

—Me gustaría entonces saber actuar como tú —en su rostro se dibujó una sonrisa apenas intuida— ¿Pero qué tiene que ver Abril en todo esto? Ella te gusta.

—Parece más una afirmación que una interrogación.

—Lo es. Afirmo y confirmo, que sientes algo por ella.

—Nos conocemos desde que éramos niños.

—Eso ya me lo has dicho. ¿Piensas en ella cuando te acuestas? —a Valentín le traicionó una estúpida sonrisa— Y es en lo primero que piensas, cuando te levantas. Eso amigo, es amor u obsesión enfermiza, pero no creo que sea ese el caso.

—Ya Thea, pero las cosas no son tan fáciles, yo es que...

—El amor acojona.

—Buena frase —Valentín sonrió—. Siento que ahora no es el momento, es todo muy... complicado.

—¿Me lo dices a mí? —dijo alzando la manga dejando al aire el tatuaje.

—Lo siento, ¿tú cómo estás?

—¿Además de loca?

—Sabes que ninguno de nosotros pensamos que estés loca, ¿verdad?

—Es un alivio, no creas. ¿Piensas que puede tener algo que ver con el accidente? —inquirió al tiempo que tiraba del pañuelo dejando la cicatriz de su cuello expuesta— Estuve clínicamente muerta.

—Pues... —Valentín escondió su contrariedad tras la taza de café que acercó a sus labios, alargando así el momento de responder, ya que no sabía qué decir.

—Me pregunto si alguien tenía el nombre de mi padre y de mi hermana tatuados en el brazo, y si intentó evitar el accidente... No sé... Llevo desde hace días repasando las horas anteriores a cuando mi padre nos recogió, intentando averiguar si alguien...

—No lo hagas, ¿de qué te sirve eso? Aparte de para hacerte más daño.

—Lo sé, pero no lo puedo evitar —Thea tomó un pequeño sorbo del líquido amargo, se dio cuenta que no le había echado el azúcar y no pudo evitar una pequeña mueca—. Quiero salvarla.

—¿A Ruth? Lo haremos.

—¿Plural?

—Por supuesto —él le sonrió— y sobre lo otro...

—¿Abril? —Valentín asintió y ella no pudo evitar sonreír de nuevo— No diré nada, pero...

—Ya... O me espabilo o algún día se fijará en alguien mejor.

—No —dijo ella tajante—, puede que se fije en otro alguien, pero jamás sería mejor que tú.

CAPÍTULO 9

Habían pasado dos días desde la fatídica noche. Descartaron a todas las posibles Ruth Calaf y ya solo quedaba una en la lista. Solo una. Ella.

Thea estaba sentada en una de las plataformas de madera del parque que había frente al instituto, comiendo pipas y tirando las cáscaras al suelo. La habían estado observando, acababa de terminar la carrera, era joven, vestía bien, a diferencia de muchos otros profesores, siempre saludaba en los pasillos. Sus clases eran divertidas y dinámicas, buscaba la manera de llamar la atención de sus alumnos, sobre lo que explicaba. Llegaba a primera hora, aparcaba frente al instituto y comía en el comedor del centro, a pesar de que la comida era bastante mala. Thea seguía con la mirada fija en ese Seat Ibiza de color blanco.

—Todo han sido accidentes de coche —murmuró más para ella que para el resto—. Desde lo de mi padre y mi hermana, todo han sido accidentes de coche.

—¿Habría conexión? —Alex terminó su refresco y lo lanzó, con bastante mala puntería, a la papelera más cercana.

—Esto es una locura —Abril llevaba dos días que no pensaba en otra cosa, no podía dormir, ni comer, y apenas dejaba de llorar. Su madre empezaba a estar preocupada, aunque imaginaba que algún chico tenía la culpa del estado de su hija— ¿Qué hacemos?

—Hoy es el tercer día.

Thea miró a Morgana, la última que había hablado, hoy era el tercer día, si algo tenía que pasar, si todo seguía la misma línea, el mismo curso, hoy era el día. Volvió a mirar el coche blanco.

—Puede que nos crea —todas las miradas se dirigieron entonces a Abril—, si se lo explicamos, puede que ella nos crea.

—¿Estás loca? —Morgana escupió el chicle— si no la creímos nosotros... Nos tomarán por locos.

—Pero ahora tenemos el tatuaje —se defendió.

—¿Y? puede habérselo pintado ella, puede... No sé... —Morgana encendió un cigarrillo—. No nos va a creer, los adultos nunca creen esas cosas.

—Por probar tampoco perdemos nada.

—Que me tomen por loca —Thea frotó con el dorso de la mano sus labios enrojecidos por la sal—. ¿Valentín?

Todos le miraron, llevaba bastante rato callado, sumido en sus pensamientos, absorto en todas esas ideas que iban y venían a su cabeza, que intentaba ordenar y dar sentido, sin demasiado éxito. Al fin y al cabo, se encontraba ante una situación casi imposible de creer. Volvió en sí, dándose cuenta que todos le estaban observando, como si él fuera a tener la respuesta. Pero no la tenía, ojalá, pero no era así, y se sentía frustrado. Se dejó arropar por el sonido del agua del riachuelo que pasaba justo por su lado, hasta perdió un segundo la mirada en esa espuma blanca que se formaba en el agua, cuando chocaba contra las rocas.

—No lo sé —soltó esas tres palabras con lentitud, espaciando una de otra, mezcladas cada una de ellas con un soplido.

—¿Le pinchamos las ruedas? —todos miraron en dirección a Alex— No sé... Así no podrá coger el coche.

—Y pedirá un taxi.

—¿Con el sueldo de profesora? Un lujo que no se puede permitir.

—Es una opción —bufó Thea no muy convencida.

—Sea lo que sea, debemos hacerlo ya —Valentín saltó del respaldo del banco.

—No. Sea lo que sea, DEBO hacerlo ya. ¡No! —se anticipó Thea a la protesta que estaban a punto de formular sus amigos— Con una a la que tomen

por loca, hay más que suficiente.

—No vamos a dejarte sola —argumentó Abril.

—Tiene razón —a Valentín le dolió tener que decir esas palabras— es mejor que nos mantengamos al margen.

—Pero...

—Nada de peros —sentenció Thea—, voy a ir a hablar con ella y tendrá que creerme.

La observaron como caminaba hacia la entrada del recinto escolar, incapaces de decir nada. Parecía un alma en pena, desde esa noche, Thea no parecía ella. Se había apagado, como si una sombra planeara siempre a su alrededor.

El instituto daba miedo a esas horas. Tranquilo y silencioso. Ni un grito, ni carreras apresuradas en los pasillos. Sin risas, ni llantos, ni burlas... Un edificio sin vida. Respiró profundo antes de golpear la puerta y aguardó en el pasillo a que desde dentro, alguien respondiera.

—Señorita Calaf... —dijo desde el quicio de la puerta.

—Sí Thea, dime.

—Necesitaría comentarle algo... En privado.

—Por supuesto.

Ruth salió al pasillo, Thea la observó, era la primera vez que tenía la oportunidad real de salvar a alguien, sentía como le sudaba la frente a pesar del frío y como su corazón latía a un ritmo frenético. Las otras veces había sido imposible, pero esa vez todo estaba en sus manos. La muerte había decidido que era la hora de Ruth, y solo ella podía evitarlo. Notó como temblaba, todo su cuerpo convulsionaba y la voz se había secado en su garganta, volviéndose tan pegajosa que era imposible dejarla salir. Las palabras se aferraban a sus cuerdas vocales para no ser pronunciadas. Y delante de ella, esa mujer de apenas veinticinco años, de castaña melena y

ojos verdes aguardaba sin signos de impaciencia, a que su joven alumna se decidiera a hablar.

—Vamos a un lugar más tranquilo —dijo entonces la mujer, viendo los nervios en su alumna.

Thea siguió los pasos de la profesora en dirección a una de las aulas vacías, miró a su alrededor, la oscuridad de esos pasillos solitarios se cernía sobre ella, y por un momento pudo hasta vislumbrar a la muerte acechando tras cada oscuro rincón de ese instituto.

—Tú dirás —la animó cuando entraron en una de las clases, y Thea la maldijo, porque hubiera aparecido ese nombre en su brazo.

—No sé muy bien por dónde empezar, porque sé que no me va a creer.

—Si vienes a decirme que tu perro se ha comido tu trabajo del viernes ya te digo yo que no, no te voy a creer, si es alguna otra cosa prometo que te escucharé e intentaré ayudarte.

—Va a morir —soltó sin más paliativos, arrepintiéndose en el mismo instante que las palabras abandonaron su boca. La expresión de Ruth cambió de la más dulce comprensión, a la más notoria incredulidad— Joder... —murmuró Thea nerviosa— A ver, espere, escúcheme... tuve un accidente, en Suecia, mi padre y mi hermana murieron por eso nos trasladamos aquí, ¡espere! —dijo antes de que pudiera interrumpirla— desde entonces —prosiguió de carrerilla, como si tomar aire fuese un lujo que no pudiera permitirse— tengo crisis de ausencia que han ido aumentando con el paso de las semanas, y a veces son muy fuertes, no recuerdo nada, ni qué he hecho, ni dónde he estado...

—¿Tu madre sabe algo de lo que me estas contando?

—¡No! Mi madre no tiene nada que ver en todo esto...

—Thea es que...

—Cuando despierto de esas ausencias, un nombre aparece en mi brazo, ve

—dijo subiéndose la manga— esta vez ha aparecido el suyo.

—¿No...? —la profesora pasó la mano por su pelo, no entendía qué pretendía decirle su alumna, ni por qué se había escrito su nombre en el brazo.

—Los otros nombres antes del suyo desaparecieron, sí, hubo otros nombres... y esa gente murió. Así que usted va a morir.

—Ya está bien Thea.

—Lo digo en serio, va a tener un accidente de coche.

—¡Basta! —Ruth miro de lado y lado de esa aula vacía— No me gustan esta clase de bromas.

—¡Pero no es una broma! —bramó Thea perdiendo el control— Se lo digo de verdad.

—Thea pretendes que crea que... —se encogió de hombros, pues no sabía ni como seguir con esa frase.

—Sí, sí, sí. Pretendo que me crea, quiero salvarle la vida... Déjeme salvarle la vida.

—Me veré obligada a hablar con dirección si sigues por este camino.

—¡¡¡Tiene que creerme!!! —gritó agarrándola del brazo y empezando a llorar desesperada— Por favor, tiene que creerme señorita Calaf, usted va a morir, por favor... Se lo suplico... Hágame caso...

—¡Basta! —la empujó para que la soltara— ¡Basta! ¡Basta! Lo siento, pero voy a hablar con el director...

—No coja su coche, no se acerque a ningún coche, puede que la atropellen o que tenga un accidente, no lo sé, solo sé que si no hace algo hoy, morirá. Puede que, aunque lo haga muera igualmente.

La sensación de asfixia que sentía en ese momento cesó, cuando la mano de la señorita Calaf se estampó de manera bastante violenta en su mejilla. Ambas enmudecieron en medio de esa aula. La mano de Ruth fue directa a sus labios, su rostro mostró una expresión de horror ante lo que acababa de hacer. Frente a ella, Thea seguía anegada en lágrimas en una evidente crisis de ansiedad, o estado de shock, y ella no había sabido reaccionar.

—Llamaré a tu madre para que venga a recogerte —dijo con temblor en la voz.

—Por favor... Créame, se lo suplico...

La puerta de esa aula se cerró y Thea se quedó allí sola. No notaba el dolor en la mejilla, a pesar de que se le había enrojecido. Nadie la creía, porque era una absoluta y completa locura, sin embargo, era real. Tan real, como que tenía que hacer todo lo que estuviera en su mano para evitar que esa mujer muriera. Imaginó como alguien hacía lo mismo cuando Vera murió, puede que no se dieran cuenta, pero se aferró a la idea de que alguien hizo todo lo que pudo, para que ese día ellos no cogieran el coche.

Caminó con decisión hacia la salida del instituto. Un dolor empezó a nacer en la palma de sus manos, apretaba tan fuerte los puños que sus uñas se clavaban en la piel, desgarrándola ligeramente, reabriendo las heridas de aquella noche. Al pasar frente una de las puertas cerca ya de la salida esta se abrió despacio, una corriente de aire, puede que estuviese mal cerrada, o simplemente que fuera el destino. Thea desvió un instante la mirada al interior de ese cuartillo, la oficina de mantenimiento, no lo pensó dos veces cuando se adentró para hacerse con un destornillador, que no tenía ni idea de si podría ser capaz de usar.

La tarde se había fundido con la oscuridad haciéndola parecer negra noche, los días eran ya insultantemente cortos, y fríos, muy fríos. Tanto que cuando el aire sopló la sangre, se le heló dentro del cuerpo. En el parque no había rastro de sus amigos. Era mejor así. En su punto de mira, ese Seat Ibiza blanco. Tragó saliva y apretó la empuñadura del destornillador, como si fuese un arma, como si todo dependiera de esa mezcla de metal y plástico que sujetaba en la mano.

La alzó y descendió con fuerza, con tanta como fue capaz, un ligero «ppppffff» seguido del sonido del aire al salir, se hizo eco de pronto. Thea sonrió satisfecha. En menos de un minuto las cuatro ruedas habían perdido todo su esplendor y reposaban flácidas sobre el asfalto. Se sintió satisfecha y dolorida, asustada y con la esperanza de haber logrado su objetivo.

—¿QUÉ? —el grito la sobresaltó —¡NO! Joder... No, no, no...

Ruth Calaf no podía creer lo que veían sus ojos. Un destornillador de mango verde descansaba sobre la calzada, mientras que aún pudo ver como terminaba de perder todo el aire la última de las cuatro ruedas pinchadas. Thea seguía con los ojos llorosos, pero con cierta satisfacción en la mirada. Sin embargo, no hizo amago de huir, de esconderse o echar a correr, permanecía al lado del coche, con esa media sonrisa pintada en el rostro. Por la esquina, un coche amarillo giró iluminando con un haz de luz la macabra escena.

—¡Voy a denunciarte! —gritó Ruth sin poderse ni querer controlarse—
¡Voy a hacer que te expulsen!

El coche amarillo culeó debido al helado pavimento. Del interior del edificio salieron un par de profesores más, así como algún alumno rezagado.

—No vas a salir impune de esta, ¿me has oído? —vociferó Ruth dando un paso hacia ella.

—¿Qué ha pasado? —inquirió el director del centro cuando salió a la calle alertado por los gritos, todavía con la chaqueta en la mano.

—¡Está loca! —gritó la profesora dando un nuevo paso en dirección a Thea.

El sonido de las chirriantes ruedas del coche amarillo cortó la escena, Thea apenas tuvo tiempo de reaccionar cuando se apartó de la trayectoria del vehículo fuera de control. Desde el suelo pudo ver como este alzaba por los aires a la profesora de lengua que, después de tres segundos que para todos fueron eternos, terminó tendida en el frío pavimento, al lado de su Seat Ibiza blanco con las ruedas deshinchadas.

Después de esos tres segundos en que todo había transcurrido a cámara

lenta, todo se aceleró. Al sonido de cristales rotos le siguió el de un grito desgarrador, pisadas apresuradas, y murmullos alrededor. Unas manos que la alzaron del suelo, aunque su vista seguía imantada en ese cuerpo sobre el pavimento, la sangre había empezado a formar un charco, y el olor... Olor a muerte.

—Llévensela de aquí —ordenó una profunda voz.

Y alguien hizo caso, porque empezó a ser arrastrada hacia atrás, aunque ella no se quería ir, quería protestar, quería que la soltaran, correr al lado de Ruth y saber si estaba bien... Puede que, si no hubiera dicho nada, si no hubiese entrado a hablar con ella, si no hubiese pinchado las ruedas... si... si... si... Si ella siguiera en su despacho como cada día, no habría salido hasta pasadas las siete, como cada día, ¿qué hora era ahora? Todo le daba vueltas, ¿qué hora era? ¿Eran más de las siete? Puede que si ella no hubiese intervenido ese coche hubiera girado la esquina, hubiese perdido el control, hubiera culeado sobre el resbaladizo asfalto, y el experto conductor habría terminado recuperando el control.

—Thea... —olor a chicle de fresa y la calidez de un abrazo la hicieron reaccionar— Tú estás bien, ¿verdad?

¿Estaba bien? NO. Ella la había matado. Todo había sido por su culpa, si no hubiese hecho nada, Ruth estaría viva.

—Thea joder dime algo... —imploró Denis que la zarandó en un burdo intento de que reaccionara— ¿Estás herida?

—¡Ha muerto! —gritó ella perdiendo definitivamente el aplomo y todo el control.

Intentó soltarse y volver sobre sus pasos hacia la entrada del instituto

desde donde llegaban voces y gritos, pero no logró moverse de donde estaba. Denis aferraba su cuerpo con fuerza, e impedía que ella pudiera moverse.

—¿Qué ha pasado? Joder... no estás herida ¿no? —seguía preguntando él cada vez más nervioso— ¡Maldita sea! —gruñó mientras seguía comprobando que estuviese ilesa, y soltó un soplo de alivio, al ver que Thea no había sufrido ningún daño.

La abrazó de manera temblorosa, había sido todo tan rápido, iba a buscar la moto cuando había escuchado el frenazo y de pronto, algo que había salido despedido por los aires. No iba a poder olvidar esa escena en lo que le quedaba de vida. Apretó con más fuerza el cuerpo de Thea contra él y en un impulso buscó sus labios.

Thea dejó que el sabor a fresa ácida invadiera su boca. No reaccionó hasta que la voz de Abril les sorprendió a su espalda, entonces empujó ese abrazo y desterró ese beso, para correr a refugiarse en los brazos de su amiga.



—¿Se puede saber qué diablos te pasa Thea? ¡Expulsada! Esta tarde tenemos la visita con el psicólogo del colegio y...

—No voy a ir.

—No es una negociación.

—Me da igual, no pienso ir.

—Thea, cariño...

—No cambies ahora de estrategia, el rollo poli bueno poli malo no funciona cuando solo lo hace uno.

—¡Se acabó! —gritó Carmen— Vete a tu cuarto.

—¿Crees que tengo cinco años?

—Creo que estás intratable, creo que he hecho todo lo que está en mi mano por ayudarte, pero no me dejas, creo que debería haberte llevado al psicólogo antes, puede que no hubiésemos llegado a este punto.

—¿Qué punto?

—Este... ¡Este! ¡Este! El punto en que mientes, que te saltas las clases, que entras y sales sin dar ningún tipo de explicación... Este en que cometes actos de vandalismo... Ohhh por Dios bendito, pero por qué le pinchaste las ruedas a la pobre señorita...

Carmen se sentó en la mesa de la cocina, aún con la mirada fija en su hija y no pudo evitar volver a llorar. Cuando esa profesora, esa tal Ruth, la había llamado hacía dos días, se había quedado muy preocupada con lo que le había dicho, pero al bajar... Las luces azules rompiendo la tranquilidad del cielo, las sirenas y esa ambulancia adelantándola a toda velocidad. Volvió a vivir algo que sabía que no podría soportar. Esos dos días que habían pasado habían sido muy convulsos, la policía, las declaraciones... Thea y la señorita Calaf, estaban en el lugar equivocado en el peor de los momentos, ese conductor dio muy por encima la tasa de alcoholemia. Carmen fue al funeral de la joven profesora y lloró, lloró viendo a sus familiares y amigos destrozados, lloró porque en el fondo se alegraba de que en ese féretro estuviera ella y no Thea.

—No puedo perderte —susurró enterrando la cara entre las manos— si ese coche... Si tu... No quiero ni pensarlo.

—No era mi momento, era el de la señorita Calaf —y la seguridad y serenidad de sus palabras no solo alertaron a su madre, sino a ella misma.

—Esta tarde irás al psicólogo del instituto, y no hay nada más que hablar.

—Será que tú, no tienes nada más que decir...

—Vete a tu cuarto Thea, por favor —la voz de Carmen sonó alarmanamente agotada.

Thea quiso replicar, pero al final decidió que era mejor callarse. Su madre

estaba preocupada, era normal. Todos estaban en estado de alerta. Había sido una desgracia, un accidente desafortunado, una tragedia inesperada... Inesperada... Esa palabra martilleaba dentro de ella, como uno de esos pájaros carpinteros que se veían en los dibujos animados. Inesperada. Nadie imaginaba que escasos minutos antes, ella había intentado advertir a la profesora Calaf de su inminente muerte. Bueno, nadie no, sus amigos lo sabían, y estaban todos tan consternados como ella misma.

Cuando cerró la puerta de su habitación ahogó un grito.

—Sssshhhh ¡loca!

—¿Qué haces aquí? y... ¿Cómo has entrado?

—Por la puerta mientras discutías con tu madre. En serio, la manía que tenéis de no cerrar las puertas.

—Y el motivo de que casi me des un susto de muerte es...

—Hemos decidido no dejarte sola y me toca el primer turno —Morgana se sentó encima de la cama recogiendo los pies sobre ella— si no te quedas ni un solo instante sola, no podrás volver a desaparecer, si no desapareces no habrán más nombres en tu brazo.

—Vaya...

—Ha sido idea de Valentín y oye, por probar...

—Me gusta la idea —Thea se sentó a su lado, su pelo negro había perdido parte de su esplendor y brillo y cerca de la raíz se adivinaba un tono mucho más claro, casi rubio.

—Deja de mirarme—gruñó— es culpa tuya que no tenga tiempo ni de teñirme.

—¿Por qué te tiñes de negro?

—Y por qué no —se dejó caer sobre la almohada—. Tu madre está histérica, pero supongo que es normal, lo está la mía que no sabe ni que estaba allí.

—Quiere que vaya al psicólogo.

—Ve.

—¿Y qué le digo? ¿Qué me aparecen nombres tatuados y la gente muere?

—¡Claro! —gritó de pronto alzándose y recuperando a posición vertical—
Así te recetarán pastillitas de esas chulas y nos marcamos una fiesta.

Ambas soltaron una carcajada que sofocaron antes de que nadie pudiera escucharlas

—Tengo miedo de que vuelva a pasar.

—¿Te cuento un secreto? Yo estoy acojonada —dijo Morgana bajando mucho el tono de voz—. Todo esto me da miedo, pero sobre todo de que el siguiente nombre sea el de uno de nosotros.

Ambas se miraron y el silencio se condensó a su alrededor, como una nube negra que pronto les impediría hasta respirar. Consciente de ello Morgana se levantó de la cama, miró la sencillez de la habitación, había solo un par de fotos, pero nada más, ni dibujos, posters ni nada que le diera personalidad o calidez, como si Thea albergara aún la esperanza de que eso fuese temporal. Bajo la ventana estaba la mesa y sobre ella, algunos de los libros y libretas del instituto.

Thea abrió el armario y sacó ropa limpia para cambiarse. Cepilló su pelo y lo recogió en una coleta. No tenía ganas de ir al instituto, volver a pasar por el lugar del accidente tan «inesperado» y mucho menos, tener que hablar con ningún psicólogo. Pero si no lo hacía su madre se volvería loca. Cogió el brillo de labios y lo deslizó sin muchos miramientos por los labios.

—Eres guapísima —había olvidado que Morgana estaba tumbada en la cama—, deberías maquillarte más.

—¡Thea! —gritó su madre desde la escalera— ¡Nos vamos!

—Llegó el momento me piro —entonó Morgana—. Ya sabes como la canción de Estopa —Thea dudó, pero finalmente negó con la cabeza—, te tenemos que hacer un intensivo.

—Thea no quiero llegar tarde... Vaya, María, no... ¿Cuándo...? —Carmen miró con curiosidad— No te he visto entrar.

—Sí, bueno... Solo quería saber cómo estaba Thea.

Carmen sonrió, cuando llegaron a Lleida había temido que a Thea le costara integrarse. El idioma era un inconveniente, y el hecho de que ella no quisiera estar ahí, de no aceptar ese cambio que calificaba de temporal, aunque de temporal no tenía nada... Temió que le costara abrirse y hacer amigos, pero de pronto todo era Abril y Morgana por ahí, Valentín y Alex por allá. Jamás podría agradecerles lo bien que habían aceptado a su hija, y se sentía sumamente aliviada viendo a Thea feliz... Al menos empezaba a estarlo hasta que... De nuevo la asaltó la idea de que el destino era extremadamente cruel. ¿Por qué tenía que haber pasado lo de esa profesora...? ¿Por qué delante de Thea? Parecía una macabra broma del destino.

—¿Quieres que te acerquemos al pueblo?

—No, gracias, me quedaré a comer en casa de Abril.

—Si quieres —empezó Carmen abrochándose ya la chaqueta— cuando terminemos con eso puedes ir con ellas...

—Genial.

Carmen se despidió de Thea delante de la puerta del instituto, quería haber entrado con ella, acompañarla, hablar con el psicólogo cara a cara y no solo por teléfono, pero tan solo llevaba unas semanas trabajando en la tienda, y hasta que no encontrara algo mejor, eso era lo que le daba unos pequeños ingresos, al menos para poder ir tirando.

Thea observó como el coche se alejaba calle abajo, giró sobre su propio eje y dio un primer paso para alejarse del instituto, pero algo hizo que se detuviera.

—Dudas, dudas, dudas... —la teatral voz de Alex la sorprendió a su

espalda— soy el segundo turno.

—No pensáis dejarme ni un momento a solas.

Thea no pudo evitar sonreír y enlazó su brazo con el que Alex le ofrecía y caminaron juntos, hacia la puerta de su particular tormento. Alex era un chico especial, tenía el pelo castaño y siempre bien peinado, sus ojos marrones, y su peculiar forma de encarar la vida le hacían ser, como solía llamarlo Morgana, todo un personaje. Thea le observó de reojo, siempre lucía una máscara de perenne felicidad, pero si uno se paraba a observarlo bien, muchas veces la tristeza podía adivinarse en el brillo de sus ojos. Abril le había explicado lo mal que se lo habían hecho pasar algunos compañeros cuando llegó al instituto.

—Milady —exclamó haciendo una reverencia al llegar frente a la puerta del despacho del psicólogo—, estaré esperándote.

—No hace falta...

—Justo ahí —dijo señalando las escaleras ignorando su comentario.

—Gracias.

—Averiguaremos lo que está pasando —le susurró y besó su mejilla—. Nos vemos en un rato.

Había pensado mucho en qué iba a decir. Le dolía usar el pretexto de sus pérdidas para justificar sus actos, pero en el fondo, ese accidente era el que lo había cambiado todo, así que, en realidad, no podía considerarse que estuviera mintiendo. Solo obvió comentar lo de los nombres y las muertes, eso prefirió guardárselo para ella. No tardó mucho en dejar escapar la primera lágrima, y a esta le siguieron otras, hasta que se vio sumida en un mar de tristeza frente a ese desconocido que, a pesar de querer ayudarla, no podía. Thea lo sabía, pues estaba convencida de que nadie podía hacer nada por ella. Y de nada le servía que ese hombre, a pesar de hacerlo con toda su buena intención, le dijera cosas como que tenía que aprender a afrontar la pérdida, aferrarse a lo bueno que le ofrecía la vida, disfrutar de cada pequeño

momento... Cuando se hubo serenado salió de ese despacho, con la sensación de haber perdido el tiempo, aunque a decir verdad llorar le había sentado bien. Y tal como le había dicho, Alex estaba sentado en los escalones, con la mirada perdida en su móvil, desde donde salía un cable hasta el auricular de su oído.

—No has tardado mucho —soltó mientras guardaba el móvil en el bolsillo—. ¿Cómo ha ido?

—Ha ido, que me tome las cosas con calma, que intente divertirme —fingió una mueca— ya sabes... Que intente ser normal.

—¿Quieres un café?

—Estoy algo cansada...

—Ok. Te acompaño a casa entonces.

—No vais a perderme de vista ni un segundo ¿no?

—Ni para ir al baño querida, ni para ir al baño.

CAPÍTULO 10

—¿Y Denis?

—¿Qué pasa con él? —preguntó Thea dejando la mochila a sus pies, esa mañana el autobús iba más silencioso que nunca, ya que la mayoría de los estudiantes iban dando el último repaso antes de los exámenes.

—Pues... no sé... te gusta, le gustas...

—Ahora no puedo pensar en eso.

—Puede que sea en eso en lo que debas pensar... —la voz de Abril se tornó un susurro— Hace días que no tienes una crisis.

—Lo sé —sopló Thea dejando caer su cuerpo hacia atrás— pero puede ocurrir en cualquier momento...

—O puede no suceder jamás. Eso no lo sabes Thea. Puede que Ruth fuese la última.

El autobús frenó de manera algo brusca justo frente al instituto y Thea sintió esa sacudida como una salvación. No tenía ganas de pensar en Denis, a pesar de que se colara casi a traición en sus sueños cada noche, pero ahora todas esas cuestiones se le antojaban algo banales, pues en su mente la muerte no dejaba de hacer acto de presencia, cada segundo, cada minuto, cada hora... La sensación de que la Parca estaba jugando con ella, que todo era una broma macabra y cruel del destino.

Llevaba días nevando y las calles estaban prácticamente intransitables, Thea se agarró al brazo de Abril y juntas, a paso lento, se dirigieron a la entrada al recinto escolar, donde Morgana encendía su segundo cigarrillo.

—Esto es mi suicidio educativo —se quejó Morgana— mi madre me va a matar.

—¿Has podido estudiar algo?

—No, he estado investigando y ahora sé un poco más sobre las fugas disociativas —dijo mirando a Thea.

—Y yo sobre las teorías de que, si uno dice que puede predecir una muerte, le encierran en un manicomio —soltó Thea.

—Estamos apañadas —se quejó Morgana.

—¿Apa...? —dudó Thea.

—Apañadas, significa que nos van a dar por culo... Sexo anal y sin vaselina, ya sabes.

Thea hizo ademán de volver a preguntar, pero se lo repensó. La verdad era que ella tampoco había estudiado, no podía concentrarse en nada que no fuesen sus ausencias, los tatuajes, las muertes... A pesar de que Abril y Valentín habían hecho un tremendo esfuerzo por ayudarla a ponerse al día, sabía que, como Morgana, ese era el inicio del final. Su madre la mataría, pero, en el fondo, eso tampoco le importaba demasiado.

—Tomad —soltó entonces Abril abriendo su mochila y sacando dos cabezas de ajo, una para cada una.

—¿Hay noticias de una invasión de vampiros y no me he enterado?

—No boba, es para desearte suerte, ¿verdad Thea?

—Aaahhhh...

—¿Es algún rollo sueco? Bueno... —dijo Morgana guardando los ajos en el bolsillo del anorak— sois un poco raros los del norte eeehhh... yo creo que la falta de vitamina D os tiene algo aturdidos.

Caminaron como ganado hacia el matadero, el ambiente era triste, cargado, totalmente negativo. A su alrededor chicos y chicas intentaban, haciendo un último gran esfuerzo, aprender alguna de las cosas que se suponía que, a esas alturas, ya debían saber. Thea entró en la primera clase y buscó con la mirada a Valentín, pero los azules ojos de Denis se cruzaron en su camino,

entonces su corazón, a pesar de ella no quererlo, dio un pequeño brinco y se aceleró cuando el chico se levantó y caminó hacia ella.

—Te he pedido perdón mil veces —susurró agachándose al lado de su pupitre—, te juro que no tuve nada que ver con lo del cerdo y...

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué no respondes a mis llamadas y mensajes?

—Estaba estudiando, no he tenido tiempo.

—Venga Thea, dame una oportunidad.

—¿Eso es lo que mató a un gato?

Denis no pudo evitar soltar una risotada, que hizo que muchos de los estudiantes se giraran en su dirección. Se puso de pie y sacudió las rodilleras de sus pantalones. Esa chica le tenía loco, no podía negarlo.

—Eso fue la curiosidad.

—Ah... Creo que todavía no entiendo muy bien qué significa eso.

—Es una expresión... Pero ¡no me lées! ¿Quedamos este viernes?

—No puedo.

—El sábado.

—Tampoco.

—¿Hay alguna posibilidad de que yo diga un día y tu respuesta sea sí? Y antes de que digas nada, ten en cuenta que la suerte no sonrío a los que dicen que no.

—No.

—Me estás matando Thea...

—Aún no estás en la lista —el rostro de ella se ensombreció un instante.

Valentín entró justo en ese momento y alzó la mano en su dirección a modo de saludo, dudó unos instantes si acercarse a Thea o no, pero viendo a Denis prefirió sentarse en su mesa y dar un último repaso antes de que repartieran el examen, aunque de reojo no podía dejar de mirar a su amiga.

—Pensaba que tú también eras gay —la voz de Beth hizo que Valentín se girara sobresaltado— ¿Se puede saber qué os pasa con la rubia esa? ¡Si está loca!

—Beth, mastica bien esa envidia, no vayas a atragantarte con ella.

—Imbécil —gruñó entre dientes— ¡la reina de las cerdas! —gritó entonces y un corrillo de estudiantes gruñó como lo haría dicho animal. Beth rio reconfortada—. Suerte en los exámenes —le susurró de nuevo a Valentín —, porque la batalla por la rubia la tienes perdida.

El día pasó con lentitud extrema, como si el tiempo se confabulara para que las manecillas del reloj retrocedieran el doble del tiempo que adelantaban. Thea suspiró con alivio cuando entregó la última prueba, y buscó con la mirada a Alex que le hizo un gesto para indicarle que pronto terminaba. La verdad era que ninguno de ellos había tenido mucho tiempo para estudiar, pero menos habían sido los ánimos de hacerlo. Cuando Alex y Thea entraron en la cafetería, el resto ya les esperaba en la mesa de siempre.

—No tengo ni hambre —exclamó Morgana—, solo quiero salir de aquí y fumarme un *piti*.

—Yo me comería un helado.

—¿Con este frío? Definitivamente la sueca se ha vuelto loca.

—Tengo que ir a trabajar —se quejó Valentín.

—Pues me voy contigo, quiero repasar un poco, ¿quién se queda con Thea? —preguntó Abril.

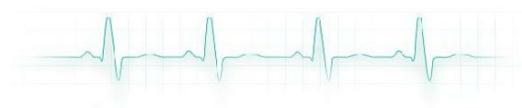
—Puedo...

—¡No! —exclamaron todos al unísono.

—Vete con ellos —le dijo Morgana.

—Yo quiero que estén solos —susurró con complicidad Thea y Morgana asintió con una sincera sonrisa.

—Nosotras nos vamos con Alex a tomar un chocolate caliente.



Aminoró la marcha cuando se acercó al sendero que rodeaba el bosque y descendía en perpendicular al acantilado de la cantera. No había vuelto a pasar por ese lugar desde el desafortunado encuentro con Beth, del cual aún no se había vengado, y puede que jamás lo hiciera, a decir verdad, todas esas cosas habían dejado de importarle. Era como si todo aquello ya no fuera con ella. El viento helado soplaba con fuerza y la nieve de las últimas semanas se había acumulado en los caminos, tenía la piel del rostro enrojecida y las puntas de los pies totalmente empapadas. Volvió a reducir la velocidad hasta que finalmente detuvo la carrera.

—Me dijiste que te parecía una idea genial —recreminó a una Abril que luchaba por recuperar el aliento.

—He cambiado de opinión, correr nunca es una buena idea, ¡jamás!

—¿No te gusta esta sensación de libertad?

—No.

—¿No te sientes libre? Como si nada importara.

—Puedo tener esta misma sensación en casa, calentita en el sofá, con un bol de palomitas y viendo una película.

Thea resopló. La falta de espíritu deportivo entre sus amigos era algo más que evidente, le habría gustado poder compartir carreras con alguno de ellos. Abril buscó un risco para sentarse, sentía que su corazón todavía latía con desmesurada fuerza y su respiración era agitada, que junto al aire frío del invierno, hacía que le dolieran los pulmones a cada inspiración. No podía

más. A decir verdad, desde hacía quince minutos que no podía más, pero Thea parecía tan absorta en la carrera, que a pesar de que había intentado llamar su atención para que redujera la marcha, esta no se había dado cuenta. Estaba agotada.

Thea tomó asiento justo a su lado y respiró con profundidad. Le gustaba el olor del frío, la nieve y la humedad. Era como volver a estar en casa. Detuvo el cronometro de su muñeca y se recostó un poco sobre uno de los troncos. Solo cuando corría se sentía libre, con cada metro que adelantaba, su mente iba quedando un poco más en blanco hasta que de pronto nada importaba, solo poder aguantar unos metros más. Contar hasta diez, diez segundos eran fáciles de soportar, y cuando llegaban esos diez volvía a empezar, de diez en diez segundos, y arañando siempre unos metros más. Puede que Abril no lo viviera así, puede que porque no se había sentido prisionera nunca, pero ella necesitaba correr, notar el frío en su cara y los pulmones a punto de no poder volver a respirar.

—El próximo día que te acompañe Morgana.

—¿Te la imaginas corriendo con sus botas de plataforma? —bromeó Thea.

—Pues puede alcanzar grandes velocidades, una vez que se quedaba sin tabaco y el estanco estaba a punto de cerrar... corrió como alma que lleva el diablo.

—¿Eso qué quiere decir?

—Es una expresión para decir que corrió muy rápido... ¿Estás mejor? Llevas días que no tienes ataques...

—Pero no podéis estar a mi lado para siempre.

—Bueno, lo tenemos bien organizado.

—Cuando me mudé aquí, tenía miedo de no ser capaz de hacer nuevos amigos.

—Vamos a estar a tu lado —susurró Abril asiéndola de la mano con fuerza — además somos los más guais del instituto, has tenido muuuuucha suerte.

—Lo sé —susurró con una sonrisa— he tenido la mejor de las suertes.

—Venga tonta, no te pongas ñoña que me vas a hacer llorar... ¡pica pica!

—¿Qué?

—Tenemos que recuperar electrolitos después de tanto deporte, vamos a mi casa, tengo pica pica.

La tarde fue cayendo entre risas y anécdotas compartidas. Abril era esa amiga a la que podías confiarle todo, cualquier cosa, con la plena certeza de que jamás te traicionaría y siempre estaría allí ayudándote a buscar una solución. En ese sentido, se parecía mucho a Valentín, Thea pensó en lo tontos que podían llegar a ser, pues ambos se gustaban, era más que evidente. Decidió entonces, sentada en la mesa de esa pequeña cocina, observando como Abril lamía de la palma de su mano, lo que habían acordado llamar «polvo de hada», que tenía que hacer algo para que dieran el paso.

Por la noche ambas se acurrucaron en la cama, y mientras escuchaban música, Thea se quedó dormida y soñó. Imágenes entremezcladas de su vida de antes con la de ahora, su hermana gritando, y Denis. Se despertó sobresaltada, empapada en sudor, pero enseguida los brazos de Abril la reconfortaron con un abrazo y sintió que, si bien jamás podría superar todo lo que había pasado, se alegraba de que ellos estuvieran a su lado.

Cada mañana cogían el bus y cada mañana, Valentín esperaba de pie al lado del banco cercano a la parada, cada mañana las saludaba y juntos los tres iban hacia la entrada principal. Cada mañana, sin excepción Valentín se quedaba con Thea hasta que el aula se había llenado, o había llegado el profesor, entonces se despedían y él corría por el pasillo para no llegar tarde a su clase. Cada mañana. Cuando ese miércoles bajaron del autobús, lo primero que llamó su atención no era el sol que hacía y que, de seguir así, fundiría hasta la nieve. Lo que las extrañó fue que Valentín no estaba donde de costumbre.

—Qué raro, voy a llamarle —dijo Abril sacando el teléfono— jooooo son las ocho, tengo el examen de estadística...

—No te preocupes, ve...

—No —respondió tajante.

—Abril, estoy en medio de la calle, hay gente por todos lados, mira, ahí está Beth mirándome con cara de odio, no creo que pueda desaparecer fácilmente.

—Te odia desde que Denis discutió con ella.

—Creo que ya lo hacía antes, lo de odiarme digo... Venga ve —la empujó — corre.

La observó alejarse a toda velocidad, arrastrando la mochila y tambaleándose hasta llegar al cruce y de ahí desaparecer tras uno de los muros. Suspiró y miró alrededor, Beth no le quitaba los ojos de encima, la miraba con tanta ira contenida que parecía que de un momento a otro iba a saltarle a la yugular. Ella y Denis habían discutido ¿era ella el motivo? Esa idea hizo que su corazón diese un vuelco, pero enseguida se serenó, no importaba, Denis no importaba, la verdad era que nada le importaba lo más mínimo, solo no volver a caer en la oscuridad.

—¡Eh tío, espera!

El grito de un chico a su espalda la sobresaltó, y al pasar corriendo por su lado la golpeó en el hombro haciendo que su mochila cayera al suelo. Se arrodilló para cogerla y aprovechó el momento para abrocharse el cordón de su zapatilla. Cuando se alzó de nuevo, Beth ya no estaba, ni ella ni ninguna de sus esbirros. Giró sobre sus talones, el bus había emprendido nuevo destino y, en el parque, no se veía un alma. El timbre sonó, pero a Thea le pareció un sonido lejano, amortiguado, casi irreconocible. Volteó sobre sí misma para comprobar que estaba sola. Un escalofrío recorrió todo su cuerpo cuando intuyó escuchar su nombre en un susurro. Apresuró el paso en dirección al instituto mientras notaba, en cada zancada, como el aire empezaba a ser negado a sus pulmones. Sintió vértigo, el vértigo de volver a caer.

—¡Valentín! —gritó aterrorizada.

Intentó centrarse en lo que la rodeaba, el parque, el río, la entrada del instituto. Repetía en voz baja donde estaba y a donde se dirigía, con la esperanza de que, al decirlo, no fuera a olvidarlo.

—¡Valentín! —volvió a gritar, aunque esta vez la voz se le atragantó en la garganta.

La mochila cayó al suelo y todo empezó a dar vueltas a su alrededor, llevó las manos al pecho donde su corazón galopaba frenético y sin control. Cerró los ojos y se repitió mentalmente que no podía perder el conocimiento, aunque sabía que, en ese instante, eso era ya casi imposible. Todo se tornó negro, abrió los ojos, o eso creyó, pero seguía engullida por la densa oscuridad, asfixiante y terrorífica. Intentó llamar a Valentín una vez más, pero no pudo...

—¡Thea! ¡Thea joder...!

Notó como una sacudida seguida de ese cálido y dulce olor a fresa ácida. Se obligó a abrir los ojos, le aterraba lo que pudiera ver cuando recobrarla la consciencia, pero hizo acopio de valor, y al hacerlo, pudo reconocer a Denis que la rodeaba entre sus brazos, mientras susurraba su nombre. Thea se alzó con rapidez y miró a su alrededor, estaban frente al instituto, el parque seguía desierto pero los coches circulaban con toda normalidad por la carretera principal.

—¿Estás bien? Me has asustado.

—Denis... —se dejó cobijar entre sus brazos, apoyando un instante la cabeza en su pecho, escuchando su acelerado corazón— ¿Qué hora es?

—Las ocho y cinco minutos, llegamos tarde.

—Solo han pasado cinco minutos... —susurró.

—¿Cinco minutos de qué? ¿Seguro que estás bien? —rodeó su cara con ambas manos y la apartó lo suficiente para poder mirarla a los ojos— Joder

Thea eres preciosa —dijo de manera pausada— necesito besarte.

—¿Qué?

—Voy a besarte —le anunció.

Sintió como sus manos se cerraban más en el contorno de sus mejillas y ese aliento a chicle que se acercaba peligrosamente hacia sus labios, las rodillas le empezaron a temblar y de nuevo sintió vértigo y pérdida de control, pero de un modo totalmente distinto a minutos antes. A lo lejos divisó una figura que caminaba hacia ellos, los labios de Denis rozaron en ese mismo instante los suyos, su corazón se aceleró, si es que había logrado serenarlo en algún momento. Identificó, en esa figura que daba grandes zancadas y tenía cara de preocupación, a su amigo Valentín. Los labios de Denis eran suaves y tiernos, y en pocos segundos su lengua empezó a luchar por abrirse camino dentro de su boca y esa perspectiva hizo nacer un cosquilleo en su interior, y a la vez un miedo atroz. Apartó al chico de un fuerte empujón y corrió hacia Valentín, que se había detenido a pocos pasos de ellos totalmente desconcertado y sin saber muy bien qué hacer.

—Lo siento, llego tarde y... —atinó a decir con un hilo de voz sin saber cómo reaccionar cuando una Thea llorosa aterrizó entre sus brazos— ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

Denis observó desde la distancia con una mezcla de sentimientos en su interior, nunca había tenido que esforzarse tanto por nada y esa sensación era, sin duda, refrescante. Pero cuando vio a Valentín abrazándola, sus esperanzas se quebraron, y sintió una punzada de celos en la boca del estómago. No estaba acostumbrado a no tener lo que se proponía, no era de los que tiraban la toalla con facilidad pero, tampoco se consideraba de los que hacían cualquier cosa por lograr su objetivo. Tenía en el punto de mira a Thea desde que la vio por primera vez, pero si ella había elegido a otro... se alegraba que fuese Valentín, era un buen tipo. Suspiró resignado observándoles una vez más, tragó saliva y se acercó a ellos un par de pasos.

—Le ha dado otro chungo de esos—intentó modular la voz para mostrar una total indiferencia—. No sabía que vosotros dos...

—¿Qué? ¡No!

—Está bien —dijo Denis alejándose y recuperando la mochila del suelo —, nadie me va a decir que soy un mal perdedor —y se giró en dirección al instituto.

—Deberías contárselo —le susurró Valentín a Thea.

—¿Estás loco? ¡No! —negó enérgicamente con la cabeza— Casi pierdo el control de nuevo.

—Y él lo ha evitado —Valentín estrechó más a Thea en su abrazo—, le gustas mucho.

—Y tú a Abril y no veo que hagas nada.

—Es diferente, complicado.

—¿Si? ¿Más aún que lo mío? Qué crees que va a pensar si le cuento que se me va la... aaahh....

—¿Olla?

—¡Eso! Se me va la olla y cuando recupero el conocimiento alguien muere... Yo te lo digo, pensará que estoy loca.

Valentín observó como Denis seguía caminando en dirección al instituto, lo conocía desde hacía muchos años, y a pesar de todo, sabía que era un buen tío, puede que algo engreído, pero a pesar de la *vendetta* que tenía Morgana en su contra, en el fondo se podía confiar en él. Dudó un instante más, pero era decisión de Thea a quien contar su secreto.

—¿Nos saltamos la primera clase y me cuentas qué te ha pasado? —Thea asintió— ¿Por qué estabas sola?

—Porque todo el mundo a mi alrededor ha desaparecido... Ha sido muy extraño... Pero esta vez sabía qué me iba a pasar, lo he notado, he sentido que estaba a punto de perder el control...

—Eso está genial —contestó cargando con la mochila de Thea.

—Genial no creo que sea la palabra —rebufó— si no llega a ser por Denis... Él me ha hecho volver.

Valentín quiso insistir entonces, pero guardó silencio. Thea parecía confundida, entre asustada y feliz. Era la primera vez que lograba evitar una de esas crisis, puede que ese fuese el secreto para parar esa locura, que aprendiera a identificar y controlar ese estado mental en el que a veces se sumergía.

La mañana había sido de lo más extraña. Abril se apresuró en el cambio de clase para ver si conseguía encontrar a Thea, pero no vio rastro de ella, así que regresó por el pasillo en dirección al aula de informática. Era una de las asignaturas que menos le gustaban, pues en gran medida lo único que hacían era perder el tiempo navegando por internet. Sin embargo, desde lo de Thea, aprovechaba esas horas para buscar información sobre lo que podía estar ocurriendo. Así era como había llegado a algunos foros de ciencia paranormal y conocido a gente, que afirmaba conocer gente, que había visto a gente que habían vivido experiencias similares. Abril se sentó frente a un ordenador, sacó la libreta donde iba apuntando datos de interés y buscó la dirección del último foro que había visitado. A su derecha una chica con la que apenas había cruzado cinco palabras en todo el curso, veía videos de *YouTube*. Abril miró el reloj, era casi medio día y sentía como sus tripas rugían sin cesar, en el momento que daba acceso al foro con su *nick* «chica misteriosa» la puerta del aula se abrió y observó a Denis entrar junto a otro par de chicos, los tres se sentaron en el ordenador libre que había justo delante de ella y, como ya venía siendo habitual, ninguno se percató de su presencia. A veces se planteaba si era invisible para esos chicos, de hecho, se planteaba que no fuese invisible para todos y cada uno de ellos, incluido Valentín. Suspiró con resignación y volvió a centrar la atención en esa pantalla de fondo negro y morado que daba la bienvenida al «Submundo de lo espiritual».

—¿Y vas a rendirte? —dijo alguien alzando un poco de más la voz.

—Ppppffff ¿Y qué quieres que haga?

—Yo pensaba que ese tío era gay, como siempre va con el otro moñas...

La verdad es que creía que eran pareja o algo así...

—Pues está claro que no lo es —se carcajeó el otro— y le ha levantado la sueca a Denis, vaya par de cojones, aquí hasta el más tonto pillá...

Abril apartó la mirada de la pantalla donde estaba leyendo sobre predicciones de la muerte, para centrarse en esa conversación, y de nuevo tuvo la sensación de no ser nadie, de ser totalmente transparente e insignificante. Hablaban de Valentín y Alex, estaba claro, y sin duda la sueca era Thea.

—Pues ahí mismo, delante de mí, en medio de la calle... Y después se han fumado la clase juntos.

«¿Valentín y Thea se habían saltado la primera hora?», pensó. Era lógico entonces que no la hubiese visto en el cambio de clase, y sin previo aviso el vello de su cuerpo se erizó, como si una ráfaga de viento helado hubiese cruzado el aula, pero esa sensación pasó, dando paso a una más intensa, focalizada en su estómago, que se comprimió de un modo que le hizo sentir un regusto amargo en la boca.

—No vas a dejar que «ese» se quede con la chica, ¿no? ¿Qué vas a hacer?

—Ya te he dicho que nada, que les vaya bonito.

—Pero a ti la rubia te mola...

—¡Joder claro, está tremenda! —rio Denis— Cuando se aburra del soso de Valentín, ahí estaré yo para darle caña de la buena.

Thea y Valentín, en medio de la calle, Denis, saltarse las clases juntos... la mente de Abril, siempre tan perfectamente ordenada, se sumió en el más absoluto caos, y ese sabor amargo inundaba su boca. Apagó el ordenador y se levantó con bastante torpeza, haciendo más ruido del que pretendía. Los tres chicos se giraron y ella cogió sus cosas para salir de ahí, no sabía muy bien hacia dónde, pero necesitaba tomar el aire. Antes de alcanzar la puerta, Denis

la interceptó.

—Abril...

—Vaya, sabes mi nombre —el tono de sarcasmo la sorprendió hasta a ella misma— tengo prisa.

—Tú sabías lo de Thea y Valentín, ¿no?

—Creo que estás confundido.

—A los hechos me remito —sonrió él, pero su risa era amarga—, ¿estás bien?

—¡A ti qué más te da! —gritó ella empujándole para que le dejara salir.

—¡Abril espera!

Corrió por el pasillo en dirección a la salida del instituto, Denis dio un par de zancadas tras ella, pero cuando vio aparecer a Morgana, desistió de su intento por alcanzarla, no le gustaba esa chica, le daba escalofríos.

—¡Eh! —Morgana cogió del brazo a Abril para hacer que se detuviera— ¿Qué te ha hecho ese imbécil?

—Thea y Valentín... —tragó como pudo las ganas de llorar y alzó la cabeza hacia su amiga que la miraba sin entender aún nada.

—Thea y Valentín... —la animó a continuar.

—¡Joder! ¿Eres cortita?

—Chis, no te pases —advirtió Morgana— sé lo que intentas decir, lo que me sorprende es que te lo hayas creído. ¿Eso te han dicho esos gilipollas? Es un plan muy retorcido, incluso para Beth.

—Ellos no sabían que yo estaba allí.

—Ya claro —gruñó con evidente sarcasmo— Abril... —dijo suavizando el tono— tía, en serio, sabes que eso no es verdad ¿no? Thea no te haría algo así, es rubia, pero es buena gente.

—No... No lo sé...

—Pues yo sí lo sé, vamos.

La cafetería estaba poco concurrida, Alex no había llegado, pero Valentín aguardaba en la misma mesa de siempre y las saludó alzando una mano cuando las vio aparecer. No pudo evitar fijarse en los ojos de Abril, empañados por lo que parecía un halo de tristeza, ¿se habría enterado de la nueva crisis de Thea? La miró con incertidumbre cuando ella se sentó frente a él, no a su lado como solía hacer. Osciló la mirada entre ambas chicas, muy calladas, y entendió que sí, que de algún modo sabían lo de Thea, puede que ella misma se lo hubiese contado.

—¡Eh! Que está todo controlado —dijo con desenfado— Lo único que Denis nos ha visto, pero bueno... —Abril miró a Morgana, y Morgana miró a Valentín. Se hizo un silencio de escasos segundos, uno de esos densos, amargos por un lado, desconcertante por otro— ¿Me he perdido algo? —inquirió el chico confuso.

—No lo sé, dímelo tú —retó Morgana—, ¿lo de Thea es verdad entonces?

—Sssssíííí... —dudó Valentín— pero esta vez no ha sido nada.

—¿Esta vez? —gimió Abril al borde del llanto.

—Definitivamente creo que me he perdido algo.

—¡Hello! —saludó alegre Alex acompañado de Thea.

—¡Eres una cerda! —espetó Abril clavando su iracunda mirada sobre Thea, cuando se dio cuenta estaba de pie, con los puños cerrados y aguantando las ganas de llorar.

Salió corriendo de la cafetería ante la atónita mirada de todos, sobre todo de Thea, que no entendía porque su amiga se había enfado con ella. No sabía el motivo, pero en su pecho noto el dolor.

—¿Os habéis liado?! —acusó entonces Morgana.

—¡QUÉ! —chilló Alex sin salir de su asombro.

—¿Liado? —Thea seguía de pie, frente a la mesa, con unas inmensas ganas de salir corriendo detrás de Abril pero sin atreverse a hacerlo— Quieres decir... ¿Como novios? —quiso asegurarse de que el idioma no le jugaba una mala pasada.

—No te hagas ahora la sueca conmigo.

—Morgana... —Valentín la miró con seriedad— Estás hablando en broma ¿no? ¿Eso es lo que piensa Abril? ¿Que Thea y yo...? —Morgana asintió— ¡Joder! y ¿de dónde ha sacado esa gilipollez?

—¿Novios? —repitió Thea mirando a Alex— Cree que somos novios, ¿eso es liarse? —Alex asintió.

—Ha escuchado como Denis se lo decía a alguien, entonces, ¿no es verdad?

—¡Claro que no! —exclamaron los acusados a la vez.

—He tenido otra crisis... Y Valentín me ayudó y nos hemos ido a tomar un café... Denis estaba ahí y...

—¡Por eso has dicho que Denis os había visto!

—Creo que ando perdido —Alex intentaba seguir la conversación, pero se le hacía complicado pues no sabía de qué hablaban— Thea, ¿hay otro nombre?

—No. Denis llegó y él interrumpió mi crisis, después llegó Valentín y nos fuimos... Eso es todo. ¡De verdad!

Sus ojos se habían anegado en lágrimas, mientras miraba a Morgana esperando que la creyera. Sabía que era una estupidez, que con todo lo que le estaba pasando, esas peleas de instituto eran absurdas pero, aún así, a pesar de saberlo, no podía evitar esa sensación de dolor al pensar que Abril se hubiese enfadado con ella. Valentín había cerrado los puños, estaba furioso, no con nadie, sino consigo mismo, si no fuese tan cobarde... Puede que él y Abril... Se levantó como empujado por un resorte, cogió su mochila y salió a toda prisa de la cafetería, dejándoles al resto ahí sin saber qué hacer.

—¿Le seguimos? —preguntó Alex.

—Déjales, tienen que hablar —respondió Morgana— Oye Thea, lo siento... De verdad.

—¿En serio habéis pensado que yo le haría eso a Abril?

—Espera, ¿a Abril le gusta Valentín? ¡Eso es genial! ¡A Valentín le gusta ella!

—Joder Alex, para ser gay tienes menos sexto sentido que Bruce Willis... A veces pareces tonto.

—Sin faltar eehhh... —dijo molesto y sintiéndose ridículo por no haberse dando cuenta antes.

Una carcajada se alzó desde la mesa de la reina Beth, Thea se giró a tiempo de ver a Denis, sentado al lado de otro chico, mirándola. El azul de sus ojos la transportó a un remanso de paz y serenidad, y se preguntó si siempre podría ser así. Valentín podría tener razón con lo de explicárselo todo, ¿qué perdía? Si seguía comportándose de ese modo el resultado final sería el mismo, todos la tomarían por loca, sin embargo, si Denis la creía... ¿Aunque por qué le había mentado a Abril?

—Dime que no piensas contárselo —interrumpió sus pensamientos Morgana.

—¿Qué? ¿Yo? No.

—Mejor. Los de su clase no son de fiar.

—¿Se puede saber qué te ha hecho?

—Existir.

—Joder Morgana, a veces das miedo —se quejó Alex—. Bueno, ¿qué hacemos, comemos o les esperamos?



Sería mentira si dijera que no había fantaseado alguna que otra vez, con esa posible conversación. Dónde, cuándo, cómo... se había imaginado a sí mismo como en una de esas películas de cine, cogiéndola de la cintura y besándola sin mediar palabra. Robarle el aliento, y al terminar, mirarse a los ojos y que no hiciera falta nada más.

—¡Imbécil! —Abril estaba frente a él, con los ojos anegados en lágrimas y mirada acusadora.

Definitivamente, no era así como habría querido que ocurriera. Barajó las diferentes opciones que tenía, intentó hablar, pero tartamudeó. Pasó las manos por su cara notando el temblor que sentía.

—Lo siento —soltó al fin en un bufido.

—¿El qué sientes?

—Ahhhhh... —volvió a caer preso del pánico.

—Aaaaahhhhhh —repitió ella imitándole, pero con cierto desprecio en el tono de su voz— Idiota.

—Lo merezco.

—Capullo —dijo ya sin poder evitar llorar— besugo, estúpido...

—Te quiero.

—Sinsustancia, gili... Espera... ¿Qué?

—Joder Abril —se quejó enarcando una ceja— no me hagas repetírtelo... Tú sabes la vergüenza que...

—¿Y Thea?

—De verdad crees que Thea y yo... ¡Oh venga!

Se sentía totalmente sobrepasado por la situación, ridículo, y algo absurdo.

Pero al menos, Abril había dejado de llorar y ahora sonreía tímidamente, o eso le pareció pues aún no se había atrevido a alzar la mirada, que se había quedado fija en un punto indeterminado entre el suelo y ella.

—¿Lo has dicho de verdad?

—No, es una de esas mentiras que voy soltando de vez en cuando... —dijo ahora sí levantando la vista y topándose con los ojos de Abril— ¡Claro que lo he dicho de verdad! —añadió por si con la tensión de la situación, ella no había captado la ironía.

—¿Te gusto?

—Me encantas.

—Oh...

Valentín alzó los hombros y adelantó un paso en su dirección, dudó un poco, las rodillas le temblaban y temía que, en cualquier momento, una le fallara precipitándolo al suelo. Era el momento del beso ¿no? Tragó saliva con dificultad y la tomó de la mano, perdiéndose en sus ojos, esperando su reacción, su negación o su permiso para continuar.

Lo había imaginado muchas veces, pero la realidad, como solía decirse, superaba la ficción. Y todo a su alrededor pareció ralentizarse, el viento cesó de soplar y hasta el sol brilló con más intensidad, o eso le pareció a él. Los labios de Abril eran suaves y estaban calientes, pudo notar que al temblor de su propio cuerpo, se unía el de ella. Y fue como un flash, como un destello, cuando se apartó de ese efímero roce de sus labios pudo ver una especie de luz brillante y cegadora, ¿la habría visto también ella? Era magia. Sin duda ese beso, había sido mágico.

—Mi primer beso —susurró con un hilo de voz Abril, que a duras penas podía contener su emoción.

—¿Qué?

—Que tú también me encantas.

—Me alegra escuchar eso.

—¿Y ahora qué? —quiso saber ella.

—A mí me gustaría repetir —sonrió Valentín tomándola de la cintura y acercándola un poco más.

CAPÍTULO 11

Habían podido arreglar las cosas y eso era lo único que importaba. Cuando Thea pensaba que debía hacer algo para unir a sus dos amigos, no pensaba precisamente en eso, pero ya estaba hecho, y al menos su conato de crisis había servido para que ahora Abril y Valentín, hubiesen expresado sus mutuos sentimientos, esos que parecían querer esconder de por vida y sin motivo alguno. Estaba contenta, le alegraba verles juntos, caminar dándose de la mano o cuando se besaban, aunque pocas veces, Thea sentía un cosquilleo en el estómago, mezcla de felicidad y de envidia.

—¡Id a un motel! —les reprendió Morgana.

Estaban, como muchas tardes, en la cafetería. Ya quedaban solo un par de exámenes, y no los más complicados, así que podían permitirse el lujo de relajarse un poco.

—¡Déjales! Da gusto verles...

—Da gusto ver una peli porno... Lo de ellos es repugnante...

—Envidia —soltó Abril.

—Joder con la mosquita muerta, es echarse novio y ganar en confianza.

—Venga va... —cortó Valentín algo incómodo con la situación—
Entonces, Morgana duermes con Thea esta noche y Alex la recoge mañana para ir al último examen, ¿sí?

Todos asintieron. Thea a veces se sentía culpable por todas las molestias que ocasionaba a sus amigos, pero cada vez que quería disculparse o mencionaba algo de eso, todos coincidían en decir que lo hacían encantados, y que dejara ya de soltar tonterías. Eran los mejores. Thea sabía que había tenido mucha suerte con ellos y no sabía cómo agradecerse lo.

Denis entró en el *Bon Cafè*, y como cada tarde buscó con la mirada por las mesas, hasta localizar la melena rubia de Thea. Al principio se deleitaba con poder observarla, ahora se torturaba con su presencia, pues después de ver que Abril y Valentín habían empezado a salir, no entendía por qué Thea no había ido en su busca para hablar las cosas, al contrario, parecía que le evitaba aún más, como si él hubiese hecho algo malo. Pero no había hecho nada, así que había llegado a la conclusión de que estaba loca si no quería nada con él. Pero a pesar de estar muy conforme con esa idea, no podía dejar de «perseguirla». Estaba total y absolutamente obsesionado con ella, o puede que con el hecho de que no quisiera saber nada de él.

Todos se giraron para observarlo sin demasiado disimulo, hasta Morgana empezaba a apiadarse de él. Normalmente Denis siempre iba rodeado de sus amigos, algunos compañeros de instituto, otros de la escudería con la que competía con la moto, pero esas últimas semanas Denis siempre estaba solo, como en ese instante. Se sentó en la barra y pidió un café. Alex le miró y dudó si decirle algo, pero prefirió no meterse, así que se giró hacia la cafetera, preparó el pedido y lo sirvió sin decir una sola palabra, pero cuando iba a separarse, Denis le agarró de la mano para que no lo hiciera.

—Dale esto a Thea —susurró alargándole un papel doblado.

—Vaya... Qué de instituto —se burló, pero calló de pronto cuando Denis clavó en él su mirada—. Tranquilo, yo se lo doy.

—Gracias —contestó secamente.

Denis tomó el café de un solo trago y salió de nuevo a la calle, donde le recibió una bofetada de aire frío. Se alejó un par de pasos de la cafetería, antes de encender un «cigarrillo de la risa» y aspirar su humo de manera lenta pero enérgica. Comenzó a caminar en dirección al centro del pueblo, cuando escuchó pasos tras de él y como alguien gritaba su nombre. Al girarse, su corazón dio un brinco al ver a Thea que caminaba a rápidas zancadas a su encuentro, aunque le desconcertó que Valentín fuera tres pasos por detrás de ella.

—Soy muy complicada —le advirtió cuando lo tuvo en frente.

Denis la miró un instante, estaba algo acalorada de la carrera y su respiración era agitada. Alzó la vista sobre su hombro donde Valentín se había detenido, dejándoles así intimidad, pero sin apartar la mirada de ellos. Definitivamente sí, algo en todo eso era complicado de entender.

—Bueno... —dijo aún algo desconcertado— todas las tías lo sois.

—Te aseguro que no tengo nada que ver con el resto de chicas.

—Eso ya lo sé, porque el resto me importan una mierda y solo puedo pensar en ti —ella sonrió, reacción que le dio a Denis valor para continuar— Me gustas mucho Thea... muchísimo. Eres rara, bueno —apagó el cigarrillo en la suela de su deportiva—, ¿quién no lo es?

—Denis, necesito saber si puedo confiar en ti.

—¡Claro! —se apresuró a decir él— Bueno no sé cómo pretendes que te lo demuestre, pero...

Denis la tomó por la cintura acercándola un poco más a él y atrapó sus labios en un dulce beso, tierno al principio pero que fue ganando en intensidad hasta que, por un momento, ambos perdieron el mundo de vista de un modo tremendamente delicioso.

—Puedes confiar en mí —susurró a escasos milímetros de sus labios—. ¿Todo esto tiene que ver con que tus amigos no se separen nunca de ti? Llevo días intentando hablar contigo y no te he encontrado sola ni una sola vez. Nunca hubiera imaginado que a Abril le gustara salir a correr.

—¿Nos has visto? —él sonrió de manera pícaro, una sonrisa que a Thea le encantó, no podía negarlo—. Sí... Todo tiene un porqué.

—Y te da miedo contármelo.

—Lo que me aterra es tu reacción, que no me creas y, sobre todo, que se lo cuentes a alguien.

—Ponme a prueba.

—No es tan fácil.

—Pues no me lo cuentes hasta que no estés segura de que puedes confiar en mí, pero no me huyas, dame una oportunidad de demostrarte que no soy el capullo que Morgana debe de haberte dicho que soy.

—Esa me parece una idea fantástica.

Cuando entraron en la cafetería, todos se giraron para mirarles. Como si de una película se tratara se hizo el silencio por un instante, en una de las mesas del fondo algunos compañeros del instituto no perdían detalle, alguno incluso se decidió por sacar el móvil y activar la cámara por si ocurría algo que pudieran inmortalizar, y así fue, cuando Denis enlazó su mano con la de Thea. Morgana rebufó molesta, pero guardó su cínico comentario para ella, Thea había elegido, y había elegido mal, Denis solo conseguiría hacerle daño, conocía a los tipos como él, acostumbrados a tener siempre lo que querían. Jugar la carta de la lástima había dado buenos resultados, hasta ella casi había picado el anzuelo.

—Bueno pues... Bienvenido al grupo —le saludó Valentín—. Acabas de descender unos cuantos peldaños en la escala social, ¿cómo te sientes?

—Mejor que nunca.

—Joooder... Ahora sí que me voy —Morgana se levantó con evidente enfado— Una pareja es inaguantable, dos es de muerte lenta, y para sufrir así prefiero cortarme las venas, es más agradable aunque manche más.

—No te vayas —lamentó Thea, pero Morgana ya se había enfundado la chaqueta, y todos sabían que cuando se ofuscaba con algo, era imposible de convencer.

—Lo siento, no quiero que me dé sobredosis de cursilería. Luego que «este» —gruñó señalando a Denis— te acompañe a mi casa. ¡Compañero! —dijo cuando pasó cerca de Alex que estaba atendiendo a una mesa—, ya solo quedamos los auténticos, tú y yo...

—¡Hasta la muerte! —respondió teatralmente el chico.

Después de un par de horas charlando los cuatro se despidieron en la salida de la cafetería. La tarde era fría, y Thea caminaba pegada a Denis que la rodeaba con uno de sus brazos, era agradable, diferente, daba miedo, pero le gustaba. Tenía pánico de que fuese tan solo un espejismo que, como en el desierto, se disipara al acercarse. Aún desconfiaba de que todo no se tratara de una broma, Beth podía llegar a ser muy cruel. Pero, ¿qué tenía que perder? Puede que ganara una humillación pública, y que le partieran el corazón, pero el pobre empezaba a estar acostumbrado, a sus diecisiete años había sufrido tantos reveses que uno más no importaba demasiado.

—¿Qué piensas?

—Pues pensaba en... Bueno, en nada.

—Eres todo un misterio y eso me encanta. Ya hemos llegado —dijo parándose frente al portal de la casa donde vivía Morgana—. ¿Nos vemos mañana?

—Está bien.

—Llega el momento del beso —susurró cerca de su oreja, mientras su mano izquierda acariciaba su antebrazo— Me encanta el momento del beso...

—Creo que a mí también.

Si algo tenía claro Thea era que le encantaba ese momento, le gustaba el sabor a chicle de fresa, la suavidad de sus labios, la intensidad de los besos. Le gustaba el suave roce de la piel de Denis, el olor a colonia mezclado con un punto lejano a grasa y gasolina. Un escalofrío recorrió su espinazo y se dejó envolver por ese abrazo y el calor de su cuerpo, se apretó un poco más contra él y deseó, por un instante, que él diera un paso más. Pero Denis parecía todo un caballero y cogiéndola de la cintura, la apartó un poco.

—¿Quieres que pierda el control?

—No sé —reconoció.

—Nos vemos mañana —sonrió, besó la punta de su nariz y se giró dispuesto a irse.

—¡Espera! —exclamó algo más fuerte de lo que había pretendido— No me dejes sola, espera que Morgana baje a por mí.

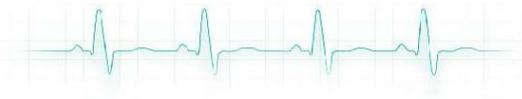
—¿Tienes miedo a quedarte sola?

—Algo así.

Denis soltó una carcajada, pero desandó los dos pasos que se había separado de ella.

—Está bien, espero.

—Gracias.



La noche pasó tranquila, a decir verdad, Morgana tenía pocas ganas de comunicarse y enseguida se metieron juntas en la cama. Thea se durmió con la tristeza de saber que su amiga estaba molesta, pero con la gran felicidad y emoción de lo que estaba empezando con Denis. Esa noche sus sueños fueron algo más placenteros a pesar de que Vera moró, como casi siempre, en ellos. Esta vez no despertó sobresaltada ni empapada en sudor, a decir verdad, despertó descansada y hasta reconfortada. Saltó de la cama con determinación, por si todo eso no fuera suficiente, ese día tenía el último examen. Estaba contenta y se descubrió a sí misma sonriendo.

—¡Pizzas y pelis! —exclamó de repente mientras se ponía un calcetín—. Esta noche, las tres.

—¿Y vuestros «chicos»? —dijo con cierto deje de desdén.

—Las tres —repitió.

La morena pareció meditarlo un poco, pero al final la risa la traicionó.

—Me hace.

Thea sonrió satisfecha. No le gustaba la idea de que Morgana se sintiera molesta o desplazada y más, cuando la estaba ayudando tanto. Desayunaron poco y con prisas y salieron aún con más rapidez hacia el instituto. Vivir en el mismo pueblo tenía sus ventajas pensó Thea, aunque también sus inconvenientes, empezaba a acostumbrarse a la tranquilidad y a las montañas y hasta la masía destartada de su abuela empezaba a despertarle ciertos sentimientos de bienestar y hogar. Era extraordinaria la facilidad con la que se había adaptado a todo aquello, y no pudo evitar pensar en Vera, tan amante de lo verde y de las largas caminatas, ella habría disfrutado mucho del Pirineo.

—¿Preparada para el último examen?

—No, pero se tiene que hacer igual ¿no? —sonrió amargamente, jamás había sido una mal estudiante.

—Bueno, cuando termines estaré aquí fuera esperándote.

—No tardaré demasiado —respondió con una mueca.

Thea se sentó al final del aula y se dispuso a vomitar la información mediocrementemente memorizada, las dos tardes anteriores. No era el mejor sistema para aprender, pero sí el único para salir del paso. Respondió con rapidez las preguntas cortas y se entretuvo más de lo normal en las largas, y es que redactar en un idioma que no era el suyo aún le costaba demasiado. El consejero escolar le había dicho que era normal que suspendiera los primeros exámenes, así que a eso se aferró, y con esa carta jugaría cuando su madre viera las notas.

Entregó los folios y salió del aula. Por un momento se asustó al no ver ni a Morgana ni a Alex, tomó aire de manera pausada, y se giró en todas

direcciones, se le aceleró el corazón y la respiración se le agitó desmesuradamente.

—¡Eh! Estoy aquí —llamó su atención Morgana.

—No te veía.

—Estaba liándome un porro... Me aburría de esperar. ¿Ha ido bien?

—Mejor de lo que pensaba.

—Oye rubita, como saques mejores notas que yo, la vamos a tener ehhh...

—¡Thea! —la voz de la secretaria de dirección las sorprendió por la espalda— Mira qué bien, justo te estaba buscando, tienes que ir un momento a dirección.

—Qué oportuno —se quejó Morgana— ¡¡¡Que ya hemos terminado!!! Que lo que queremos es salir a celebrarlo.

—María Martínez Roca, ¿fumando dentro de las instalaciones del colegio?

—No señora —se defendió— liado, pero no empezado.

—Sal inmediatamente si no quieres que te ponga una sanción, y tú, Thea, ven conmigo.

—Nos vemos a la salida —dijo Thea empezando a seguir a esa mujer de dudoso gusto en el noble arte de combinar colores.



Lo primero que notó, cuando fue consciente de que había estado inconsciente, fue dolor en el costado. Abrió los ojos y no supo con certeza donde se encontraba, mucho menos el tiempo que había transcurrido, y ese dolor en el pecho que le impedía casi respirar. Se levantó como pudo aferrándose con fuerza a lo que parecía ser un escalón, sorbió con fuerza por la nariz y deslizó una de las manos por su rostro. Cuando intentó dar un paso se dio cuenta de que no podía apoyar el pie, un quejido de dolor se escapó de

entre sus labios apretados cuando probó a caminar. Miró su reloj, bien podía haber pasado una hora, un día y una hora, dos días y una hora...

Salió del gimnasio, oscuro y deprimente, y se arrastró como pudo hasta una de las salidas laterales. Le saltaban lágrimas del dolor. Notó el sol del mediodía impactando directamente sobre su rostro, respiró con calma, al menos el dolor del costado parecía empezar a remitir, por un momento se había asustado pensando que podía tener una costilla fracturada. Caminó renqueante hacia la calle, pero cuando estaba a punto de llegar a la salida, a sus fosas nasales llegó ese olor dulzón a fresa ácida, no sabía cómo había podido notar ese detalle, pero eso la alertó y se escondió tras uno de los árboles de la zona de picnic del instituto, apoyando la espalda en el tronco. Denis apareció instantes después, un paso por detrás le seguía Morgana, que miraba en todas direcciones y parecía alterada.

—Se habrá ido a su casa —concluyó él.

—¡No! Joder no, no, no. Ya te lo he dicho.

—Es que no entiendo nada, ¡estás histérica! —volvió a decir él con voz molesta— ¿Se puede saber qué es lo que ocurre?

—No.

—¿No? ¿Esa es tu respuesta?

—Sí. Tenemos que encontrarla.

—Estará en el *café* o...

—Thea no se iría sola.

—¿Por qué? —Denis aguardó a que ella respondiera, pero parecía que, una vez más, todo lo que envolvía a Thea era un gran secreto, un misterio en el que no le dejaban participar— ¡Pues dímelo! —soltó emprendiendo la marcha hacia el exterior del recinto.

—¡Capullo! —gritó Morgana, pero por toda respuesta encontró el dedo corazón de Denis, que alzó por encima de su hombro, sin tan siquiera girarse — Imbécil... —gruñó de nuevo mientras sacaba el móvil para llamar a Alex — ¡Thea! —chilló al verla salir— ¡Joder!

—Creo que me he caído por unas escaleras.

—¿Estás...? Vale, es una pregunta absurda. ¿Te duele mucho? ¿Puedes caminar?

—Me arrastro bastante bien.

—Hace más de una hora que te busco. ¿Sabes dónde has estado? —Thea negó con la cabeza— ¡Mierda! Has mirado si... —el gesto de Thea fue de nuevo negativo.

—No quiero mirarlo, tengo miedo.

—Hay que joderse, lo raro sería no tenerlo. No perdamos la calma.

—Demasiado tarde.

Morgana clavó su oscura mirada en ella. No sabía si quería que Thea levantara las mangas de su jersey o que no lo hiciera. Descubrir el tatuaje de un nuevo nombre no solo le daba terror, sino que era la evidencia flagrante de que su sistema había fallado y que no tenían modo de vencer a «eso», fuera lo que fuese. Estaban jugando contra la propia muerte, y estaba claro que no era un rival fácil de vencer. Pasaron unos segundos antes de que ambas reaccionaran, Morgana ayudó a Thea a caminar hasta la salida, y una vez fuera, se sentaron en uno de los bancos para esperar a los demás.

—¿Quieres que llame a Denis? —preguntó sin demasiado convencimiento.

—No. ¿Sabes qué es lo que quiero? ¿Lo que realmente deseo? —esperó un momento a que Morgana asintiera en silencio—, volver a Suecia —dijo dejando que una lágrima se precipitara por su rostro—, volver allí y que nada de esto hubiera pasado.

—Imagino —respondió con un hilo de voz—, aunque eso significaría nunca habernos conocido, pero te entiendo.

Thea sonrió amargamente, estaba cansada de todo eso, no podía más. No tenía fuerzas de luchar contra lo que tenía que venir, no podía ni imaginar lo que podría llegar a ser dejar pasar el tiempo, con esa maldición recayendo

sobre ella, simplemente sabía que, de algún modo, tenía que poner punto y final a todo eso.

—Thea... —susurró Morgana a su lado— ¿de verdad quieres irte a Suecia? Yo puedo comprarte un billete de avión —Thea la miró sorprendida—. Eso de echar las cartas da más pasta que enseñar las tetas... Tengo dinero ahorrado.

—El problema es que, seguramente, no cambiaría nada... —resopló.

—Es posible que no, pero estarías con tus amigos...

—Solo volvería a Suecia si pudiera retroceder el tiempo, echarlo todo para atrás y que esto nunca hubiese ocurrido, pero supongo que no puede ser.

—Me temo que no —dijo perdiendo la mirada en un punto inconcreto del suelo—. Además, nosotros molamos mucho más —y con ese comentario consiguió que, aunque sin ganas, Thea sonriera— y yo soy más guapa que una sueca.

—Y mucho más interesante —reconoció Thea— y estás muchísimo más loca.

—Bueno, no estoy más loca que todas las suecas que conozco... Una pista, solo conozco a una.

—Pues siguiendo con las locuras... Llevo un rato pensando en la frase de «y el ganador es...» —esbozó una mueca mientras llevaba la mano derecha hacia su manga izquierda.

—Joder Thea, que cínica —susurró sin poder apartar la mirada de su brazo

—Tengo de quien aprender...

CAPÍTULO 12

Habían caminado hasta la salida del pueblo, y desde allí, cogieron una carretera secundaria y poco transitada que les alejaba un poco más, haciéndoles ascender hacia el interior del bosque. Era la magia de vivir en ese lugar, podías estar en la ciudad, y en menos de dos minutos encontrarte rodeado de montañas. La marcha era lenta y silenciosa, ese silencio pastoso solo roto a veces por el hipido de Abril, o alguna maldición de Morgana. Sin embargo, Thea se mantenía entera, impasible. Ella capitaneaba el grupo que la seguía sin oponer resistencia ni cuestionarse nada, cuando ella había dicho que necesitaba subir al acantilado, todos asintieron y nadie osó contradecir su petición. Hacía frío y el cielo empezaba a oscurecerse.

Ese sitio era casi irreal, pensó Thea cuando llegaron, podía verse todo el valle, las carreteras que subían y bajaban serpenteando por la montaña, las luces de las casas de los pueblos vecinos, ya encendidas a esas horas. Thea se sentó y aspiró el olor a frío.

—Puedes no ser tú —soltó Abril sentándose a su lado.

—¿Cuántas Thea conoces? —respondió esta volviendo a mirar su propio nombre tatuado en el antebrazo.

—Bueno, ¿cuál es el plan? —Alex tomó asiento al otro lado y perdió, como ella acababa de hacer, la mirada en el paisaje. No entendía porqué le gustaba tanto ese sitio, requería demasiado esfuerzo subir hasta allí, solo por las vistas—. ¿Y bien? —volvió a preguntar, pero esta vez, mirando a Valentín.

¿Cuál era el plan?, Valentín llevaba las últimas dos horas pensando en eso mismo. Toda esa larga caminata le había valido para dar vueltas y más vueltas, y adentrarse en un bucle llegando al resultado, de que no tenía ninguna respuesta para esa pregunta. Y se sentía frustrado, mucho, cabreado y con ganas de gritar. Pero mantenía la calma, o una aparente calma, aunque no sabía hasta cuándo podría mantener la fachada. Y ahora Alex le miraba fijamente, como esperando que él resolviera la situación, y se sentía abrumado y sin

saber muy bien qué responder.

—Tenemos tres días —intervino Morgana— tres días, para hacer no sabemos el qué para salvarte la vida.

—O tres días para que me vaya de aquí con un buen recuerdo —dijo Thea sin despegar la mirada de donde se había quedado imantada, en esa cadena de montañas que recortaban el cielo crepuscular.

—No digas eso ni en broma —el tono de enfado de Abril fue más que evidente.

—Tenemos que ser realistas —respondió ahora sí arrancando la vista de ese precioso paisaje y posándola en su amiga—, creo que es como en la película esa, la muerte me saltó cuando mi padre y mi hermana murieron, me escapé, y nadie puede escapar a la muerte.

—Tú sí —Morgana se arrodilló al lado de su amiga— lo has hecho una vez y volverás a hacerlo.

—Soy una persona normal, con una vida aparentemente normal, tengo solo diecisiete años y estoy acojonada. ¡No! Espera —cortó el conato de réplica de su amiga— si por algún casual hiciéramos algo que evitara esto —señaló su brazo— ¿Qué pasaría después? Vendrían otros nombres, otras muertes...

—Eso no lo sabes —la reprendió Valentín— la rendición no es una opción.

—A veces una retirada a tiempo es una victoria. No lo soporto más.

—¿Y qué pretendes hacer? —Alex estaba desconcertado— ¿Nada? ¿Eso es lo que propones, no hacer nada?

Thea alzó los hombros por toda respuesta, porque realmente no sabía qué decir. ¿Eso era lo que deseaba? ¿Dejarse morir? Lo que sí sabía era que estaba agotada y no tenía ganas de luchar.

—Sí, creo que es eso lo que planteo. No hacer nada, que pase lo que tenga que pasar y así se acabe de una vez por todas esta locura.

—Una locura es lo que dices.

—Una locura es todo lo que me está pasando, no quiero seguir.

—Pues tienes que hacerlo, por ti, por tu madre, por nosotros... No puedes rendirte —vociferó Abril.

—Venga Abril, cálmate.

—¡No! Valentín tú piensas cómo yo ¿no? No podemos rendirnos, tenemos que hacer algo... Tenemos...

—Sí, claro, algo tenemos que hacer, pero... ¿Qué?

—La encerramos en casa los tres días —propuso Alex, y todos le miraron—. A ver, no puede tener un accidente, no la pueden atropellar... No sé, es una idea.

—Es una idea —meditó Morgana.

—Capaz de caer un coche del cielo justo sobre mi habitación. ¿Alguna otra idea? La verdad es, que no sé si me apetece pasar mis últimos tres días de vida encerrada en una habitación.

—Bueno, siempre podemos decirle a Denis que venga a hacerte compañía —soltó Morgana haciendo un elocuente gesto.

—En eso estaba pensando yo —resopló—. No, no pienso quedarme encerrada, tarde o temprano lo que tenga que pasar pasará y no quiero que, por culpa de esto, alguien más salga herido o muerto.

—Si esto fuese una película ahora sería el momento en que el listo del grupo tendría una idea que salvaría la situación.

Todos miraron de nuevo a Valentín y este se atragantó con esa bilis amarga que subía por su garganta, se asfixió con la impotencia de no saber qué hacer ni decir.

—Es tarde —dijo Thea cortando así la incómoda situación— supongo que esta noche ya no hace falta dormir acompañada, tenemos tres días de margen hasta lo que tenga que pasar.

—¿Bromeas? Esta noche dormimos contigo. ¿Verdad Morgana?

—Verdad.

—Y yo voy a ir a ver a Marc, le voy a pedir los tres días libres, así que mañana os subo el desayuno —apuntó Alex.

Valentín se encogió de hombros y sonrió. Se sentía demasiado abrumado para poder decir nada.



Si algo tuvo de común esa noche entre todos los amigos, es que ninguno consiguió conciliar el sueño, y si lo hicieron este no fue muy placentero. Abril había llorado en silencio abrazada a Thea, y Morgana se pasó largas horas sentada a los pies de la cama leyendo todo tipo de libros de magia y fenómenos paranormales, y la conclusión a la que llegó fue, que ninguno de los autores tenía ni idea de nada.

—Mierda de palabrería sin sentido —gruñó tirando el libro que después de rebotar contra el armario quedó inerte en el suelo—, no tienen ni puta idea de nada —se quejó al tiempo que cogía otro del montón de su derecha— ¡son idiotas! ¿Cómo no lo he visto antes?

—Más vale tarde que nunca —dijo Abril con un hilo de voz desde la cama — ¿No duermes?

—No puedo dormir —Morgana encendió un cigarrillo.

—Si te ve tu madre...

—Si me ve mi madre que le den.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Thea aún desde debajo del nórdico.

—Solo charlatanes de poca monta que van de listillos y son unos vende humo, y lo que más me jode, es que seguro que se están forrando con esta mierda que venden. Cuando terminemos con esto, tú y yo —dijo señalando a Thea— escribiremos un libro, uno de los de verdad.

—Estaría genial entonces que, al menos una de las dos, aprobara literatura —se burló Abril.

—¡Bah! Sobrevalorado, la mitad de los que escriben no saben ni juntar dos frases con una coma.

—Cuando los chicos lleguen podríamos hacer algo —propuso Abril saliendo de la cama—. Deberías llamar a Denis, cuando desapareciste estaba muy preocupado, el pobre no entiende nada.

—Pues como le cuente que quiere suicidarse aún va a entender menos.

—No va a suicidarse.

—Bueno va a dejar que las cosas pasen, que para el caso, es lo mismo que coger un coche y saltar por un acantilado.

La discusión de sus dos amigas llegaba amortiguada bajo el nórdico donde se había acurrucado, las palabras Denis, suicidio, muerte y coche, llegaron como un eco lejano, pero revolviéron su subconsciente. Tenía tres días para probar, para probar y vencer a la propia muerte, tres días para creerse más lista que la dama de la guadaña o quien fuera que estuviese jugando con ella.

—¡Puede que no sea tan mala idea! —exclamó haciendo a un lado las mantas, Morgana y Abril la miraron desconcertada— Coger un coche y estrellarme —aclaró viendo que sus amigas no seguían sus pensamientos.

—Ahora sí que la sueca se nos ha vuelto majara.

—No, espera, pensadlo, tiene sentido. Tengo tres días, ¿no? Se supone que en tres días tengo que tener un accidente, peeeero... ¿Y si tengo uno antes? Algo que me lleve, como la otra vez, muy al borde, pero sin terminar de... Ya me entendéis.

—Lo que dices tiene, muy de lejos, un ápice de sentido... Pero hay tantos cabos sueltos que no se ni por cuál empezar a gritar —dijo Abril muy seria.

—No hay una idea mejor.

—La de encerrarte a mí me parecía más aceptable.

Las tres chicas se vistieron en silencio, cada una sumida en sus pensamientos, en encontrar un argumento mejor, o algo para refutarlo. El olor a café inundó la casa, eran solo las nueve de la mañana cuando Alex y Valentín entraban por la puerta, con una bolsa de bollería para el desayuno. Thea sonrió cuando lo primero que hizo Abril, fue correr hacia Valentín para abrazarle, y mientras se acurrucaba en su pecho, Abril le susurró algo y la cara del chico cambió de manera radical. Morgana sirvió en tazas el café, y puso la comida en un plato que dejó en medio de la mesa.

—Sabes que es una locura ¿no? —dijo Valentín sentándose al lado de Thea.

Ella no dijo nada, cogió una de las tazas y la acercó para ponerle un poco de leche al café y hacerse, con uno de esos donuts de chocolate que tanto le gustaban. Todos la observaban expectantes, sobre todo Alex que aún no sabía de qué locura hablaban, pero conociéndola y viendo la cara de Valentín, solo podía imaginar que una muy grande.

—Lo es, ¿y si sale bien?

—¿Y si sale mal?

—Moriré, algo que ocurrirá de todos modos.

—Tiempo muerto —exclamó Alex alzando ambas manos— ¿Qué pretendes hacer?

—Adelantarme a la muerte, ella quiere que tenga un accidente de coche dentro de tres días, yo propongo tenerlo hoy...

—Tuviste suerte una vez, pero puede no repetirse.

—Y de nuevo el resultado sería la muerte, algo a lo que ya estoy sentenciada.

—¿Nadie se ha preguntado quien escribe los nombres en su brazo? Es decir, ¿nos hemos planteado lo surrealista de la situación? —Alex miró a sus compañeros— No eres la única persona que ha estado clínicamente muerta...

¿Toda esa gente también tiene lapsus de memoria y nombres tatuados?

—Si fuese así, nunca nadie ha hablado de ello —meditó Abril.

—¿Y eso por qué? —insistió Alex.

—Podríamos buscar a alguien que haya tenido un accidente o algo así, alguien que haya estado muerto... —siguió Abril.

—¡Claro! Ahora saco la guía telefónica apartado «gente que casi la palma».

—Eres gilipollas Morgana.

—Lo sé —afirmó terminando el café—. Esto es así, si no se ha sabido esto antes, por algo es...

—¿Qué nos va a impedir a nosotros, si ella muere, contarle? —meditó Valentín.

—Que no podamos —Morgana dejó la taza en la fregadera y encendió un nuevo cigarrillo— y eso nos deja con unas teorías que no nos gustarán a ninguno.

—¿Crees que vamos a morir todos? —Alex intento formular la pregunta con voz neutra pero el miedo lo paralizó.

—No, si yo me adelanto —cortó Thea—. No, si yo consigo «saltarme» de nuevo mi hora —las dudas de Valentín y Morgana la hicieron ganar en convicción, si había una mínima posibilidad de que a ellos les ocurriera algo por no hacer nada, prefería jugárselo todo intentando salvarles la vida—. No hay más que hablar, voy a hacerlo.

—¡NO! —el grito de Abril les asustó— No... —repitió con un hilo de voz.

—¿Tiene que ser un accidente con un coche? —Morgana reflexionó—. Habría maneras más fáciles para ayudarte y controlarlo.

—¡Morgana! —se enfadó Abril.

—¿Cómo cuál? —inquirió Valentín.

—¿Estás loco? —se quejó de nuevo Abril poniéndose en pie y soltándose de su abrazo, sintiendo como todos a su alrededor parecían enloquecer —. No puedo creer, que tú también estés de acuerdo en esto.

—Voy a hacerlo de todos modos Abril, entiendo que sea algo difícil, pero... —Thea se acercó a su amiga y la abrazó para poder susurrarle al oído — necesito que estés a mi lado.

—Es que no puedo...

—Un bote de pastillas y cortarse las venas —susurró Morgana sentada sobre la encimera. Lo dijo más para ella que para el resto, estaba sumida en sus pensamientos, aspiró una nueva calada del cigarrillo antes de mojarlo bajo el chorro del agua y tirarlo por la ventana que daba al patio trasero de la casa. —Teniendo en cuenta lo que tardan en llegar allí arriba los equipos de emergencia y lo que tardarías en desangrarte...

—Deberíamos llamar antes —reflexionó Valentín— eso si la llevan al hospital comarcal... Si tienen que ir hasta Lleida...

Thea siguió acariciando la espalda de Abril, mientras que por encima de su hombro miraba a sus compañeros, no podía creer lo que iba a hacer, pero le daba seguridad que ellos fueran a estar a su lado. Entonces decidió que si ese iba ser su último día en la tierra, quería divertirse y pasarlo bien. Apartó a Abril de entre sus brazos y la obligó a mirarla.

—¿Qué harías si fuese tu último día en la tierra? —la duda cruzó los ojos de Abril que no sabía que responder a eso, a decir verdad no sabía ni si quería responder.

—Follar —soltó Morgana saltando de la encimera— drogarme, ¡comer!

Alex miró a su derecha donde Morgana aún parecía meditar si añadir alguna cosa más a su lista, y pensó que las tres cosas que había apuntado su amiga, también podrían entrar en la suya, aunque él prefería enamorarse, vivir un romance de esos de película, un amor a primera vista, un flechazo. Suspiró. Un escalofrío recorrió su cuerpo y sintió ganas de llorar. Era tremendamente injusto lo que les estaba pasando, una cruel broma que parecía no tener fin, y que, en realidad, no sabía si quería que lo tuviera.

—Podemos empezar por uno de esos... ¿Cómo los llamáis...? Aahhhh — Thea dudó un segundo y optó por el gesticular.

—Oh venga... ¿Quieres fumarte un porro? —soltó en una carcajada nerviosa Valentín— En eso puedo ayudarte.

—Podemos ir a comer a la pizzería, y después merendar en la pastelería esa que abrieron hace poco, dice mi abuela que tienen muchas «pijadas» — sugirió Alex.

—Para follar tendrás que llamar a Denis —atajó Morgana— Alex no nos sirve para eso, bueno para eso ni para nada.

—Eeeeeeehh —se quejó el aludido.

—Bueno, esa parte nos la podemos saltar —dijo meditabunda Thea—. Lo que sí que me gustaría, es hablar con mis amigas de Suecia, si no te importa.

—No claro... Mi ordenador es tu ordenador.

Todos la observaron salir de la cocina y se centraron en los pasos que la alejaban de allí. Se miraron, ninguno sabía muy bien qué decir. Pero lo que menos sabían era, cómo iban a proceder con todo eso, qué iban a hacer si salía bien o qué si salía mal.

—Tengo miedo —reconoció Morgana—, estoy acojonada. Si esto sale mal...

—Qué más da, salga bien o mal veremos a Thea morir...

Morgana salió de la cocina, en la mesilla de noche de su madre había diferentes calmantes y relajantes musculares, que usaba para el dolor de espalda que padecía desde hacía años. Cogió una grajea de cada y se las metió en el bolsillo trasero de su pantalón. Tendrían que encontrar algo más. A pesar de las malas lenguas y las cosas que se decían de ella en el instituto, jamás había intentado suicidarse, como tampoco había hecho un pacto con Satán, y mucho menos dedicaba su tiempo libre a desangrar pollos. Ahora todo eso le parecía una estupidez. Volvió hacia la cocina, desde su dormitorio se

escuchaba la voz de Thea, y a pesar de no poder entender lo que decía, su tono delataba miedo y tristeza. Cuando estaba a punto de reunirse de nuevo con el resto, giró un momento y se adentró en el salón. Las cortinas estaban corridas y solo entraba un resquicio de luz por la parte mal extendida de la derecha. Abrió el mueble bar y cogió una de las botellas de alcohol, sin fijarse muy bien en que era. Tampoco importaba mucho.

—Tenemos que conseguir que su madre y su abuela salgan de casa —dijo Valentín cuando la vio aparecer.

—Cierto.

—Carmen trabaja de tardes, y Conxita a veces juega al dominó con mi abuela, puedo sugerirles que queden hoy para una partida—propuso Abril con un hilo de voz.

—Estaría bien.

—Sí, puede funcionar.

—Cómo... —Abril tocó sus muñecas, estaba superada por todo lo que estaba ocurriendo, tenía tantas dudas que no sabía por cual empezar, y lo hizo por la más escabrosa de todas— ¿Y dónde...? ¿Dónde estaremos nosotros?

—Nadie puede sospechar nada.

—Pretendes que esté en mi casa, tranquilamente merendando un vaso de leche con galletas sabiendo que Thea... Esto se nos está escapando de las manos.

—Alex —dijo Morgana llamando la atención del chico que había dejado la mirada fija en un punto inconcreto de la cocina— ¿Estás bien?

—No.

—Tenemos que intentar... —Valentín rebufó y se sentó al lado de Abril cogiéndola de la mano—. Tenemos que intentar pasar un buen día, por lo que pueda ser.

—¿Pasar un buen día? —sonrió de manera cínica Alex.

—No será fácil —Morgana dejó la botella sobre la mesa junto con las pastillas —necesitamos más.

Thea apagó en ese momento la pantalla del ordenador. Desde la cocina llegaban las voces amortiguadas de sus amigos, eran como un eco lejano en medio de la gran tempestad en la que se había convertido su cabeza. Cuando se levantó para salir de la habitación, descubrió que todo a su alrededor daba vueltas, el ligero mareo que llevaba rato sintiendo aumentó, y la angustia se convirtió en unas náuseas imposibles de controlar.

Se aferró al marco de madera de la puerta e intentó serenarse antes de andar la distancia que la separaba de la cocina. No sabía cómo calificar la conversación que acababa de tener con sus amigas. No les había podido decir adiós, pues no quería que supieran lo que tenía intención de hacer, tampoco sabría cómo explicarles el motivo de su decisión. La idea de que podía estar equivocándose la asaltaba una y otra vez, pero tampoco tenía más opciones, era eso y tener una oportunidad de salvarse o no hacer nada y morir sin más. Bueno sin más no, ninguna muerte era un «sin más», todas dejaban algo atrás, el dolor de la pérdida, las culpas, los remordimientos, las cosas dichas y las que quedaban por decir. Nadie se iba de este mundo sin causar algún efecto con su partida, por pequeño que fuera.

A media mañana salieron a la calle, en silencio y con el alma en los pies. Caminaron por las calles de la pequeña ciudad lastrando el miedo, las dudas y la indecisión. Sintieron el sol sobre sus rostros, irónicamente había amanecido un día casi primaveral, soplaba una ligera brisa que traía con ella el olor de las montañas y el cielo lucía de un azul tan claro y brillante, que dolía solo con mirarlo.

—¿Vas a llamar a Denis? —preguntó Abril que caminaba colgada de su brazo.

—¿Debería?

—No sé.

—Creo que prefiero no hacerlo.

—Mejor —soltó Morgana acercándose a ellas, llevaba colgada la mochila con un par de botellas y un arsenal de calmantes, relajantes y pastillas para dormir—. A ver cómo nos despediríamos después de comer con él... «Bueno,

nada Denis, te dejamos que tenemos que ir a que esta se pegue un tiro»

—Sabes que tu sarcasmo solo evidencia tu falta de confianza ¿verdad?

—Ya está la psicóloga... —Morgana saltó sobre el respaldo de uno de los bancos del parque donde tomó asiento— Mira que eres cansina.

Valentín se acercó por detrás y le ofreció a Thea un cigarrillo encendido, esta lo miró unos segundos sin atreverse a acercarlo a sus labios.

—Es un porro, no muerde —bromeó Alex.

El humo inundó sus pulmones, sintió que se atragantaba y tosió. No entendía por qué les gustaba tanto fumar eso, en Suecia, al menos entre sus amigos, nadie lo hacía, y desde que se había trasladado a España veía que era como un ritual social, algo que hacían prácticamente todos. Dio una segunda calada antes de devolvérselo a Valentín. Al cabo de unas horas toda su mente estaba nublada, y se sentía tan relajada, que por un momento hasta olvidó todo a su alrededor. Estaba en paz con el mundo, con ese mundo tan cruel que le había arrebatado parte de su familia y se había dispuesto enloquecerla de tal modo, que el suicidio era la única salvación.

El día transcurrió de un modo apresurado, a pesar de que intentaron aferrarse a cada instante, este se les escurrió de entre las manos. Conforme avanzaba, más se quebraba esa fachada de normalidad con la que habían enmascarado cada momento. Observaron como Conxita salía de la casa familiar con una bandeja de galletas, y cruzaba la calle para ir a su partida de dominó, sobre la mesa de la cocina había dejado un plato con una nota para Thea. Un escalofrío recorrió su espina cuando la leyó, y se sintió mal por hacer pasar a su madre y su abuela por todo ese infierno. Si salía mal, Carmen tendría otra hija muerta, algo que jamás podría superar. En el mejor de los casos, si su plan culminaba con éxito, lo que tendría sería una hija que se había intentado matar. El sufrimiento estaba garantizado y Thea se sintió horrible, porque a pesar de todo, quería mucho a su madre, y en ese tiempo que había pasado en la casa, había aprendido a querer a esa dulce y tierna abuela, que le preparaba todas las mañanas el desayuno, y le dejaba galletas

recién horneadas para merendar, con una nota que decía que la quería mucho y que dejara alguna para sus amigos.

—Voy a matarlas del disgusto —se lamentó sentándose en la silla y cogiendo una de las galletas con forma de corazón— y mi madre nunca me perdonará.

—Todo saldrá bien... —Valentín se sentó a su lado para cogerla de la mano— será jodidamente duro, pero estaremos contigo cuando despiertes...

—¿Y si...?

—Todo irá bien —repitió con los ojos anegados en lágrimas.

—Eh, eh... —Alex, cuyas mejillas estaban ya empapadas y su rostro mostraba un profuso dolor, golpeó su hombro— Los tíos no lloran —bromeó—. Te quiero rubia... —pasó el dorso de la mano por su mejilla.

—Venga joder, no es para tanto —Morgana inspiró con fuerza e intentó retener sus lágrimas—. Sois unos blandos —forzó una sonrisa.

Alex tiró de la mano de Thea para hacerla levantar, la galleta cayó al suelo, pero nadie se fijó en ella, esa cocina había acumulado tal tensión, que parecía una olla exprés a punto de estallar. Thea rodeó el cuello de Alex y lloró, ambos lo hicieron, después le tocó el turno a Valentín, que le susurró en el oído que todo saldría bien y que ellos estarían allí.

—Tómatelas poco a poco —le recomendó Morgana dejando las pastillas sobre la mesa— mejor un rato antes, así les darás tiempo a actuar.

—¿Duele?

—Supongo que sí. Eres la tía más valiente que he conocido nunca.

Ambas se fundieron en un largo y sincero abrazo. El corazón de Abril hacía rato que había decidido latir con tanta fuerza que sus latidos, nublaban hasta su razón. Estaba asustada, por un lado, sabía que era la única opción, por el otro, solo quería gritar que pararan, que todos habían enloquecido, que eso

estaba mal... Thea la miró adivinando qué era lo que pasaba por la mente de su amiga, su mejor amiga. La *friki* de las gallinas, pensó con añoranza. Ella le había brindado la posibilidad de volver a sentirse normal, aunque fuese por poco tiempo.

—Lo siento —susurró Thea cuando ambas se quedaron solas.

—¿Qué es lo que sientes tú?

—Hacerte pasar por todo esto.

—Estas de coña, ¿no? Siento no ser tan fuerte como ellos —las lágrimas no habían dejado de surcar sus mejillas desde hacía un buen rato—, tengo tanto miedo...

—Yo también. Si todo esto no sale bien...

—Ya has oído a Valentín...

—Sí, pero... Si muero...

—¡Joder! —exclamó tapándose la cara con ambas manos.

—Abril, escúchame... Si muero, voy a dejar una nota para mi madre en el primer cajón de mi escritorio, quiero que se la des —ella asintió con la cabeza, se sentía incapaz de articular palabra—. Eres una buena amiga.

—No te mueras, ¿vale?

—Lo intentaré.

—Lo digo en serio, no te mueras o juro por Dios que te mato.

CAPÍTULO 13

Abril había logrado sacar a su abuela de casa y su madre, no llegaría hasta bien entrada la noche. Estaba sola en ese caserón al que, a pesar de todo, seguía sin sentir del todo su hogar. Desde la ventana del comedor, observó las luces de las casas de ese pequeño vecindario. Justo en la masía de enfrente, tras las cortinas de una de las habitaciones de la segunda planta, pudo distinguir la silueta de un cuerpo menudo que se movía con nerviosismo tras el cristal. Thea alzó la mano pegándola al cristal, justo en el instante que Abril, desde su habitación, había detenido su frenético deambular para observar desde la distancia la casa de Thea. Un suspiro se escapó de entre los labios de ambas.

Thea apagó una a una todas las luces de la casa, y a oscuras se dirigió a la planta superior. Esos escalones se le antojaron mucho más altos, más difíciles de escalar. Lo tenían todo pensado pero, a decir verdad, cualquier cosa podía salir mal. La idea era sencilla, a la hora marcada Morgana llamaría a los servicios de emergencias dando el nombre de Abril, así cuando la verdadera Abril «descubriera» a Thea, ya habrían ganado unos valiosos minutos. Pero, podía ser que al final, no fuese capaz de hacerlo, que no se atreviera a auto mutilarse de ese modo, o que su abuela se empeñara en acompañar a Abril a la casa cuando esta usara de pretexto que necesitaba un libro del instituto y así poder entrar y encontrarla. Todo podía salir mal, el miedo podía atenazar de tal modo a Abril, que no fuese capaz de fingir que llamaba a urgencias, o que los servicios de emergencias no llegaran con la suficiente prontitud.

Suspiró y miró el reloj, solo tenía veinte minutos para hacerlo. Después, el destino decidiría por ella, y últimamente no tenía la suerte en su favor. Cerró el grifo y metió la mano para comprobar la temperatura del agua y cuando se mojó, una sensación de bienestar la invadió.

Lo había visto en muchas películas, pero en ninguna de ellas se hablaba del dolor ¿o sí? Cuando la primera cuchilla rasgó su piel, a pesar de los calmantes ingeridos, sintió un tremendo y lacerante dolor. Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas y supo que no podría volverlo a hacer, no podía cortar de nuevo su piel. Empezó a sentir un ligero mareo mientras la sangre fluía por su muñeca izquierda y se mezclaba, con el agua caliente de la

bañera en la que se había metido. Todo muy peliculero, pero con más dolor. Mucho dolor. Respiró con profundidad e intentó aislar su mente, evadirse y dejar de llorar, no quería que se le corriera el maquillaje, porque sí, se había maquillado y vestido de manera especial. Había elegido un vestido, uno de los pocos que se había traído desde Suecia, de color azul oscuro, de anchos tirantes y corto por encima de las rodillas, nada del otro mundo, pero a ella le gustaba porque se lo había regalado su padre.

Intentó agarrar con la mano izquierda la cuchilla y cortar la otra muñeca, pero sus fuerzas flaquearon y tan solo consiguió hacerse un pequeño rasguño, del que apenas fluyó un poco de sangre. Cerró los ojos y se recostó sobre la porcelana, le costaba respirar. Pensaba que al morir, toda su vida pasaría por delante, sin embargo, eso no ocurrió, no vio nada, ni momentos felices ni tristes, sino que la engulló la oscuridad, el dolor y el olor a óxido.

Habría gente que no lo entendería, a muchos otros les cogería por sorpresa, habría gente que la juzgaría, otros sentirían pena, o incluso algunas personas compartirían el dolor y la desesperación que había llevado a una chica de tan solo diecisiete años, a cometer ese atroz acto contra ella misma. Cuando la ambulancia llegó a la zona de urgencias del hospital, Thea entró en parada, su vida se esfumaba en esa acera frente a la misma puerta donde la tenían que salvar. A lo lejos alguien gritó su nombre, pero el viento acalló esas palabras. Carmen lloraba al lado de su hija, mientras un sinfín de personal médico empujaba la camilla hacia el interior del recinto.

La desesperación era palpable desde la distancia, donde cuatro jóvenes observaban la escena en silencio y con el corazón encogido, parapetados en la oscuridad de esa calle mal iluminada.

—Vivirá —afirmó Morgana agarrando entre sus manos la mano de Abril—, no llores.

—Lo intento, de verdad que sí... Solo que...

—Hemos hecho lo que debíamos hacer.

—Pero y si hemos llamado demasiado tarde o si...

—Abril —ahora era Alex el que se acercó a ella— yo también tengo miedo.

—No me podré perdonar nunca si...

—Ninguno podrá hacerlo —atajó Valentín abrazándola.

Las horas pasaron de manera lenta, como si todo a su alrededor se hubiera confabulado para que el tiempo transcurriera mucho más despacio, y en esa anodina habitación donde les habían hecho esperar, la consciencia de las horas se perdía. Morgana caminaba como un animal enjaulado de un lado a otro de la sala de espera, solo detenía sus pasos de vez en cuando, mientras su mirada oscilaba por la estancia, como si buscara una salida. Poco rato después llegó la madre de Abril, seguida de la abuela de Alex, pero ninguna de las dos mujeres consiguió que los jóvenes quisieran abandonar el hospital.

—Volveremos mañana.

—No voy a moverme de aquí —sentenció Abril con tal tono de seguridad que sorprendió a todos los presentes—. Ninguno lo haremos —afirmó.

—¿De quién has aprendido a ser tan cabezota? —se quejó la mujer.

—De Thea.

Nadie dijo nada más.

Bien entrada la noche fue Denis el que llegó, con la mirada desencajada y los ojos rojos. Su caminar era pausado, desorientado, como si flotara sobre una nube. Miró a todos los presentes, pero no dijo nada, solamente se sentó en una de las sillas, la más alejada, y se dispuso a esperar mientras sentía las miradas de los amigos de Thea clavándose en él. Le temblaban las manos y pronto empezó a sentir la necesidad de fumarse otro cigarrillo, pero a pesar de que quería levantarse de esa silla, algo se lo impedía, su cuerpo no reaccionaba. Había perdido el control de todo, desde que Valentín le había llamado hacia horas, había perdido la noción de la realidad. La sensación de culpabilidad le había invadido de modo tal, que no había lugar para nada más. Era culpa suya. No tenía muy claro el por qué, pero así era. Y esa sensación hacía que se ahogara.

—Voy a ir a por refrescos de la máquina —dijo Alex acercándose a él—
¿Quieres algo?

—¿Cómo está? —susurró con voz pastosa.

—Aún no sabemos nada —dudó un poco pero finalmente tomó asiento a su lado—, su abuela vino hace un par de horas y nos dijo que estaba inconsciente, estable dentro de la gravedad.

—¿Eso que quiere decir?

—Quién sabe —susurró Alex.

—¿Creéis que ha sido por mi culpa? —dijo alzando la mirada y clavándola en él.

—¿Qué? ¡No! Claro que no... Thea estaba pasando una situación complicada, voy a recurrir a los tópicos, pero, no ha sido culpa de nadie.

—Gracias —susurró Denis no muy convencido y volvió a sumirse en el silencio.

—Voy a ir a por bebida —le recordó Alex.

—Algo de naranja.

—Está bien.



La luz volvió lentamente, tardó un poco en que sus ojos se acostumbraran a la nueva claridad, y cuando lo hicieron una sensación de bienestar la inundó. Se notó en paz, el dolor había desaparecido y se sintió, por primera vez en mucho tiempo, en casa.

No pudo reconocer dónde se encontraba, pero sí quien estaba frente a ella. Notó cómo le costaba respirar y su corazón se aceleró de tal modo, que parecía que se le iba a salir del pecho. No lo podía creer. Parpadeó diversas veces, temiendo que en uno de esos parpadeos ella y todo lo que la rodeaba desapareciera, pero no ocurrió.

—¿Vera? —titubeó.

Adelantó un paso con cautela.

—Me gusta Denis, está muy bueno.

—¡Vera! —exclamó entonces llevando las manos a su cara donde arrastró por sus mejillas las primeras lágrimas de felicidad— ¡Estás aquí! —chilló aún sorprendida— Estás aquí... ¡Oh mierda! ¿Estoy muerta?

—Lo siento, la muerte nunca da segundas oportunidades. Pero oye, la idea era buena, lo reconozco, y le has echado agallas.

—Supongo que tenía que intentarlo.

—Pobre mamá —se lamentó Vera con gesto compungido— lo va a pasar fatal.

—Y ahora, ¿qué? ¿Dónde está papá?, y qué es esto, ¿el cielo?, ¿vamos a quedarnos juntas? ¿Y...? ¡Joder! Tengo muchas preguntas.

—Y yo me temo que ninguna respuesta.

—¿Por qué?

Vera simplemente alzó los hombros y la miró con tristeza. Fue entonces cuando Thea observó con mayor detenimiento a su alrededor. Reconoció el lugar donde estaban, su antigua habitación, por fin estaba en Suecia. Dudó un poco antes de alargar la mano hacia una de las estanterías, donde había un par de peluches estratégicamente colocados, pero cuando la yema de sus dedos rozó la felpa, estos se volatilizaron como humo y terminaron desapareciendo ante sus ojos, dejando tan solo una pequeña estela de vaho. Lo mismo pasó cuando fue a tocar la cama, la mesa... todo desaparecía, antes de poder siquiera notar el tacto en su piel. Se giró hacia Vera, que la observaba en silencio.

—¿Realmente estoy muerta? —inquirió.

Vera no respondió, tan solo la observó con una sonrisa en los labios, esa que solía poner cuando escondía algo.

—Dile a mamá que estamos bien —susurró entonces— y que la quiero mucho, muchísimo.

—Vera...

Thea alargó la mano y sintió más miedo que en toda su vida, uno de sus dedos rozó la mejilla de su hermana pequeña, pero solo notó la nada en ese roce y la figura de Vera empezó a desaparecer.

—¡Espera! ¡Vera! —gritó desesperada mirando a su alrededor— Vera, ¡no te vayas! No me dejes sola... —siguió chillando— Por favor, no vuelvas a dejarme sola...

Pero de nuevo se la tragó la oscuridad.

Notó como un golpe a la altura de su corazón, como si alguien tirara de ese hilo invisible del que hablan las leyendas, y eso le hizo sentir dolor. Una corriente eléctrica le atravesó el pecho e inundó todo su cuerpo, como si se expandiera por su torrente sanguíneo.

—¡Ay! —se quejó nuevamente cuando notó un nuevo tirón y una voz áspera y nada familiar, que la llamaba por su nombre.

El miedo la inundó de nuevo, volvió a buscar con la mirada a su hermana, no quería quedarse sola, no sabía dónde estaba ni lo que le iba a pasar. Algo tiraba de su cuerpo, pero ella quería quedarse allí y buscar a Vera.

Había intentado ser fuerte y valiente, lo había hecho, había plantado cara a

la propia muerte y había perdido. Pero al menos lo había intentado. De nuevo volvió a notar esa descarga eléctrica y una horrible quemazón.

—¡Thea! No te vayas, lucha... —la animó esa desconocida voz.

Pero ella no quería luchar, ya lo había intentado, y si algo había aprendido era que la muerte siempre ganaba, por eso daba toda una vida de ventaja. Cerró los ojos y se dejó zarandear por la angustia y el dolor, y esas sensaciones le parecieron más reales que nunca, como si esa negatividad encerrara su realidad.

Lo primero que llamó su atención cuando consiguió abrir los ojos, fue el dolor en su garganta que reconoció enseguida. La sensación en su esófago de que alguien lo hubiera lacerado de arriba abajo. Estaba intubada, lo supo al instante. Apenas era consciente de lo que la rodeaba, y sentía un mareo que le impedía conseguir saber dónde se encontraba. El olor era aséptico, como a desinfectante, las luces tan brillantes que la cegaban, y de fondo, como una banda sonora mal elegida, un pitido que le taladraba la sien.

Alguien quitó con extrema delicadeza el tubo de su garganta, pero aún tardó unos agónicos instantes en poder volver a respirar, y cuando lo hizo, fue como echar sal a una herida abierta, sintió cómo le ardía la garganta, y cada bocanada de aire era más insoportable que la anterior. Había estado muerta, otra vez, había rozado con los dedos el paraíso, pero la habían vuelto a arrastrar al infierno.

—Bienvenida de nuevo Thea —saludó con orgullo el doctor que acababa de salvarle la vida.

EPÍLOGO

El verano había llegado con todo su esplendor, era mediodía y el sol lucía en todo lo alto, quemando con sus fuertes rayos, a los incautos que decidían ponerse a su alcance. Thea se observó por última vez frente al espejo, jamás pensó que en esas montañas podría hacer tanto calor. Resiguió con el dedo sus recién adquiridas cicatrices en cada muñeca, una mucho más profunda que la otra, pero a diferencia de lo que había sucedido con la que surcaba su garganta, estas las lucía con orgullo, era la marca de que había luchado y había vencido. Se sentía fuerte y poderosa, más segura que nunca de sí misma. Desde que saliera del hospital todo había cambiado. Disfrutaba de cada segundo y no se lamentaba por las cosas que hacía, solo por las que no tenía tiempo de hacer. Los días se hacían cortos cuando tenías tantas ganas de vivir.

Bajó los escalones de dos en dos y se despidió de su madre y de su abuela, con un grito que retumbó entre esas viejas paredes. Bajo ese implacable sol la aguardaban sus amigos, todos ellos, y Denis. Su Denis. Una enorme sonrisa afloró en sus labios, cuando este la acogió entre sus brazos y besó la punta de su nariz.

—¿Lista?

—¡Claro!

—Os recuerdo que es caminar por caminar... —gruñó Morgana no muy conforme con el plan de ese domingo.

—No te quejes —se burló Abril que cogiéndola de la mano, tiró de ella con determinación.

—Pues vamos allá —Valentín emprendió la marcha.

¿Los planes del día? Una excursión. Thea disfrutaba de cada instante que pasaba con su nueva familia, ya no eran simples amigos, sabía que lo que tenían entre ellos era mucho más, y nunca nada ni nadie podría separarles, la muerte lo había intentado, pero no lo había logrado. No caminaron ni dos

cientos metros, cuando un chico con rostro desencajado se colocó frente a ellos y con elocuente gesto detuvo su marcha.

—Eres Thea —dijo señalándola y aún sin apenas poder respirar debido a la carrera para alcanzarles.

—Sí —le sonrió— ¿Y tú eres?

—Soy Víctor, no me conoces y sé que no vas a creerme, pero... Vas a morir.